

DE LA AUTORA EN LAS LISTAS DE BESTSELLERS
DEL NEW YORK TIMES Y USA TODAY

J.S. Scott



**MULTIMILLONARIO
INDÓMITO**

LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO ~ TATE



*Multimillonario
Indómito*

LA OBSESIÓN DEL MULTIMILLONARIO

Tate

J. S. SCOTT

Multimillonario Indómito
La Obsesión del Multimillonario ~ Tate

Copyright © 2017: J. S. Scott

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o utilización de parte o de todo este documento por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otros cualesquiera sin el consentimiento por escrito de la autora, excepto para incluir citas breves en reseñas. Las historias que contiene son obras de ficción. Los nombres y personajes son fruto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Traducción: Marta Molina Rodríguez
Edición y corrección de texto: Isa Jones
Diseño de cubierta: Cali MacKay – Covers by Cali

ISBN: 978-1-946660-25-1 (libro electrónico)

ISBN: 978-1-946660-26-8 (edición impresa)



Índice



[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Epílogo](#)
[Desahogo!](#)
[Biografía](#)



Capítulo 1

«**E**ncuentra y seduce a Marcus Colter». El firme objetivo de Lara Bailey le retumbaba en la cabeza mientras daba vueltas a la pajita en su vaso de té helado. Recorrió con la mirada el lujoso bar de Rocky Springs Resort. Su primer día allí, en el paraíso de los turistas de invierno en Colorado, había sido un fracaso épico. No había divisado ni una sola vez a Marcus, el mayor de los icónicos hermanos multimillonarios Colter, y ni siquiera había conseguido averiguar su paradero.

Lo único que había conseguido de aquel día era un desagradable mareo cuando bajó al gimnasio del resort a hacer su riguroso entrenamiento habitual por la mañana, obviamente provocado por la falta de ajuste a la altitud de allí, en el campo a gran altura de Colorado.

«Brillante». Había aflojado el ritmo de su entrenamiento del día y empezó a beber tanta agua como podía. Era fundamental que no tuviera ninguna debilidad ahora y necesitaba ajustarse a la altura tan rápido como fuera posible. Ya había empezado a encontrarse mejor, así que supuso que su cuerpo de persona de la llanura estaba haciendo los ajustes a estar en algún lugar en mitad de la cordillera frontal de las Montañas Rocosas.

Al mirar a su alrededor, lo único que veía era una marea de personas que parecían recién llegadas de las pistas de esquí. Tenían las caras rojas del frío e iban ataviadas principalmente con ropa para la nieve: abrigos y pantalones para esquiar, suéteres y bufandas. Algunas de ellas incluso tenían los esquís apoyados contra la pared mientras charlaban con una bebida caliente en la mano.

«¿Cómo sería ser uno de estos turistas? A los treinta años, ni siquiera recuerdo haber tomado vacaciones ni cuándo fue la última vez que hice nada simplemente para divertirme».

Lara se sentía fuera de lugar con un vestido negro de cóctel, especialmente teniendo en cuenta que apenas eran las cuatro de la tarde. Pero tenía una misión e iba vestida para el objetivo que quería cumplir. Cruzó las piernas largas y esbeltas, se echó el pelo rubio hacia atrás por encima del hombro con un gesto informal y estudió a las personas mientras elaboraba otro plan frenéticamente.

«Si no encuentro a Marcus Colter, tendré que hacer que él venga a mí de alguna manera».

Sinceramente, Lara preferiría estar en casi cualquier otro lugar que donde estaba en ese preciso instante, en lo que parecía ser un enorme y fabuloso patio de juegos para ricos. Detestaba el vestido coqueto y los altos tacones que llevaba, símbolo de poder: zapatos que casi hicieron que cayera sobre su trasero al salir del ascensor y quedarse enganchado el tacón de aguja del zapato con la pequeña abertura de metal que alojaba la puerta corredera. Por suerte, estaba sola en el ascensor y nadie había visto su entrada no muy elegante al vestíbulo.

«Gracias a Dios, nadie me vio. Tengo que actuar como si estuviera perfectamente cómoda aquí, aunque no lo esté. Tengo que encontrar a Marcus Colter. Pero, en realidad, ahora mismo preferiría estar en casa en mi apartamento diminuto con varias cajas de comida china, un buen libro y un poco de chocolate».

Estaba hambrienta, pero había echado un vistazo a los precios del menú que había fuera del distinguido restaurante del resort y estuvo a punto de atragantarse. La cena tendría que esperar hasta que pudiera conducir a la ciudad.

El precio de una habitación básica allí, en el resort, ya era bastante malo: una noche costaba más que todo su alquiler de un mes. No se trataba de que *no pudiera* pagar la cena allí; *no quería* hacerlo. Era muy probable que se quedara con hambre al salir del restaurante. El lugar elegante parecía uno de esos restaurantes con porciones caras y diminutas que no iban a saciar su apetito. A Lara no le importaba una mierda la presentación de su cena; le importaba si la comida era abundante y buena... o no. La irritaba salir de un restaurante con la cartera mucho más ligera y el estómago aún rugiéndole. ¿De

qué servía un plato bonito y un aroma delicioso si sólo tomaba unos bocados a un precio astronómico?

«No hay muchas razones para pasar mucho más tiempo aquí. Es hora de cambiarme de ropa y dirigirme a la ciudad para la cena».

Obviamente, el mayor de los hermanos Colter no pasaba mucho tiempo allí, en el resort. Por lo visto, ninguno de los Colter lo hacía. Como mínimo, había esperado toparse con la madre de Marcus, Aileen Colter, una mujer de quien se decía que pasaba mucho tiempo dirigiendo el resort. Por desgracia, no había atisbado a ninguno de los Colter en todo el día. Y los reconocería a todos y cada uno de ellos a la vista, aunque no conociera personalmente a ninguno. Había estudiado bastantes fotografías de aquella acaudalada familia en particular.

—Te invitaría a una copa, pero no parece que hayas hecho mucho con la que ya tienes. —Un barítono grave y *sexy* reverberó detrás de Lara, sorprendiéndola lo suficiente para hacer que casi hiciera caer su vaso.

Sorprendida porque el hombre se había aproximado a ella desde atrás, Lara se volvió cuando por fin divisó a un chico con el que no le importaría hablar: «Tate Colter».

Las estadísticas que había memorizado sobre él se le vinieron rápidamente a la cabeza: varón, treinta y un años, pelo rubio, ojos grises, un metro ochenta y cinco de estatura, expediente militar ejemplar en las Fuerzas Especiales hasta que un accidente de algún tipo lo obligó darse de baja del ejército con honores. Resultaba exasperante que Lara no hubiera podido conseguir mucha más información sobre Tate. Era multimillonario, como todos los puñeteros Colter de la familia, y era la fuerza motriz que había hecho de Colter Fire Equipment el mayor productor de material contra incendios y de equipos de seguridad contra incendios del mundo. La compañía estaba bajo el conglomerado de los Colter, pero Tate había convertido en su misión personal llevar la compañía a la estratosfera del éxito. Ella no había encontrado nada negativo en la información sobre Tate. «Joder, incluso es bombero voluntario», pensó.

Lara lo miró con recelo mientras él se movía hasta el otro lado de la mesa pequeña. Parecía inofensivo. De hecho, tenía un aspecto increíble en la vida real, mejor que en las fotos. Sus mechones rubios seguían siendo tan cortos como en las fotos que había visto, pero aquel día tenía un caso grave de pelo desgredado y parte de sus cabellos salían disparados en todas direcciones. Lara estaba dispuesta a apostarse a que el aspecto revuelto provenía de un

gorro, teniendo en cuenta que estaban en pleno invierno en Colorado, y admitió a regañadientes que le gustaba un poco el hecho de que no fuera tan vanidoso como para arreglárselo. El estilo de recién levantado de su pelo y el hoyuelo que vio cuando Tate le lanzó una sonrisa sin pretensiones lo hacían peligrosamente atractivo.

«He visto hombres más guapos». El pensamiento a la defensiva se le vino a la cabeza, probablemente por el escalofrío de conciencia sexual que se deslizó por su columna vertebral al mirar a Tate Colter. *Había* visto hombres más atractivos de una manera convencional, pero no tan cautivadores como el hombre al que escudriñaba con cautela. Vestido de manera informal con pantalones, botas y una sudadera verde, debería tener un aspecto corriente y apagado en aquel entorno, pero no era así. Lara sabía que tenía que proceder con cuidado independientemente de lo modesto o agradable que pareciera. Tate Colter tenía el coeficiente intelectual de un genio, al igual que sus hermanos. Su sonrisa sin pretensiones y juvenil ocultaba una mente que estaba evaluándola, igual que sin duda lo miraba ella para calcular sus intenciones.

—De todas maneras no acepto bebidas de extraños —le dijo en tono reservado. En realidad no quería que se fuera justo en ese momento. Tal vez pudiera proporcionarle *un poco* de información, pero Lara tampoco quería alentarlos. Marcus Colter era su principal interés, pero su hermano podría ser capaz de ayudarla a encontrarlo.

Tate tomó la silla de madera, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas frente a ella, poniéndose cómodo con su cuerpo enorme, tonificado y musculoso.

—Entonces supongo que tenemos que conocernos un poco más —respondió él con un tono de autoconfianza, como si Lara fuera a acceder y a caer a sus pies agradecida.

«¡Imbécil arrogante!».

Lara mantuvo un gesto neutral.

—A lo mejor no quiero conocerte. Puede que esté casada o tenga novio —contestó con una evasiva.

Tate se encogió de hombros.

—No he dicho que quisiera acostarme contigo. Sólo he dicho que quería conocerte. —Apoyó los brazos en el respaldo de la silla, aún sonriéndole con picardía—. Tate Colter. —Le tendió la mano por encima de la mesa—. Parecías muy aislada aquí sola.

—Lara. —Rápidamente le estrechó la mano de mala gana y retiró el brazo a un costado, proporcionándole intencionadamente tan poca información como

fuera posible. Las manos de Tate eran ásperas y encallecidas; no tenía los dedos suaves de manicura que habría esperado en un multimillonario. De hecho, no se parecía en nada a como esperaba que fuera un tipo súper rico. Parecía tan... sencillo, más bien parecía un hombre activo amante del aire libre que un hombre que estaría perfectamente cómodo con un traje hecho a la medida en una junta directiva.

«Probablemente, esté cómodo en casi cualquier parte».

Por desgracia, solo había ciertas situaciones sociales en las que Lara se sentía como en casa, y ese breve contacto informal con Tate había lanzado una chispa de electricidad que corría por su columna vertebral.

—No lo estaba y no estoy aislada en absoluto. He venido aquí a... pensar —dijo ella apresuradamente—. Sola.

Tate miró a su alrededor sin convicción.

—Este lugar no es precisamente tranquilo para pensar, ni un buen sitio para estar sola con tus pensamientos.

«Maldita sea. No, no lo es. El bar está repleto, es ruidoso, y cualquier cosa menos un lugar para pensar. Es un local donde socializar».

—Tal vez únicamente quería sentarme aquí sola un rato —dijo ella con impaciencia, deseosa de conseguir cualquier información que le resultara útil y alejarse de sus ahumados e inquisitivos ojos grises que no parecían haber abandonado su rostro desde que se había sentado. Hacía que se sintiera incómoda como nunca se había sentido con un chico. Había estado con bastantes hombres atractivos, no muy buenos, pero no recibía malas vibraciones de Tate Colter. Más bien eran... pecaminosas.

—Así que, ¿estás aquí de vacaciones? —preguntó Tate en tono amable, haciendo caso omiso de su comportamiento distante.

—Sí. —Lara bajó la vista hacia su bebida y vio cómo los cubitos de hielo empequeñecían cuando volvió a mover la bebida. No quería rechazar a Tate por completo, pero tampoco quería decir nada que lo envalentonara. Bien sabía Dios que el tipo ya era bastante atrevido.

«Sé más amigable, pero no demasiado», se dijo Lara. Quería más información de Tate Colter, pero por alguna razón él hacía que se pusiera a la defensiva. Sus instintos le gritaban que huyera de él lo más rápido posible. El problema era que no lograba adivinar por qué.

—No te he visto por aquí. ¿Cuándo llegaste a la ciudad?

—Ayer por la noche. —«Dios, desearía que dejara de mirarme como un espécimen bajo un microscopio»—. Entonces, ¿eres un Colter? —Lara intentó

lanzarle su mirada de rubia no muy lista—. ¿Uno de la famosa familia Colter? —los halagos funcionaban casi todas las veces.

—No soy el más famoso, pero soy el más listo del montón —le dijo con rostro inexpresivo, casi como si estuviera dándole una especie de advertencia—. Mi madre está fuera de la ciudad visitando a mi tía y mi tío, así que le prometí que pasaría por aquí todas las tardes para asegurarme de que todo iba bien. Estaba preparándome para irme cuando te vi aquí sentada sola. Definitivamente siento que es mi trabajo asegurarme de que todos los huéspedes lo están pasando bien ya que Mamá no está.

Mientras lo observaba con suspicacia, Lara no estaba muy segura de que su afirmación arrogante no fuera exacta. La autoconfianza engreída que exudaba en abundancia lo hacía increíblemente atractivo y Lara no tenía dudas de que era inteligente. Sin llegar a ser odioso, definitivamente era presuntuoso.

—¿No tienes hermanos? —preguntó, todavía intentando parecer ignorante y solo ligeramente interesada.

«¿Por qué tengo la sensación de que sospecha de mí?», pensó Lara.

La conversación era general, pero se sentía como si estuvieran jugando en secreto al ratón y el gato, y por desgracia en ese preciso instante se sentía como el ratón.

—Y una hermana —respondió él despreocupadamente—. Mi hermana, Chloe, es la pequeña, ahora es veterinaria local aquí en Rocky Springs, y tengo tres hermanos mayores.

—Recuerdo haber oído hablar de hermanos gemelos. —Fingió una expresión falsamente atónita.

—Mis dos hermanos mayores, Marcus y Blake, son gemelos. Blake es senador de los EE. UU. Zane es un año mayor que yo. Es doctor en investigación de biotecnología.

—¿Y qué hace Marcus? —le preguntó con lo que esperaba fuera un tono informal.

Tate encogió sus hombros musculosos.

—Viaja. Dirige la mayor parte del negocio de Colter Corporation.

—Debe ser difícil que esté lejos todo el tiempo. —«Maldita sea, espero que Marcus esté aquí ahora», pensó—. No lo verás muy a menudo.

—Todos estamos acostumbrados. La mayoría de nosotros suele irse durante largos periodos de tiempo, excepto Chloe. Ella está en casa para quedarse ahora. Marcus vuelve mañana para quedarse un tiempo. Lleva lejos por negocios una temporada. Zane está en Denver, jugando al científico loco y

Blake debería estar por aquí pronto cuando el Congreso cierre la sesión para un descanso. —La voz de Tate era coloquial, pero ya no sonreía y observaba el rostro de Lara.

«Sabe que estoy indagando para conseguir información. Mierda. Mierda. Mierda. ¿Por qué no podía ser un poquito menos observador».

Lara le sonrió débilmente.

—Qué bien —respondió mostrando únicamente interés informal en su tono de voz. «¡Bingo!», pensó. Marcus Colter llegaría a Rocky Springs al día siguiente.

—Entonces, ¿qué planes tienes mientras te quedas aquí con nosotros? —preguntó Tate como si tuviera todo el derecho a conocer su calendario—. ¿De dónde eres? ¿De qué estás huyendo?

—¿Por qué piensas que estoy huyendo de nada? —preguntó ella con cautela, manteniendo sus respuestas evasivas.

—¿No es eso por lo que la gente toma vacaciones?

—Vengo de visita desde la costa este. Pensé que Colorado sería un buen cambio. Trabajo en banca hipotecaria. Es un trabajo estresante. —Le lanzó una sonrisa agradable.

—¿Has ido ya a las aguas termales? Está garantizado que quitan el estrés.

—No.

—¿Has ido a esquiar hoy?

—No esquío —admitió ella a regañadientes.

—Tenemos clases. De hecho estaría encantado de enseñarte yo mismo —le dijo en un tono grave de «quieres acostarte conmigo» que hablaba de enseñarle algo más que unos cuantos movimientos de esquí.

Lara se estremeció cuando sus miradas se encontraron y se quedaron prendidas. Tate dejó perfectamente claro que le gustaría enseñarle algo más que esquí básico. Mucho más.

«He conseguido lo que quería. Hora de correr. Literalmente», se dijo.

—Gracias —dijo agradecida—. Pero he venido a pasar un tiempo sola. De hecho acabo de romper con un tipo, un hombre que me engañó. En realidad estoy lamiéndome las heridas. Agradezco la oferta, pero, de verdad, necesito un poco de tiempo para mí misma. —Se levantó apresuradamente y se alisó la falda—. Gracias por la charla. —Rebuscó en su bolso de mano para encontrar la llave de su habitación, se limitó a hacer una inclinación de cabeza educadamente mientras la sacaba y cerraba el bolso—. Quizás vuelva a verte por aquí. —«O no... si puedo evitarlo», se dijo Lara.

Tate se puso en pie y dio la vuelta a la silla para colocarla en su sitio.

—¿Lara?

Ella había empezado a alejarse, pero se volvió hacia él.

—¿Sí?

Él dio unos pasos hasta ella, tomó un mechón de su cabello entre los dedos no apareció durante un instante antes de inclinarse lentamente.

A Lara se le cortó la respiración al oler su aroma masculino. Olía a aire fresco, a pino y a hombre almizclado, y era embriagador. Se elevaba como una torre por encima de ella. Aunque Lara llevaba tacones de ocho centímetros, seguía sintiéndose indefensa con él tan cerca de ella, y de pronto se sintió vulnerable de una manera en que nunca se había sentido antes. No asustada, pero definitivamente expuesta.

Durante un momento, pensó que él iba a besarla, pero no lo hizo. Sus labios se acercaron para descansar junto a su oído y le dijo con voz ronca:

—Cualquier hombre que se aleje de tu lado no merece que te lo pienses dos veces. —Tate se enderezó, le tomó ligeramente el mentón y lo giró hacia arriba para que sus ojos se encontraran—. No dejes que ningún tipo te líe la cabeza. No lo merece.

Lara cayó en las profundidades grises ahumadas de sus ojos durante un momento, fascinada. Su afirmación había sido enfática, sincera y había conmovido su alma. En realidad había pasado tiempo desde que tuvo ese novio infiel, pero realmente *había* existido. Desde entonces no había confiado en ningún otro chico.

—Yo... intentaré recordarlo —balbuceó torpemente, hundiéndose momentáneamente en su mirada ardiente.

«¡Contrólate, Bailey! Recuerda para qué estás aquí. Mantén la mirada en el premio», pensó.

—Recuérdalo —respondió Tate con voz ronca.

Lara apartó la mirada y se alejó de Tate antes de dar la vuelta y apresurarse hacia el ascensor. Tate no la siguió, pero sintió que su mirada seguía sus movimientos cuando entró en el ascensor —por suerte, esta vez sin tropezar con los tacones— y apretó el botón de su planta con más fuerza de la necesaria.

Necesitó todo su autocontrol para no mirarlo de nuevo mientras se cerraba la puerta del ascensor con un zumbido.

Sola en la lujosa cabina, se apoyó contra la pared y dejó escapar un suspiro tembloroso de alivio.

«¿Qué demonios ha sucedido?», se preguntó.

Tenía un objetivo, un propósito, y Tate Colter no formaba parte de ese plan. Ahora que había conseguido lo que quería, Tate ya no le servía de nada. Era un hombre al que ahora debía evitar.

Marcus era su objetivo y tenía que asegurarse de centrar toda su atención en el mayor de los hermanos Colter. Tenía que abrirse camino al cariño de Marcus Colter engatusándolo.

El ascensor tintineó cuando llegó a su planta y Lara se apresuró a su dormitorio, escapando al interior con la compostura intacta y de nuevo firmemente enfocada en su objetivo.



«Acaba de rechazarme», se dijo Tate.

El hoyuelo de Tate apareció en su mejilla mientras él sonreía como un idiota, todavía de pie en el lugar donde Lara lo había dejado. No ocurría a menudo —de acuerdo, no ocurría casi nunca— que ninguna mujer se arrojara a sus pies, incluso las casadas. Y había pasado demasiado tiempo desde que tenía interés.

«No está casada. Un idiota fue lo bastante estúpido como para dejarla escapar», pensó.

Probablemente debería haberle molestado que básicamente lo hubiera despreciado, pero en realidad le parecía divertido. Las mujeres no lo rechazaban, especialmente cuando sabían quién era exactamente. Era un Colter, hombre, soltero, multimillonario y un tipo razonablemente atractivo. No estaba acostumbrado a que las mujeres corrieran en dirección contraria en lugar de intentar llamar su atención.

Había observado a Lara durante un rato, encantado cuando la vio tropezar al salir del ascensor debido a sus tacones altos —después de saber que no iba a caer y hacerse daño—. Ella se había recuperado rápidamente y Tate se dio cuenta de cómo observaba sola su entorno. Lara no era estúpida, y Tate ya presentía que estaba allí por alguna otra razón aparte de unas simples vacaciones. Parecía muy alerta, casi demasiado consciente de su entorno para una mujer que se suponía que estaba de vacaciones.

Había un misterio que resolver con Lara de la costa este, y por extraño que pareciera, él quería averiguar lo que estaba haciendo exactamente allí, en medio de la nada.

No esquiaba. No le interesaban las aguas termales. Y, sin embargo, ¿había escogido Colorado para unas vacaciones?

¿De veras estaba curando un corazón roto? ¿De veras sería Rocky Springs un lugar que escogería cualquier mujer para hacer eso? No parecía dispuesta a disfrutar de *ninguna* de las instalaciones del resort ni de sus actividades.

«Joder, habría pensado que un clima más cálido o un destino vacacional más emocionante sería un lugar mejor para curar un corazón herido», pensó. La mayoría de la gente iba a Colorado en pleno invierno por una única razón: los deportes de invierno. No había ningún otro motivo para aguantar las temperaturas brutales y las nevadas casi constantes. Si no adorase tanto el subidón que le daban sus deportes de invierno, a su familia y su patria chica, probablemente él estaría en alguna bonita isla tropical en ese preciso instante. Lara estaba sola y no parecía interesada en las aguas termales *ni* en los deportes de invierno. Entonces, ¿qué estaba haciendo allí realmente?

«Ese vestido que decía acuéstate conmigo tampoco tenía sentido. No invitaba a la soledad precisamente. Pero si estaba intentando atraer a un hombre, ¿por qué se libró de mí tan rápido?», se dijo.

Todo lo que había hecho falta era una milésima de segundo de vulnerabilidad que había visto en sus ojos que le decía que estaba siendo sincera en cuanto al novio infiel. Pero, ¿realmente era esa la razón por la que estaba allí ahora? Parecía fuera de lugar, diferente de los desenfadados turistas y esquiadores habituales que estaban allí en esa época del año. Y había tenido la impresión de que Lara *estaba* huyendo de algo o de alguien.

«¿De mí?», pensó. Su sonrisa se ensanchó aún más al salir del bar. Ella se había alejado de él con bastante facilidad, sin mirar atrás y eso lo intrigaba. Hacía que se sintiera aún más decidido a conocerla... y a acostarse con ella.

«Mentí cuando dije que no quería acostarme con ella», admitió. La deseaba... la había deseado desde el momento en que la vio tropezar al salir del ascensor.

Hacía mucho tiempo desde que había deseado a una mujer como deseaba a Lara... desde mucho antes de su accidente. El pene se le puso tan duro como una roca desde el minuto en que la divisó, y su descarada erección no se iba. Era guapa, con el pelo largo y rubio, ojos marrones llenos de sentimiento que parecían ocultar mil secretos, un cuerpo precioso que estaba impaciente por explorar. Sus piernas esbeltas parecían interminables y no había nada que deseara más que le envolvieran la cintura mientras él la penetraba. Ambos quedarían saciados y satisfechos.

Había necesitado toda la fuerza que tenía para no tomar aquellos sedosos mechones de pelo en la mano y degustar esos preciosos labios carnosos suyos allí mismo, en el bar.

«Pero la saborearé. Pronto», se prometió mentalmente. Tal vez no aterrizará en su cama aquella noche, pero Tate podía esperar. Era un experto en esperar, en escoger exactamente el momento adecuado para actuar. Definitivamente, ella valdría la pena.

«Tengo que averiguar más sobre Lara de la costa este con un trabajo estresante y un ex novio imbécil», se recordó.

Eso era todo lo que sabía sobre la mujer que había despertado su interés y a su pene, excepto por el hecho de que era huésped del resort, pero eso no importaba. Él *era dueño* de parte del resort, así que conseguir información sobre ella no sería ningún problema. Lo único que haría falta era una llamada de teléfono.

Planeó su estrategia mientras se abría camino al mostrador de recepción para averiguar lo que pudiera sobre la mujer que le había devuelto su libido con fuerza.

Hacía mucho tiempo que ninguna mujer despertaba su interés, mucho menos su pene, y ambas cosas le sentaron muy bien. Lara estimulaba a ambos y Tate sabía que ninguna otra mujer iba a funcionar ahora que la había conocido. La deseaba e iba a conseguirla, aunque tuviera que jugar sucio. Había pasado demasiado tiempo desde que rascaba esa comezón, y ahora que una mujer le había devuelto su deseo de placer carnal, no iba a dejarla escapar. Ella también lo deseaba. Tate lo sentía. Pero algo la detenía. No era un juego para ella y no estaba jugando a hacerse la dura. Realmente había tenido la intención de tratarlo con frialdad, de ignorarlo.

«Eso no va a suceder», pensó.

Tate le lanzó una sonrisa de infarto a la recepcionista del hotel y se situó detrás del mostrador para acceder al ordenador del resort.

Tate no aceptaba bien el fracaso. Nunca lo había hecho. Tendría un plan en marcha antes de que terminara la noche; su único objetivo era llevarse a Lara a la cama lo antes posible.

Si realmente tenía el corazón roto, él lo arreglaría de la manera más placentera imaginable.



Capítulo 2

A la mañana siguiente, Lara dejó escapar un bostezo audible al tomar el ascensor separado de su habitación que llevaba al gimnasio del resort. Le rugía el estómago por un desayuno. Había conseguido llegar a la ciudad de Rocky Springs la noche anterior y encontró un pequeño restaurante familiar. Ya había digerido las dos hamburguesas dobles con panceta y las patatas fritas con chile y queso que había comido la víspera, y estaba hambrienta.

«Entrena primero», se dijo.

Con unos pantalones de yoga negros y una camiseta gris, el pelo recogido en una cola de caballo en la parte posterior de la cabeza, estaba lista para terminar rápido su entrenamiento. Bebió el último trago del café que se había preparado en la habitación y tiró la taza de papel en una papelería a las puertas del gimnasio. Era temprano y esperaba que el gimnasio estuviera desierto como el día anterior por la mañana.

Se equivocaba.

La puerta estaba abierta y sujeta con un tope y Lara echó un vistazo al enorme gimnasio, sorprendida al ver a una pareja joven en una colchoneta en el centro de la sala. El hombre de pelo castaño era alto y delgado, lucía un uniforme de judo blanco con un cinturón negro atado a la cintura. Lara reconoció a mujer, vestida de un modo similar a ella, como Chloe Colter.

Lara se acercó más a la puerta al oír el dolor en la voz de Chloe.

—James, me estás haciendo daño.

El hombre sujetaba la muñeca de la mujer, más pequeña, mientras decía con arrogancia:

—Dijiste que querías compartir algunos de mis intereses, Chloe. Las artes marciales requieren un poco de dolor y disciplina.

Lara puso los ojos en blanco y apretó los dientes al verlo retorcer deliberadamente la muñeca de la mujer con el pretexto de enseñarle unos movimientos. Por lo que se veía, el cabrón disfrutaba ese giro sádico que le daba a su enseñanza —algo que le resultaba evidente a Lara que ni siquiera estaba calificado para hacer. Arrojó a Chloe al suelo con más fuerza de la necesaria sin darle ninguna razón ni enseñarle nada.

«El cabrón sólo disfruta haciéndole daño. No está enseñándole nada a Chloe excepto dolor, joder. El imbécil debe de tener el cinturón negro que se sacó por correo», se dijo.

Chloe chilló.

—Tenemos que parar. Me he hecho daño en la espalda. No entiendo cómo hacer esto.

«Comprensible, teniendo en cuenta que el imbécil que está enseñándote no está instruyéndote realmente. Está castigándote», pensó Lara.

—Levántate, Chloe. Te haré daño más de una vez antes de que lo entiendas —dijo el hombre con impaciencia. Prácticamente le dislocó el brazo a Chloe al forzarla a ponerse de pie—. Dijiste que querías perder un poco de esa grasa antes de casarnos.

Lara se estremeció. «Ay, Dios. ¿Éste es el prometido de Chloe Colter? ¡Increíble! Menudo imbécil».

—Quiero adelgazar un poco—respondió Chloe abatida, con una mano en la espalda dolorida.

Lara observó horrorizada mientras el hombre volvía a arrojar a Chloe al suelo, esta vez más fuerte.

—¡Ay! —el grito de Chloe era de verdadero dolor—. James, no puedo hacer esto.

Cuando el prometido de Chloe volvía a tomar el brazo de la mujer pequeña, Lara entró en acción. El tipo era un puñetero sádico. Chloe Colter no estaba gorda y su prometido era un matón amante del dolor. ¿Qué demonios hacía con un idiota como él? Chloe no solo era bonita, sino que también era rica y culta.

Lara se apresuró a la colchoneta y ayudó a Chloe a levantarse con cuidado.

—Puedes mirar —le susurró a la mujer de pelo oscuro mientras la apartaba de la colchoneta, a un lado—. Enseñar no debería ser doloroso —dijo más alto—. Y deberías aprender algo cada vez que te superan. Un buen instructor

empieza con lo básico y no debería ser horriblemente incómodo. —Quería que James oyera sus últimas afirmaciones y dejó que el desdén que sentía hacia las técnicas de enseñanza del hombre que estaba en la colchoneta se colara en su tono de voz.

—¿Quién demonios eres? —preguntó él con voz enfadada y arrogante.

—Soy una huésped a quien no le gustan tus estrategias de enseñanza —replicó Lara ferozmente mientras se volvía de frente a él.

—James, es una huésped. Deberíamos irnos. No creía que fuera a subir nadie tan temprano. Este no es nuestro lugar cuando hay huéspedes presentes —dijo Chloe con vehemencia desde el lateral.

—Solo tienes miedo de que vuelva a tirarte —se burló James de ella.

«Claro que sí, joder, está asustada. Tú la estás poniendo así... imbécil».

—Se ha hecho daño. No es apropiado que sigas —le dijo Lara en tono cortante. También podría decirle que era un profesor pésimo y un capullo cruel, pero se mordió la lengua. En lugar de eso, sugirió—: ¿Por qué no le enseñas como se hace? Quizá ayuden unos ejemplos. —Lara le dedicó una sonrisa sacarina.

—Se lo mostraría encantado contigo —respondió James con una sonrisa de superioridad maliciosa.

Eso era exactamente lo que había estado esperando Lara, que se colocó en posición.

—Muéstramelo. —Le hizo una señal con los dedos para que fuera a pillarla.

James se abalanzó sobre ella con dureza y le agarró el brazo tan fuerte que Lara hizo una mueca de dolor, pero utilizó su centro de gravedad y el fuerte agarre sobre el brazo del hombre para voltear su cuerpo de un lado a otro dejándolo de espaldas en la colchoneta, aturdido y boqueando para recuperar el aliento.

—Zorra —gruñó en tono amenazante. Se puso en pie, la cara roja de furia.

—¿Qué pasa, cobarde? —susurró ella—. ¿No te gusta meterte con alguien que sí tiene habilidades? —Había sido un derribo limpio y no tenía ningún motivo para estar cabreado. Sin embargo, resultaba obvio que era un hombre al que no le gustaba que una mujer lo pusiera en evidencia. Era del tipo al que le gustaba salir ganando, siempre.

—¡James, no! —gritó Chloe.

Lara estaba lista para que James la atacara por la espalda, sin siquiera intentar fingir que estaba practicando ninguna clase de arte marcial. Entraba a

castigar, y Lara ya le había visto las intenciones. Si ya no iba a jugar limpio, ella tampoco lo haría. Cuando le rodeó el cuello con el brazo, subió el codo y se lo clavó en el plexo solar. Por si acaso, le pisó el empeine con el pie, envuelto en sus zapatillas de deporte, y subió el puño hacia atrás para martillearle la nariz.

Él la soltó y cayó lentamente al suelo con un bramido espantoso.

—¡Me has roto la puta nariz!

Jadeando de furia, Lara reaccionó instintivamente cuando otro brazo de hombre la sujetó rodeándole los hombros. Volteó el cuerpo grande a su espalda por encima de la cabeza pero, al contrario que James, el recién llegado no la soltó. Lara se encontró precipitándose a toda velocidad sobre el cuerpo del hombre. Los dos rodaron el uno sobre el otro forcejeando por la supremacía. Además, al contrario que James, este hombre era bueno y la subyugó en cuestión de segundos con una llave que no pretendía hacerle daño, sino hacer que se sometiera. Lara levantó la rodilla mientras el hombre sujetaba su cuerpo bajo el suyo, pero él bloqueó su tentativa.

—Cariño, antes de intentar golpear a un tipo en las pelotas, deberías asegurarte de que puedes salirte con la tuya —le dijo Tate Colter al oído con voz ronca, el cuerpo musculoso encima del suyo—. Cálmate. No estaba intentando hacerte daño. Estaba tratando de evitar que intentaras matar a ese novato. —Tate señaló a James con un movimiento de cabeza.

Con el corazón aún golpeándole el pecho por la adrenalina, Lara asintió. Sus ojos se encontraron con los de Tate.

—¿Qué estás haciendo aquí? —jadeaba pesadamente, mientras el aire le entraba y le salía de los pulmones con frenesí.

Por el rabillo del ojo, Lara vio que Chloe ayudaba a James a levantarse y se lo llevaba del gimnasio. Su prometido fulminó a Lara con la mirada mientras Chloe lo llevaba afuera.

—Vine a entrenar —respondió Tate. Sus ojos grises eran un torbellino de emoción, el cuerpo tenso—. No creía que fuera a encontrarme con una pelea tan temprano. ¿Qué demonios ha pasado?

—¿Puedes soltarme? —pidió ella sin aliento.

—Depende. ¿Vas a volver a intentar darme una paliza? —Su mirada se iluminó con un sentido del humor travieso—. Eres buena, niña. Incluso sabes pelear sucio. Pero yo soy mejor.

Era mejor, y eso molestaba a Lara. Tate Colter había sido miembro de las Fuerzas Especiales, así que suponía que podía darse un respiro. Obviamente

estaba bien entrenado en algo más que judo y krav magá.

Ella inspiró y su aroma masculino envolvió sus sentidos. Lara volvió a encontrarse cayendo y prácticamente hundiéndose en las profundidades de los intensos ojos grises de Tate Colter.

—Cedo —le dijo a toda prisa. El sexo se le contrajo por el contacto cuerpo a cuerpo, y de pronto anhelaba algo más que su cuerpo musculoso sobre ella. Aquel hombre hacía que se sintiera femenina de una manera en que no se había sentido en mucho tiempo... o quizá de una manera en que no se había sentido nunca. Era confuso y desconcertante.

Sacó las muñecas de un tirón para librarlas del peso de su cuerpo y lo empujó por el pecho.

—He cedido.

Él le guiñó un ojo.

—Lo sé. Estoy saboreándolo.

—Listillo —gruñó Lara, aliviada cuando por fin levantó su cuerpo de encima de ella y la tiró suavemente de ella para que se levantara.

Iba vestido de manera sencilla con unos pantalones de chándal azul marino y una camiseta que se pegaba a cada centímetro de su musculoso pecho, brazos, abdomen y torso. Lara se obligó a apartar la mirada y se ajustó la camiseta distraídamente.

—Bueno, ¿por qué has decidido darle una paliza a James? —preguntó Tate con curiosidad.

—Estaba siendo cruel con Chloe. —Lara anduvo hasta una cinta y la encendió a velocidad de calentamiento.

Tate se situó en la cinta contigua a la suya y subió, empezando a andar a su lado.

—¿Cómo sabías quién era?

Lara pensó con rapidez.

—Le oí decir su nombre. Es tu hermana, ¿verdad?

—Sí. Mi hermana pequeña. ¿Qué quieres decir con que estaba siendo cruel? —Su tono de voz se volvió enojado y amenazante.

Lara se agarró a la barra que había frente a ella mientras caminaba sobre la cinta y miró fijamente los paisajes de bosques pintados en la pared.

—Estaba insinuando que estaba gorda, que no lo está, y estaba tirándola al suelo sin enseñarle nada. Ella dijo que le dolía la espalda y él estaba retorciéndole la muñeca sin ningún motivo excepto para hacer que fuera doloroso para ella. Pero quería seguir tirándola incluso después de que ella

admitiera que le dolía. Es un imbécil. ¿Por qué demonios quiere casarse con él?

Tate se encogió de hombros mientras subía la velocidad de su cinta.

—Ahora es un médico local y ella lo conoce desde el instituto. En realidad no los hemos visto mucho a él ni a ella desde que se graduó del instituto excepto cuando ella estaba en casa durante las vacaciones de la universidad. El año pasado se licenció en Veterinaria y abrió su propia clínica aquí. Todos estamos contentos de que esté de vuelta en casa. Sinceramente, no creo que ninguno de nosotros conozca muy bien a James. He oído algunos rumores sobre él, pero pensaba que eran solo eso... rumores. Es una ciudad pequeña.

—Si los rumores dicen que es un capullo cruel y sádico, yo me los creería. —Lara aumentó la velocidad de su cinta un poco más.

Tate permaneció en silencio durante unos minutos, como si reflexionara sobre sus palabras.

—Créeme, ahora voy a investigar todos esos rumores. Y voy a empezar a velar por Chloe. Creo que mis hermanos y yo deberíamos tener una charla con ella. Gracias por ayudarla.

Lara asintió y se produjo un silencio cómodo durante unos instantes, mientras ambos subían las velocidades de sus cintas.

—¿De verdad vienes a entrenar todos los días aquí, al resort? —preguntó ella con curiosidad, planteándose por qué no tenía un gimnasio en su propia casa. Todos los Colter tenían casas en Rocky Springs y todos eran dueños de sus propios terrenos. Debían de tener casas grandes allí.

—Principalmente vengo a ver a Mamá todos los días. No la vi mucho durante años. Y también está el desayuno bufé. Yo no cocino. —Le lanzó una sonrisa sin remordimientos—. El desayuno aquí es inmejorable y es un bufé verdaderamente pasable con productos frescos. Todo lo que puedas comer.

A Lara le rugió el estómago.

—¿Hay desayuno bufé aquí?

—¿No te lo han dicho en recepción? Está incluido para todos los huéspedes. —Hizo una pausa antes de añadir—: Y unos cuantos intrusos, como yo.

Lara hizo una mueca.

—Para ser sincera, no les di oportunidad de decirme demasiado cuando llegué. Era tarde y estaba cansada. Estoy muerta de hambre —admitió de mala gana.

—¿Cómo de rápido puedes terminar de correr?

Lara aumentó la velocidad.

—Bastante rápido. ¿Tú?

—Más rápido que tú —le replicó en tono jocoso—. Y si llego primero, no dejaré mucho.

—Yo terminaré más rápido. —Redobló sus esfuerzos hasta correr a toda velocidad—. Y soy una clienta. Tú eres un parásito —protestó ella, empezando a respirar con más fuerza.

—Eso no importará si consigo el último gofre. —Tate corría en la cinta, pero ni siquiera había empezado a sudar.

—Eso no va a suceder —le dijo ella con vehemencia, decidida a llegar a la comida antes que Tate.

Terminaron a la vez, pero Tate se duchó más deprisa y llegó al bufé antes que Lara.

A pesar de sus provocaciones, Lara tuvo que admitir que era dulce porque tuvo especial cuidado en guardarle unos gofres o *waffles*.



«Joder, para ser una mujer pequeña, Lara Bailey es de buen comer».

Tate estaba sentado frente a ella en una de las pequeñas mesas del salón bufé y observaba como engullía su tercer gofre. Ya había devorado una montaña de huevos, salchichas, panceta y tostadas. Comer todo eso primero ni siquiera hizo que fuera más despacio. Finalmente, empezó a masticar a un ritmo más constante, pero todavía no había parado.

Tate pensaba que no había nada más *sexy* que una mujer que no temía disfrutar de su comida. Al principio, se preguntó si podría comer más que él, pero había conseguido terminar un desayuno aún más grande que el suyo antes de detenerse. Lara comía más despacio y saboreaba la comida. Ahora Tate sólo estaba disfrutando observándola. A punto de gemir cuando ella se lamió sirope de arce del labio inferior y cerró los ojos extasiada, Tate dejó el tenedor en su plato vacío y la miró fijamente.

Lara era un enigma, pero si tenían en cuenta lo que había averiguado sobre sus orígenes, quizás no lo fuera. Por desgracia, todavía no había encontrado nada sobre ella que no admirase ni adorase. Incluso la manera en que comía hizo que le gustara más aún. prácticamente la adoraba. Nada de picotear la comida ni una ensalada para aquella mujer. «¿Y el hecho de que pudiera dar una paliza a un tremendo imbécil? Muy *sexy*, joder». Desgraciadamente, había

algunas cosas sobre ella que lo preocupaban. A saber, ¿qué demonios estaba haciendo en realidad allí, en Rocky Springs? Ahora que Tate era consciente de que no era turista, estaba aún más confundido.

Lo que Lara había dicho sobre la manera en que James trataba a Chloe también lo molestaba. Si lo que dijo era verdad, tengo que reunirse con sus hermanos, averiguar si los rumores sobre James eran ciertos encontrar la manera de alejar a Chloe de James definitivamente. Él y sus hermanos no iban a permitir de ninguna manera que su hermana se casara con un imbécil.

—Te gusta la comida —comentó en tono neutral mientras Lara terminaba el último bocado de gofre.

Ella lo observó con cautela.

—Sí. ¿Tienes algún problema con eso, Colter?

—No. Me gusta. No soporto que las mujeres picoteen la comida y confirmen que no tienen apetito cuando en realidad están hambrientas.

—¿Te gusta? —Lara lo miró perpleja.

Tate la miró a los ojos color chocolate y examinó su gesto de confusión.

—Sí.

—Mi ex solía decir que comía como un cerdo. —Colocó su servilleta y su tenedor en el plato suavemente antes de tomar la taza de café para terminarse la bebida.

—Creo que una mujer con un apetito saludable es *sexy* —dijo él con voz áspera. Verla comer era igual que verla tener un orgasmo: una mirada de completo éxtasis en su rostro. Sólo hacía que él quisiera ser la causa de ese gesto en particular—. Tu ex era un idiota.

—Estoy de acuerdo —respondió ella alegremente.

«Hoy parece mucho más relajada. Más feliz que ayer».

Lara iba vestida de manera informal con unos pantalones, zapatillas y un suéter verde oscuro que hacía que sus ojos parecieran aún más grandes de lo que eran.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Tate esperaba que fueran seguirlo hasta su casa y pasar el día en la cama con él. Necesitaba acostarse con aquella mujer, tanto que se le estaban poniendo moradas las pelotas. Lamentablemente, dudaba que ella tuviera esa idea en mente.

—Ya tengo planes. —Miró su reloj deliberadamente—. De hecho, tengo que irme. —Saltó como si tuviera el trasero en llamas—. Gracias por decirme que había desayunado. —Se despidió con un aspaviento mientras cruzaba el

salón a grandes zancadas como una mujer con una misión que cumplir, otra de las cosas que le gustaban de ella.

Tate la observó; sus ojos se entrecerraron cuando ella desapareció en el ascensor.

—Corre y huye, cariño. No llegarás muy lejos.

Decidido a descifrar el misterio de Lara Bailey, se levantó de la silla y la siguió.



Capítulo 3

— ¡Lara!

El sonido de una voz femenina que gritaba su nombre hizo que Lara se detuviera y se volviera, aunque estaba impaciente por salir al aire libre. Chloe Colter se apresuró a cruzar el vestíbulo para encontrarse con ella, ataviada con ropa de exteriores muy parecida a la que llevaba Lara: pantalones de esquí, un suéter, un abrigo, guantes y un gorro colgado del brazo. Aunque Chloe iba ataviada principalmente de rojo y Lara llevaba ropa verde y negra.

—Siento lo de antes. Acabo de hablar con Tate y me contó que estabas bien —dijo Chloe a toda prisa cuando alcanzó a Lara.

Ella y Chloe eran de la misma altura aproximadamente, un metro sesenta y dos, pero Chloe tenía una figura más femenina que Lara, curvas que la mayoría de los hombres disfrutaban. Lara se percató de la angustia en los ojos grises de Chloe Colter cuando sus miradas se encontraron.

—Está bien. Yo también lo siento. No debería haber herido a tu prometido. —«Aunque el cabrón se lo merecía»—. ¿Está bien? —«Aunque no es que me importe mucho». Lara fingió una mirada de preocupación, porque en realidad esperaba que James estuviera en casa, en cama, quejándose todavía por su nariz, probablemente dañada, por su tobillo torcido y por la espalda dolorida.

Chloe jugueteó con los dedos, nerviosa.

—Está bien, pero bastante enfadado ahora mismo. Últimamente está cabreado todo el tiempo. No entiendo qué le pasa. Ha estado actuando de manera muy extraña desde que volví a Rocky Springs el año pasado.

«Es un imbécil». Era más que probable que siempre lo hubiera sido, pero Chloe no había visto lo suficiente a su prometido como para darse cuenta de que era un imbécil mientras estaba ocupada con la universidad. El plan de estudios de Veterinaria tenía que ser muy intenso.

—¿Fuisteis a la misma universidad?

—No. —Chloe bajó la mirada—. Él es cuatro años mayor que yo y ya había terminado los estudios de grado cuando yo me gradué del instituto. Después de aquel verano estuvimos en distintos estados. Él ya estaba en la Facultad de Medicina el año que yo empecé la licenciatura. Salimos durante el verano antes de tener que seguir cada uno su camino para la universidad. Nos veíamos cuando podíamos.

—La gente cambia —dijo Lara con cautela—. Tal vez sea el momento de reconsiderar casarte con ese tipo. —No era asunto suyo, pero Lara no quería ver a Chloe Colter casada con un maltratador. No quería ver a ninguna mujer casada con un hombre maltratador.

—Pidió disculpas. Dijo que está muy estresado —explicó Chloe dubitativa.

—Eso no es excusa. Déjalo, Chloe. Eres culta, guapa y joven.

Chloe suspiró.

—Tate dijo lo mismo.

—Yo lo escucharía —respondió Lara con énfasis, sorprendida de que ella y Tate Colter estuvieran completamente de acuerdo en algo.

—Definitivamente voy a renunciar a intentar aprender artes marciales con él —le dijo Chloe con vehemencia—. Estaba preguntándome si me enseñarías tú.

Lara maldijo la mirada suplicante de Chloe. No era profesora.

—Chloe, yo no enseño...

—Por favor. Me gustaría aprender —suplicó Chloe.

Lara volvió a abrir la boca para negarse, pero un instinto la golpeó. Quizás, enseñar a aquella mujer unos movimientos básicos podría salvarle la vida algún día—. No estaré aquí mucho tiempo, pero te enseñaré un poco de autodefensa básica antes de irme.

Chloe parecía aliviada.

—Gracias.

—¿Ibas fuera? —preguntó Lara haciendo gesticulando con la cabeza hacia la ropa de invierno en brazos de Chloe.

—Sí. Quiero ver si puedo bajar las pistas unas cuantas veces antes de que llegue la ventisca. Cuando el viento llega muy alto y la visibilidad empieza a apestar, cierran las pistas. —Chloe miró a Lara de arriba abajo—. Pareces vestida para ir al aire libre. ¿Quieres venir conmigo?

—En realidad no sé esquiar —confesó Lara—. He alquilado una moto de nieve para todo el día. Los caminos parecen impresionantes. —Aunque no era como si tuviera ninguna intención de seguir todos los caminos, pero las rutas de las motos de nieve eran bastante extensas por todo el terreno del resort.

«Si Marcus Colter no viene a mí, yo iré a él».

—Ten cuidado —le dijo Chloe a Lara en tono de advertencia—. Se acerca una ventisca. ¿Sabes manejar un trineo en terreno montañoso? Los caminos son bastante fáciles, pero un poco difíciles en algunas de las zonas más empinadas.

—Desde luego. —Lara mintió descaradamente. Tardó un minuto en darse cuenta de que el «trineo» del que hablaba Chloe en realidad era la moto de nieve. «¿Así es como las llaman aquí?», se preguntó—. Pero tendré cuidado —añadió para hacer que Chloe se sintiera más tranquila.

—Bien. ¡Que te diviertas! —Chloe le sonrió radiante—. No salgas de los caminos para principiantes y vuelve antes de que empiece la tormenta.

Lara ni siquiera sabía que se acercaba una tormenta. Había estado demasiado enfrascada en su investigación y en encontrar la ubicación exacta de la casa de Marcus Colter. Quizás una tormenta de nieve le resultara ventajosa. Obviamente, no podía entrar conduciendo en la propiedad de Marcus sin ningún motivo. Pero podía salir en moto de nieve y perderse por accidente, ¿verdad? Llega una tormenta, cubre los caminos y Lara termina en casa de Marcus Colter sin levantar sospechas. Solo una pobre turista despistada que se pierde en las montañas.

«Perfecto».

Lara sonrió y se despidió de Chloe con la mano cuando salieron juntas y se separaron. Dirigiéndose directamente a su moto de nieve alquilada, tiró de su ropa de exteriores, ansiosa por llevar a cabo la tarea que había venido a realizar en Rocky Springs. Tenía que hacerlo. Se estaba quedando sin tiempo muy rápido.



Unas horas después, Lara averiguó que el reto de conducir la moto nieve en terreno montañoso no era un problema. Era desconocido, la falta de

conocimiento de la zona lo que hizo que encontrase su trasero en la nieve. Aunque no estaba conduciendo muy rápido, el pino salió de ninguna parte cuando subió una pendiente y se chocó con el tronco del enorme obstáculo.

—¡Joder! —se puso en pie, molesta consigo misma por inutilizar su único medio de transporte en aquel momento. Al chocar, uno de los patines en la parte delantera de la moto de nieve se había roto y solo se había desviado del camino un kilómetro y medio atrás aproximadamente, lo cual significaba que seguía a varios kilómetros de la casa de Marcus Colter—. Mierda. Mierda. Mierda —farfulló enojada mientras miraba fijamente el esquí, que no tenía arreglo—. Supongo que voy a ir andando.

La velocidad del viento había aumentado y la visibilidad empezaba a apestar, que era una de las razones por las que no había sido lo bastante rápida para esquivar el árbol. Ahora nevaba con fuerza y ya casi se le hundían las botas en la nieve hasta las rodillas puesto que se había salido del camino.

«¿Intento volver al camino o sigo hasta que encuentre la casa de Marcus?», se preguntó.

Quitándose el casco, dio un paso hacia la moto de nieve de la que había salido disparada hacía tan solo unos minutos. El músculo de su muslo derecho protestó; ella hizo una mueca de dolor. También pero extendió la pierna cuando la extremidad quedó atrapada en la moto de nieve y se estiró demasiado antes de salir despedida del vehículo. Mientras se frotaba el músculo grande y dolorido sin encontrar alivio, Lara supo que la opción más segura era volver a la pista antes de que estuviera cubierta de nieve para poder encontrar el camino de vuelta al resort.

Metió la mano en el bolsillo con cremallera de su abrigo y sacó su teléfono móvil.

—Por supuesto. No hay cobertura —farfulló entre dientes mientras se metía el teléfono en el bolsillo con torpeza. Si esta zona sin cobertura, mejoraría a medida que se acercase a la cabaña. Si el mal tiempo había provocado un apagón, estaba jodida.

Deseando con todas sus fuerzas no haberse detenido en la tienda de deportes cercana al resort de camino a la pista, volvió cojeando hacia la ruta marcada por la moto de nieve. Tenía un gorro, una bufanda y guantes de nieve, pero iban a servirle de mucho esas prendas ahora que estaba atrapada en una tormenta de nieve. Estaría mejor si hubiera salido de inmediato en lugar de detenerse a comprar ropa más caliente y después a hacer una llamada a su jefe. Esas dos cosas le habían hecho perder el tiempo, hora y media que habría sido

muy valiosa teniendo en cuenta que la tormenta invernal acababa de comenzar. A esas alturas podría estar en casa de Marcus Colter.

Con la bufanda sobre el rostro para protegerlo del viento y de la nieve brutales, Lara se abrió camino con dificultad hacia la zona donde había dejado la pista, deteniéndose demasiado a menudo porque la pierna estaba matándola.

«Sigue adelante. Tú sigue moviéndote», se dijo. Hacía demasiado frío como para bajar el ritmo y ya casi le resultaba imposible ver nada. Los puntos de referencia en los que se había fijado mientras conducía ya no eran visibles. Volvió a ponerse el casco, esperando ver mejor con el visor protegiéndole los ojos, pero no fue de gran ayuda.

La nieve lo cubría todo. Lara estaba atrapada y dejó de intentar orientarse. Negándose a que cundiera el pánico, se apoyó contra un árbol y miró con ojos entrecerrados el torbellino blanco que le bloqueaba la vista. Fue entonces cuando le pareció oír el sonido de un motor mezclándose con los aullidos del viento.

«Estoy oyendo cosas. Nadie más va a estar fuera con este tiempo».

Pero el sonido se volvió más fuerte, se acercaba, y Lara agitó los brazos con la esperanza de que la viera quien estuviera tan loco como para estar ahí fuera. Por suerte, llevaba principalmente ropa negra para la nieve. Debería resaltar sobre el fondo cubierto de blanco.

Alguien la vio y Lara se quedó estupefacta cuando una potente moto de nieve negra se detuvo justo a su lado. La persona que pilotaba el vehículo era grande, probablemente un hombre, pero no podía distinguir sus rasgos. Lo único que veía eran su casco y las gafas de esquí que protegían sus ojos.

—Lara, sube detrás, joder. Ahora.

El misterio de quién estaba fuera con aquella tormenta se resolvió cuando oyó el bramido masculino de enfado de Tate Colter, su voz lo bastante alta como para que la oyera por encima de la fuerza brutal del lamento del viento.

Lara no dudó en admitir su alivio cuando giró la pierna por encima de la potente máquina y se abrazó con cautela al potente cuerpo en la moto de nieve. No importaba que la irritase. Se sentía agradecida de ver a alguien en un vehículo que funcionase en ese momento.

—Agárrate fuerte —gruñó lo bastante alto como para que ella lo oyera.

Al final, no le quedó más remedio que agarrarse a él ni tuvo la oportunidad de buscar asideros para pasajeros donde sujetarse en lugar de aferrarse a Tate. Él salió despavorido en el momento en que Lara se sentó y sus pies estaban en posición. La moto de nieve que conducía era mucho más potente que la que

había alquilado ella. Lara se aferró a Tate; se le aceleró el corazón mientras se preguntaba si el tipo deseaba morir y llevársela a ella consigo. Voló en la ventisca a velocidades vertiginosas que quizás habrían resultado vigorizadoras de no haber estado aterrizada.

¿Cómo veía por dónde iba? Lo único que veía Lara era blanco puro por todas partes y al final agachó la cabeza detrás de Tate y la bajó a su espalda para bloquear el viento, incapaz de hacer nada excepto confiar en él y mantenerse aferrada a su cintura. Intentó no dificultar su conducción. Trató de inclinarse con él cuando era necesario, pero era casi imposible anticipar sus movimientos hasta que ya los había hecho. Sus acciones, veloces como un rayo sobre la poderosa máquina, ya habían terminado antes de que ella pudiera reaccionar siquiera.

Pasados los primeros minutos, el corazón le latía más lentamente y su respiración errática empezó a normalizarse cuando se percató de que Tate parecía saber exactamente lo que estaba haciendo.

«Si no estamos muertos todavía, obviamente sabe lo que hace».

Estaban rodeados de árboles y subieron y bajaron pendientes volando sin contratiempos. Tate manejó el recorrido como si ya lo hubiera hecho mil veces antes. Lara seguía pensando que estaba loco por circular tan rápido en condiciones adversas, pero evidentemente se sentía cómodo con ello, completamente familiarizado con el terreno.

Lara se estremeció, el cuerpo medio congelado por la intensidad de los vientos fríos.

Se quedó sin aliento cuando los esquís de la moto de nieve se levantaron del suelo y sobrevolaron una estrecha zanja. Finalmente, exhaló cuando aterrizaron hábilmente y con sorprendente ligereza al otro lado. Volaron cuesta abajo por lo que parecía la milésima vez y Tate giró la máquina y entró en lo que probablemente era una carretera, un tramo plano de tierra que no estaba tan cubierto de nieve. Pisó el acelerador a fondo y llevó la moto de nieve a toda velocidad mientras avanzaban por el espacio llano y abierto, desprovisto de árboles.

Lara ni siquiera vio la casa hasta que estuvieron casi encima. Tate disminuyó la velocidad y se detuvo frente a una gran casa de madera.

—Ve adentro y entra en calor. La puerta delantera está abierta. Tengo que colgar el trineo. —Su voz era fuerte y no admitía réplicas.

Lara no discutió. Bajó de la parte trasera de la moto, colgándose a Tate para compensar la pierna coja. Cuando llegó a la puerta tambaleándose, lo vio

desaparecer en la niebla blanca casi de inmediato.

Giró el picaporte de la bonita puerta delantera y este cedió fácilmente. Entró al precioso suelo del recibidor y se quitó la ropa de nieve tan rápido como pudo. Lara frunció el ceño; desearía haber entrado en un lavadero donde pudiera dejar la ropa de nieve. Después de recoger sus botas mojadas, calcetines, pantalones de nieve, abrigo y otras prendas de invierno empapadas, giró bruscamente hacia lo que parecía una cocina y, de camino, pasó junto a un salón rústico encantador con paredes y estanterías decoradas con antiguo material antiincendios. Con los brazos llenos ropa empapada, no tuvo tiempo de admirar la cocina, aunque decididamente era grande y parecía el sueño de cualquier cocinero. Aliviada, localizó el lavadero donde dejar las botas mojadas a la entrada del garaje, junto a la cocina. Colgó sus cosas mojadas en el perchero de la pared y buscó un trapo en la cocina. La casa era preciosa y no quería dejar agua en los bonitos suelos de madera. Tal vez fuera una casa de madera, pero más bien se trataba de una mansión que de una pequeña en el bosque. Todo estaba hecho a medida y la atención al detalle en la construcción resultaba evidente en cada viga de madera que adornaba el techo sobre los lujosos suelos de madera. La manera en que el constructor había conseguido dar a la casa una sensación rústica pero elegante.

Lara estaba limpiando los charcos en el suelo junto a la puerta cuando Tate entró en la casa, preocupada de que el agua pudiera dañar el suelo.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Habló con voz grave que reverberaba con lo que parecía ira.

—Estoy limpiando el agua del suelo. Mis cosas estaban empapadas.

—Déjalo.

Lara terminó la tarea rápidamente y se puso en pie, pero hizo una mueca por su muslo dolorido.

—¿Te has hecho daño? —La voz de Tate se volvió amable y preocupada.

—Estoy bien, aunque choqué contra un árbol con la moto de nieve del resort. He roto uno de los patines. Lo siento. —Anduvo hasta el lavadero para dejar el trapo.

—He dicho que lo dejes. —Le quitó el trapo de la mano, la condujo hasta el sofá del salón y gesticuló para que se sentara—. Haré que alguien vaya a recoger la moto de nieve cuando se despeje el tiempo. No es nada grave.

Lara se sentó y suspiró cuando la pierna se liberó del peso de su cuerpo, permitiendo que el músculo del muslo se relajase por fin.

Tate fue a echar el trapo a lavar después de encender la chimenea de gas y volvió unos minutos después con tazas de chocolate caliente y una manta. Le envolvió el cuerpo con la manta y le dio una de las tazas humeantes antes de dejarse caer al otro lado del sofá.

—¿Te importaría explicarme qué demonios te ha poseído para quedarte fuera cuando sabías que se acercaba una tormenta y además de eso a dejar la pista de motos de nieve? Las ventiscas en Colorado no son ninguna broma. Hablé con Chloe. Dijo que te advirtió de que venía tormenta —refunfuñó Tate. Sus ojos grises la examinaban con cautela mientras daba un trago de su propia taza.

—Me... me perdí —mintió con tristeza. No quería engañar precisamente al hombre que había salido a recogerla con una tormenta tan feroz, pero no tenía elección—. ¿Estaba preocupada Chloe? ¿Te mandó a buscarme?

Él asintió y le dedicó un gesto molesto.

—Lo siento. Ha sido una estupidez.

Tate volvió a asentir, la mirada aguda y evaluadora.

«Genial. Ahora piensa que soy una idiota, una rubia tonta que no es lo bastante lista como para evitar una ventisca que se acercaba. Sinceramente, no puedo culparlo por pensar lo que está pensando ahora mismo, pero no me gusta», pensó Lara.

Por extraño que pareciera, en realidad ahora le importaba lo que Tate pensara de ella. Había arriesgado su propia vida para salir a salvarla. Estaba enojado, y con razón. De pronto Lara se encontró a sí misma echando de menos su habitual sonrisa con hoyuelos y su actitud arrogante. En ese momento, parecía oscuro e intenso, más serio de lo que lo había visto hasta entonces, y esa expresión feroz hizo que se sintiera avergonzada.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué estabas buscando, Lara? Dejaste la pista y no me creo que estuvieras totalmente perdida. —La miró a los ojos; su mirada penetrante penetró su alma.

Ella abrió la boca y la cerró de nuevo, no muy segura de qué decirle. «No quiero mentirle». Un pequeño ladrido la salvó de tener que decir nada cuando el cachorro de pastor alemán más lindo que Lara había visto entró correteando en el salón y evitó que ella tuviera que hablar.

Ella sonrió cuando la criatura diminuta se detuvo a los pies de Tate contoneándose de emoción. Lara observó cómo levantaba al pequeño can con una ternura que hizo que le diera un vuelco el corazón.

—¿Quién es?

Tate rascó el cuerpecito del cachorro.

—Se llama Shep.

—Como el perro fiel de Fort Benton. No es un nombre muy único, Colter —lo reprendió en voz baja—. ¿Es tuyo?

—No lo planeé exactamente —gruñó Tate, pero siguió rascando el cuerpo tembloroso del cachorro—. Alguien lo dejó tirado en la autopista. Probablemente un regalo de Navidad que alguien decidió que no quería que le mordiera los muebles. Chloe me convenció para que me lo quedara —Se encogió de hombros—. Joder, supuse que podía cuidar de él mejor que sus dueños anteriores.

Obviamente cuidaba muy bien de la bolita de pelo, y a Lara le resultaba evidente que Tate ya quería al cachorro, independientemente de lo mucho que refunfuñara por adoptar al perrito.

—Parece que apenas es lo bastante grande para ser destetado —observó pensativa.

—Chloe dice que tiene unas diez o doce semanas.

Lara se puso al cachorro en su regazo cuando Shep cayó de los muslos de Tate y se arrastró entusiasmado hacia ella.

—Es adorable. —Se acurrucó al perrito contra el pecho y acarició el pelaje sedoso mientras el cachorro le lamía la mandíbula—. ¿Cómo puede ser nadie tan cruel? Podría haber muerto de frío. Es muy pequeño y no tiene reservas para sobrevivir mucho tiempo a la intemperie.

—Estuvo a punto de congelarse. Tenía mucho frío cuando lo recogí. Me alegro de que Chloe estuviera aquí para cuidar de él. También era bastante probable que lo atropellara un coche. La autopista tiene mucho tráfico en invierno con la temporada de esquí —contestó Tate.

Era muy difícil que no le gustara un hombre que rescataba cachorritos —y damiselas— en apuros. Tal vez Tate no estuviera muy contento con ella en ese momento, pero la había salvado de todas maneras. Lara levantó la vista y le sonrió, y él le devolvió una sonrisa cuando Shep clavó los dientes en su suéter y empezó a tirar. Ella rio alegremente y liberó de su prenda a la bola de pelo negra y canela—. Le gusta mordisquear.

—Va a ser muy travieso —coincidió Tate, que no sonaba intimidado en lo más mínimo.

—Me recuerda mucho a Chief cuando era un cachorro. Me lo regalaron cuando cumplí diez años. También era un pastor alemán y su pelaje era

parecido. Chief fue mi compañero constante durante años. —Lara suspiró. «Joder». Incluso ahora, seguía añorando a su compañero perruno.

—¿Qué le pasó? —preguntó Tate con curiosidad.

Shep empezó a dar saltitos intentando investigar qué había en la taza de Lara, y ella se echó a reír ante sus payasadas, recordando de pronto lo divertido que podía ser un cachorro.

—Nada de chocolate para ti, cachorrito. No es bueno para ti. —Sostuvo la taza medio vacía en alto. Miró a Tate y respondió dubitativa—. Tuve que darlo en adopción. Mis padres murieron cuando tenía dieciséis años. Tuve que mudarme con mi tía, y mi tío odiaba a los perros—. Acarició al perrito en su regazo mientras se terminaba el chocolate caliente y dejaba la taza cuidadosamente en un posavasos en la mesita. Su tío odiaba todo y a todos, incluida su esposa.

—Dios, Lara. ¿Tus padres murieron a la vez? ¿Qué pasó?

Ahora, incluso un poco más de trece años después de aquel día horrendo, a Lara le costaba hablar de la muerte de sus padres.

—Fueron asesinados.

—Cuéntamelo. ¿Cómo? —La voz de Tate era tierna y compasiva.

Lara se encontró con sus ojos mientras acurrucaba a Shep en busca de consuelo.

—Los dos murieron el 11 de septiembre de 2001. —Instintivamente, supo que Tate lo relacionaría y no tendría que decir nada más.

El rostro de Tate se convirtió en una expresión de asombro.

—¿Ambos murieron en el ataque al World Trade Center?

Lara asintió lentamente, los ojos húmedos de llanto.

—Torre Sur. No tenían ninguna oportunidad. Mi padre era abogado. Tenía negocios en Nueva York, y Mamá había ido con él porque su aniversario de boda era el 12 de septiembre. Querían celebrarlo en la ciudad de Nueva York. Aquel día ella fue con él al World Trade Center. Mamá le había dicho a mi tía esa mañana que mi padre sólo necesitaba hacer una parada rápida y que luego iba a llevarla a desayunar. Simplemente estaban en el lugar equivocado en el momento equivocado. —¿Cuántas veces había pensado eso Lara? No era como si su padre hubiera ido allí todos los días. Si tan solo sus padres hubieran ido el día anterior. Si tan solo su padre no fuera tan madrugador y hubieran planeado ir más tarde. Si tan solo...

—Lo siento muchísimo, Lara —carraspeó Tate mientras se movía hasta estar junto a ella, le rodeaba los hombros y dejaba a Shep en el suelo

suavemente.

Estrechó entre sus brazos el cuerpo de Lara, que no se resistió, y acunó su cabeza contra el pecho. Ella dejó que lo hiciera. Qué gusto daba sentir una conexión humana otra vez, dejar que la reconfortara, aunque no debería.

—Todavía los echo de menos. —Aquel día fatídico quedaría grabado a fuego en su mente para siempre.

—Lo sé. Yo también echo en falta a mi padre a veces, aunque cada vez me resulta más difícil recordarlo.

—¿Qué pasó? —Lara sabía que el padre de Tate había muerto hacía años, pero no conocía la causa exacta.

—Por extraño que parezca, él también murió en un atentado, pero no ocurrió en EE. UU. En un viaje a Oriente Medio a mediados de los años noventa, estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado, igual que tus padres. Murió cuando explotó un coche bomba. No era su coche. Sólo dio la casualidad de que estaba justo al lado del coche cuando detonó la bomba. Más tarde los terroristas reivindicaron la autoría, felices de haber matado a un estadounidense —gruñó Tate en su cabello—. Cabrones.

A Lara se le abrieron los ojos como platos por la sorpresa. La coincidencia de que ambos hubieran perdido a un ser querido en un atentado terrorista era bastante extraña, pero el hecho de que algo así le hubiera ocurrido a *Marcus* resultaba aún más raro.

La cabeza le daba vueltas al comprender todas las implicaciones de lo que acababa de relatarle Tate. Por la tristeza en la voz de Tate se dio cuenta de que aún lamentaba la muerte de su padre. ¿Y Marcus? Si así era, las cosas eran aún más extrañas y desconcertantes de lo que Tate podía imaginar siquiera.

Se aferró a él y se abrazó a su cuello mientras él la mecía suavemente, sintiendo asco y remordimientos al pensar que aquel hombre loco, engreído y arrogante, pero bueno, se quedaría aún más destrozado cuando descubriera la verdad.



Capítulo 4

Muy poco sorprendía ya a Tate Colter, pero la revelación de Lara más temprano aquel día de que había perdido a sus padres en el peor atentado terrorista en suelo estadounidense lo había dejado pasmado. Su familia se había desgarrado cuando perdieron a su padre. Sólo podía imaginar el dolor que debía de haber sufrido Lara cuando perdió a sus dos padres al mismo tiempo. Toda la familia de Tate había llorado a su padre durante años, pero tenían a su madre para hacer que mantuvieran los pies en la tierra. Ella había mantenido sus vidas lo más normales que pudo. Lara se había visto desplazada y perdió a sus dos seres más queridos en un suceso impactante que había sacudido a todo el país. Había perdido su hogar y todo lo normal que había en su vida junto con sus padres.

—Mierda —susurró con vehemencia para sí mismo. Aquellos hechos sobre su vida no estaban en la información que había recabado sobre ella, pero tampoco había estado buscando su parentesco. Había estado buscando información actual sobre ella y sobre lo que estaba haciendo en Rocky Springs.

Lara quería volver al resort, pero Tate se negó. Claro que podía volver al resort si quería, aunque técnicamente las carreteras estaban intransitables para coches y camiones hasta que fueran limpiadas. Ya habían caído más de treinta centímetros de nieve y en muchas zonas había ventisqueros aún más altos debido a los fuertes vientos. Y seguían cayendo copos. Para cuando aquella tormenta hubiera terminado, se habría acumulado más de un metro de nieve virgen.

Tate le había dicho a Lara que estaban atrapados hasta que limpiaran las carreteras y que después de la tormenta podía llevarla de vuelta al resort sin riesgo. *No le dijo* que tenía un Jeep quitanieves enorme en el garaje adicional.

Antes, cuando la trajo de vuelta a su casa, su motivación estaba clara: llevársela a la cama para poder poner fin a esa preocupación creciente por acostarse con ella hasta quitarle el sentido y después averiguar todos sus secretos.

Ahora, ya no estaba totalmente seguro de *cuál* era su objetivo exactamente. Sí, todavía quería acostarse con ella más de lo que había deseado a ninguna mujer en toda su vida. Pero todo acerca de ella empezaba a gustarle, lo volvía loco e hizo que su obsesión con ella se disparase.

Se apartó de su puesto junto a la ventana pintoresca. «¿Está desnuda ahora mismo?». A ella le gustaba comer, así que había cocinado una cantidad ingente de comida para los dos y habían guardado una buena cena antes de que Tate le mostrara sus aguas termales privadas. Probablemente su muslo seguía dolorido, así que le había ofrecido darse un baño en las aguas termales. Ahora desearía haber sugerido que compartieran el baño. «Se habría negado».

—¡Joder! —Tate enganchó la correa de Shep a su collar y salió. El cachorro lo miró con ojos marrones tristes que le recordaban a los de Lara. «Joder, ahora mismo casi cualquier cosa me recuerda a *ella*». Se agachó y acarició al perro—. No voy a abandonarte, chico. Simplemente preferiría que no hicieras tus cosas en la casa—. Tate sabía que el cachorro todavía tenía miedo al abandono, pero él no iba a irse a ninguna parte. Cuando decidía asumir una responsabilidad, se la tomaba en serio. «¿Qué clase de imbécil podría dejar tirado un animalito pequeño e indefenso junto a la carretera, a sabiendo de que probablemente moriría?».

Se encendieron las luces automáticas con sensor de movimiento delante de la casa, pero no ayudaron demasiado. La ventisca seguía bramando y la visibilidad era muy mala. Urgió al cachorrillo hacia el lindero del bosque. Había salido sin abrigo, con la esperanza de poder enfriar su cuerpo ardiente y de que la erección siempre presente que lucía cada vez que pensaba en Lara o que la veía bajara finalmente.

Tate tenía frío para cuando Shep vació la vejiga, pero seguía teniendo el pene duro. Era casi imposible sacarse de la cabeza la imagen de Lara descansando desnuda en su baño privado de aguas termales, tan jodidamente cerca de él que casi podía tocarla.

—Vamos, amigo —instó al cachorro, enfadado consigo mismo por estar tan preocupado por una mujer. Shep daba saltitos alegremente frente a él, ansioso por volver a un ambiente cálido.

Tate se quitó las botas en el porche cubierto. Volvió a entrar en la casa y le quitó la correa a Shep antes de colgar la soga en un perchero junto a la puerta y darle una palmadita al perro.

—Buen chico. —No sabía mucho acerca de adiestrar a un cachorro, pero esperaba que un pequeño elogio contribuyera a evitar que Shep le encharcara el suelo.

Tate deambuló por la casa y se detuvo junto a la puerta cerrada que conducía a las aguas termales. «¿Sigue ahí Lara? ¿Está tardando más de lo normal o solo me lo parece por mi imaginación hiperactiva y por mi obsesión por ella?». Llevaba un rato ahí dentro, desde después de cenar.

—Lara —llamó a través de la puerta, casi seguro de que no lo oiría. Entre ellos había una puerta corredera y un camino de piedra hasta las piscinas cubiertas. Giró el picaporte y empujó la puerta, que se abrió de par en par. «No cerró la puerta».

Sintiéndose culpable y a la vez eufórico de que confiara lo suficiente en él como para dejar la puerta abierta, cruzó la puerta sin hacer ruido y salió al camino que conducía a las piscinas rocosas de aguas termales. Se quedó sin aliento al doblar la esquina.

Su mirada la encontró de inmediato: estaba apoyada contra la pared, sentada en uno de los bancos de piedra en la piscina, los ojos cerrados. «Está dormida».

Exhaló con un gruñido y miró la pila de ropa junto a la piscina. «Se ha bañado desnuda». Tate no pensó, no debatió consigo mismo. Se desvistió rápidamente y sumergió su cuerpo desnudo en la piscina. No podía dejarla dormida en los manantiales y no quería asustarla. Si fuera sincero consigo mismo, probablemente admitiría que quería acercarse a ella, pero no iba a reflexionar sobre sus sentimientos en ese momento. Tate no podía apartar los ojos del cuerpo dormido de Lara, la parte superior de sus perfectos pechos se revelaba por encima del agua.

«Es perfecta, joder».

Le quitó un mechón húmedo de la cara y examinó sus rasgos, tan suaves e inocentes mientras dormía. Tate acarició delicadamente con un dedo sus labios carnosos, deliciosos, y la suave piel de su mejilla, porque no pudo evitarlo.

Había tenido a muchas mujeres en su vida. Claro que ninguna de sus relaciones había sido muy intensa y terminaron rápidamente debido a su carrera en las Fuerzas Especiales. Sí, estaba pasando por un período de desinterés desde su accidente, pero eso era comprensible. Ahora que lo pensaba, en realidad su aburrimiento había empezado incluso antes de que lesionarse, y había seguido hasta el día en que conoció a Lara. Era como si su pene hubiese pasado de cero a cien en cuestión de segundos. ¿Por qué demonios estaba tan atraído por *esa* mujer en particular, una mujer que podía dar palizas y que probablemente no tenía necesidad de los instintos sobreprotectores que emanaban de él cada vez que la miraba?

Le dolió cuánto había sufrido por perder a sus padres tan joven y después sintió deseos de hacer daño al tipo que le había sido infiel. Ella se hacía la dura. De hecho, *era* una mujer fuerte, pero había una dulzura subyacente en Lara que él quería alcanzar, que necesitaba tocar. Le gustaban su tosquedad y su exterior duro, pero quería su sumisión y quería que se rindiera a él y solamente a él.

—Despierta, cielo —le susurró con aspereza al oído.

Ella se movió y le rodeó el cuello con los brazos.

—Tate. —Lara suspiró suavemente.

El sonido de su nombre en labios de Lara casi lo destrozó por completo. Su suave capitulación hizo que el pene se le pusiera más duro que nunca.

—Despierta, nena. —No iba a aprovecharse de su somnolencia. No es que no quisiera aprovechar su estado vulnerable para robar un beso de sus labios... pero su puñetera conciencia no se lo permitía.

—Ahora estoy despierta —murmuró sensualmente. Lara atrajo su cabeza y sus labios hacia los de ella.

«Joder, un hombre sólo puede aguantar hasta cierto punto», y Tate había llegado a su límite. Su deseo reinaba supremo.

Capturó los labios de Lara como un hombre hambriento atacaba un festín, perdiendo la batalla con su conciencia mientras su mente y su cuerpo traicioneros tenían su propia celebración.



El cerebro adormilado de Lara sabía exactamente quién estaba besándola y ella se abrió a Tate como una flor que busca un rayo de sol. Él conquistó y engatusó, jugueteó y subyugó, saqueó su boca como si le perteneciera. Lara

gimió contra sus labios; su lengua se batió en duelo con la de él por tener el control. Ella perdió y se deleitó en la derrota, dejando que aquel hombre que hacía que se sintiera mujer la dominara. Él ponía las reglas y ella las cumplía felizmente, embriagada de no tener que pensar, sino únicamente responder. Aunque él dominaba, nunca se había sentido más segura, deseada y querida que en ese instante.

Tate la tomó en brazos para finalmente liberar su boca mientras la llevaba por los escalones de piedra hacia la casa. Después de dejarla lentamente en el suelo del baño contiguo al dormitorio grande donde habían entrado, Tate abrió el grifo de la ducha con un movimiento de su fuerte muñeca.

—Tenemos que aclararnos —dijo con voz ronca.

El olor acre de los minerales que había en el agua seguía pegado a su piel húmeda, y Lara se metió de buena gana en el agua caliente. Al agachar la cabeza bajo la alcachofa de la ducha, dejó que el torrente de líquido palpitante relajara aún más su cuerpo, ya sin fuerzas.

Tate entró en la ducha tras ella, vertió champú en su cuero cabelludo y frotó, enjabonándole el cabello con un masaje.

«Ah, Dios, qué bien se siente», pensó Lara.

Dejó que su cuerpo se relajara contra el poderoso pecho y abdomen de Tate, sin cuestionarse *por qué* confiaba en él. Le parecía bien y simplemente lo hizo. Tal vez debería sentirse incómoda apoyada contra un hombre desnudo en la ducha, un tipo al que apenas conocía, especialmente cuando estaba tan desnuda como el día en que nació. Pero la cercanía y la intimidad física solo consiguieron que anhelara una conexión aún más profunda con Tate, un vínculo que nunca antes había sentido.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído con voz áspera.

—Estoy bien. Siento haberme dormido.

—No lo sientas, Lara. Yo estaba aquí. Sabías que estabas a salvo —le dijo con un barítono grave y *sexy*—. ¿Cómo está tu pierna?

Ella no habló durante un instante mientras él le inclinaba la cabeza hacia abajo para aclararle el cabello.

—Está mejor —dijo ella con voz temblorosa mientras Tate le cambiaba el sitio suavemente para poder aclararse el pelo él mismo. Las aguas termales habían relajado el músculo del muslo, y ahora el dolor era sordo y casi inexistente.

Tate se enjabonó el cuerpo y después volvió a llenarse la palma de gel, que extendió con suavidad sobre los hombros y la espalda de Lara.

—Eres increíblemente preciosa, Lara. —Habló con voz áspera y ronca.

Ella se estremeció cuando las manos resbaladizas de él le rodearon el tronco y se deslizaron hacia arriba para ahuecar sus pechos.

—Tate —susurró. Dejó caer la cabeza contra su hombro.

—Eso es, nena. Sigue diciendo mi nombre. Gime mi nombre mientras llegas. Que sepas exactamente quién está haciéndote sentir así —exigió mientras sus pulgares rodeaban los pezones sensibles de Lara.

El sexo se le contrajo, casi con brutalidad, cuando Tate pellizcó ligeramente las cimas endurecidas de sus pechos y prendió fuego a su cuerpo con deseo desesperado.

—Por favor, Tate —sollozó. Su erección dura estaba clavada justo en la parte baja de su espalda—. Necesito... necesito...

—Sé lo que necesitas —respondió él bruscamente. Su mano se deslizó por su vientre y por pelo recortado en su monte de Venus. Tienes que llegar al orgasmo. Y voy a llevarte allí —le gruñó al oído.

—Sí. —Ella exhaló un suspiro torturado de alivio mientras los dedos de Tate se sumergían entre sus muslos a medida que su otra mano seguía excitando sus pezones implacablemente.

—Dios. Estás tan húmeda para mí, Lara. Tan caliente y apretada. —Sondeó su vaina con el dedo índice—. ¿Estás tan escurridiza porque quieres mi pene dentro de ti?

—Oh, Dios, sí. —Lara deseaba a Tate más de lo que había deseado a ningún hombre en toda su vida. Había estado soñando con él en la piscina, sobre aquello, antes de que la despertara. Ahora, no estaba muy segura de dónde había terminado el sueño y empezado la realidad. Lo único que sabía ahora era que él estaba bueno, duro, y que ella lo necesitaba. —Jódeme, Tate. Por favor.

Él le pellizcó el pezón un poco más fuerte y sus dedos exigentes buscaron y encontraron su clítoris. Acarició el palpitante manojito de nervios con brusquedad.

—¿Sabes lo que me provoca oír que me pidas que te joda? Me da ganas de darte exactamente lo que quieres.

Lara gimió cuando su cuerpo se resbaló contra la figura musculosa de Tate y arqueó la espalda mientras él le estimulaba con más fuerza el clítoris con los dedos pulgar e índice.

—¡Ay, Dios! ¡No puedo aguantar más! —gritó. Empezó a desplegarse una espiral en su vientre.

—Sí puedes. Aguanta, Lara. Utilízalo para venirte para mí, nena —le ordenó ásperamente al oído.

Su voz ronca y llena de deseo hizo que el cuerpo de Lara se estremeciera. Cuando su boca pasó al cuello de ella, mordisqueando y lamiendo ligeramente la piel sensible, Lara se hizo pedazos.

—¡Tate! —Las ondas en su vagina se convirtieron en espasmos tremendos. El clímax la había cogido con fuerza y se negaba a soltarla.

—Necesito sentir cómo te vienes —gruñó Tate.

Ella supo lo que quería exactamente por instinto. Se volvió a ciegas, le rodeó el cuello con los brazos y saltó, envolviéndole las caderas con las piernas.

—Entonces siéntelo ahora —jadeó pesadamente—. Ahora mismo.

—Joder. Lara. No iba a...

Ahora que sabía que le gustaba oírle suplicar, imploró:

—Jódeme, Tate. Necesito tu pene dentro de mí, ahora. Nada de seguir esperando. —Lara necesitaba que él perdiera el control por completo.

Alzó la mirada hacia él; la tensión se mostraba en su gesto torturado. Sus ojos se encontraron y ella miró fijamente el deseo feroz de Tate que ardía en su mirada.

—Te deseo. —Bajó la mano entre ellos para agarrar su enorme verga y encajó el glande en la entrada de su vaina.

—Ah, joder, sí. Mía —gruñó él mientras la clavaba contra la pared de la ducha y se enterraba hasta las pelotas.

Lara jadeó, pero no dejó de mirar a Tate a los ojos. Su clímax había terminado, los músculos de su vagina se relajaron para permitir la invasión de su enorme pene y se tensaron en torno a él como un guante. Los dedos de Tate se hincaron en su trasero mientras la sostenía con fuerza contra su entrepierna. Ella clavó los dedos en su pelo mojado.

—Jódeme...

—No lo digas otra vez, Lara, o vas a conseguir más de lo que esperabas —espetó Tate en tono peligroso, fuera de control.

Su mirada era salvaje y carnal, y Lara se deleitaba en ella.

—Jódeme —dijo ella deliberadamente—. Por favor, házmelo. —No tenía miedo de la ferocidad de aquel hombre. Hacía que se sintiera más excitada que nunca, y la urgencia de empujarlo al límite surgió desde lo más profundo de su interior.

Algo entre un gruñido y un gemido salió de boca de Tate antes de estrellarse contra la suya. Sus caderas se movían a un ritmo castigador mientras su miembro la embestía una y otra vez.

Tate jodió su boca con la lengua de la misma manera en que lo hacía con el pene: excitante, dura, feroz y terrenal, tan rápido que Lara apenas podía mantener el ritmo. Solo se aferró a él y disfrutó del viaje.

Él arrancó su boca de la de ella, apoyando la frente contra la pared de la ducha mientras su pecho subía y bajaba pesadamente. Apretó las caderas contra su sexo con cada embestida, elevándola cada vez más hacia otro desahogo más explosivo.

—Qué rico —jadeó.

—Demasiado rico —respondió Tate con un gruñido cargado de pasión—. Necesito. Hacer. Que llegues. Antes. Que. Yo.

Cada embestida la llevaba más alto y no cabía duda de que caería al abismo. Pero Tate sonaba desesperado, resuelto. No quería que siguiera conteniéndose. Metió una de las manos que tenía en su cabello entre sus cuerpos y se acarició el clítoris con los dedos. Inspirando con fuerza, se envió a sí misma al espacio; su vaina se aferraba al pene de Tate mientras entraba y se retiraba.

—Joder, nena —gimió. Su cuerpo grande se estremeció contra el de ella.

Lara gritó cuando el orgasmo le atravesó el cuerpo. Sus paredes internas apretaban y soltaban a Tate cuando él encontró su propio desahogo. Se enterró en lo más profundo de Lara por última vez con un gemido atormentado. Después abrazó su cuerpo con fuerza contra el suyo. Se sentó en un banco de mármol en la enorme ducha y se aferró a su cuerpo como si no quisiera dejarla marchar nunca. Cerró la boca sobre la de Lara, besándola sensualmente, con ternura, antes de soltar sus labios y apoyar la frente en su hombro.

—Casi me matas —dijo jadeante.

—¿Estás quejándote? —bromeó ella sin aliento.

—Dios, no. ¡Pues sí que estaría bien! —Se apoyó y le lanzó una sonrisa muy traviesa, con hoyuelos.



Capítulo 5

A la mañana siguiente, Lara salió de la enorme cama, presumiblemente la de Tate, y corrió al armario para buscar algo de ropa. Tomó una bata de su percha, se lo puso y salió a la cocina, con la mente como un torbellino.

«¿En qué demonios estaba pensando?».

En realidad, no había estado pensando en absoluto. Había reaccionado. Después de caer en un sueño crepuscular, estaba en medio de sueño erótico sobre Tate cuando oyó su voz junto a ella en la piscina. Deseosa de que su sueño se hiciera realidad, hizo que se cumpliera. Cuando la besó, Lara estaba condenada. Tate Colter era la fantasía de toda mujer, y ella estaba mucho de ser inmune a él. Había combatido la extraña conexión que sentía y su atracción por él desde que él le sonrió por primera vez, resistió la tentación de besar la *sexy* marca de su mejilla en cuanto la vio.

Lara sonrió a Shep cuando la pequeña bola de pelo bailoteaba a sus pies.

—Necesitas hacer pis, ¿eh? —Mientras miraba a su alrededor, se sorprendió de que no hubiera ningún charco en el suelo en alguna parte.

—Lo sacaré —dijo Tate detrás de Lara, con una voz sensual, ronca de sueño.

Sorprendida por su presencia, Lara dio media vuelta y atrapó sus ojos vagando por la bata de seda que se aferraba a su cuerpo.

—La tomé prestada. Lo siento.

Sus labios se curvaron hacia arriba con sensualidad.

—No lo sientas. Te queda muy *sexy* y yo no la uso.

Él ya estaba vestido con unos pantalones y una sudadera, los pies descalzos.

—Vamos, amiguito, antes de que te hagas tus cosas en el suelo. —Tate abrió la puerta delantera y se puso las botas.

Antes de que Tate pudiera alcanzarlo, el cuerpecito de Shep salió disparado por la puerta desde detrás de él.

—Oh, no —gimió Lara.

—No se irá muy lejos. Supongo que tenía muchas ganas —comentó Tate con voz divertida.

—Qué frío hace. —Lara se envolvió el cuerpo con la bata apoyada contra el marco de la puerta mientras observaba al cachorrillo que se aventuraba al lindero del bosque—. ¿Quieres un abrigo?

—¿Estás preocupada por mí? —Tate se enderezó después de ponerse las botas, sonando como si le gustara la idea de que ella se inquietase por él. La empujó contra el marco de la puerta y la atrapó con una mano en la pared exterior y otra en la interior—. Me he despertado con el pene duro y la vista de ese dulce trasero desnudo tuyo caminando hacia el armario. Creo que ahora mismo necesito enfriarme un poco. —Su mirada le acarició el rostro como si buscara algo.

—Bien. —Ella casi se sonrojó como una adolescente. «Maldita sea». Tate Colter la irritaba con la más simple de las afirmaciones, dejándola sin sentido. La víspera lo había probado con creces.

Cuando bajó los brazos y se volvió para seguir a Shep, Lara inspiró hondo.

«Recomparte, Lara. Ya es bastante malo que anoche le rogaras al hombre que te jodiera. Necesitas volver a ponerte las pilas. Tienes una misión que cumplir y tener un lío con Tate Colter es un problema», pensó.

Disgustada consigo misma, Lara empezó a cerrar la puerta, pero captó un movimiento repentino por el rabillo del ojo. Abrió la puerta de nuevo, ajena ahora al viento gélido. Frunció el ceño al darse cuenta de que no era un perro más grande lo que acechaba al cachorro, acercándose lentamente a la bola de pelo indefensa. Era un coyote grande.

—¡Tate! —gritó ella, poniendo urgencia en su voz cuando el coyote se acercó, a no más de diez o doce metros del pequeño Shep.

—Lo veo —exclamó Tate en respuesta, con la mirada fija en el depredador. Se agachó y cavó por debajo de la nieve. Tomó unas piedras y palos y se los lanzó con puntería al coyote hambriento. El animal aulló de un golpe directo con una pequeña piedra, pero no huyó como solían hacer los coyotes cuando

los aturdiría un humano. Tate maldijo al animal, gritó y siguió arrojando cualquier cosa que pudiera encontrar en el depredador acechante, pero el coyote se limitó a soltar un gruñido grave y salvaje.

Lara podía ver las costillas del canino salvaje, y estaba flaco, obviamente lo bastante hambriento como para alimentarse de cualquier cosa.

—No vas a hacer del inocente perrito de Tate tu puñetero desayuno —farfulló Lara con enfado. Corrió al dormitorio donde había arrojado su ropa la noche anterior y volvió a la puerta en cuestión de segundos.

Salió justo a tiempo para ver a Tate lanzándose a por el cachorro al mismo tiempo que el coyote entraba a matar; Lara levantó los brazos mientras Tate corría hacia la puerta con su mascota en brazos. El coyote se volvió para darles caza con un aullido furioso.

El coyote alcanzaría a Tate en cuestión de momentos a menos que...

Sin más elección, Lara apuntó y disparó al depredador que los perseguía entre los ojos.

Lara bajó los brazos lentamente; se apoyó la pistola Glock 23 en el muslo mientras soltaba un suspiro de alivio. No tenía ninguna duda de que el coyote iba tras el cachorro. Raramente atacaban a los humanos, pero si Tate se interponía en su camino, podría desgarrarlo o incluso matarlo. No estaba dispuesta a permitir que el cachorro ni Tate sufrieran ningún daño si podía evitarlo.

Pero tendría que pensar rápido para explicarse.

—Eso ha sido un gran disparo —dijo Tate mientras corría hacia el porche. Shep gimoteaba en sus brazos. Soltó al cachorro dentro de la casa y Shep se precipitó encantado hacia el interior—. No estoy seguro de si ha sido el coyote o el disparo lo que ha hecho que se me de miedo. dijo Tate arrastrando las palabras mientras observaba cómo Shep corría a cubierto al interior de la casa, con aspecto totalmente impávido por el hecho de que podría haber resultado herido.

—Lo siento. No tuve elección. El coyote estaba persiguiéndoos y tú no ibas a llegar a la casa —respondió Lara a la defensiva.

Tate se acercó al animal muerto y después volvió junto a Lara, empujándola para que volviera a entrar en la casa.

—No llevas zapatos. Vuelve adentro.

Lara volvió a entrar en la casa y colocó su Glock suavemente en un armario alto en la cocina para evitar que Shep se acercara a ella.

—De verdad, no tenía otra opción —volvió a decirle Lara a Tate mientras giraba hacia él cuando sintió su presencia detrás de ella.

—Oye. —Él dejó caer sus manos sobre los hombros de Lara—. No estoy discutiendo. Tus rápidas acciones y esa puntería jodidamente impresionantes probablemente me ha ahorrado algunas lesiones y la vida de Shep. Algunos coyotes se están volviendo atrevidos. No estoy seguro de si ésa tenía la rabia, pero sé que tenía hambre. Los turistas piensan que es divertido dejar comida fuera para poder verlos y luego ellos pierden su miedo natural a los humanos, se habitúan. Definitivamente quería hacer una comida de Shep. No estoy enfadado contigo. Estoy agradecido.

—¿Lo estás? —Lara miró a Tate, confundida.

Él asintió.

—Eres muy buena tiradora. Y llevas una pistola. ¿Por qué?

Eran las preguntas que Lara quería evitar.

—Porque yo... soy...

Tate le cubrió los labios con los dedos.

—No me mientas. Sé que quieres hacerlo o que sientes que tienes que hacerlo, pero no lo hagas. No tienes que hacerlo. —Sus cejas se juntaron mientras la estudiaba atentamente—. Eres la agente especial Lara Bailey del FBI. Se te ha asignado a la división de lucha antiterrorista, lo cual tiene mucho sentido ahora que sé cómo perdiste a tus padres. Mi pregunta no es *quién* eres, Lara. Mi pregunta es: ¿qué diablos estás haciendo *aquí*, en Rocky Springs, Colorado?

Ella retrocedió hasta que sus manos cayeron de su cuerpo, completamente conmocionada de que su condición de agente hubiera sido descubierta tan fácilmente.

—¿Cómo lo has sabido? —No iba a negarlo. Obviamente no tenía sentido.

Él sonrió con satisfacción.

—No te creerías los contactos que tengo. Lo único que hizo falta fue una llamada telefónica. Lo que no pude descubrir fue tu misión. No eres una empleada estresada de vacaciones. Estás aquí por alguna razón.

Lara se cruzó de brazos.

—¿Cómo lo sabes? Ser agente de campo es un trabajo estresante. Y tenemos vacaciones. —Lara no recordaba habérselas tomado nunca. Respiró hondo antes de continuar—. ¿Y cómo es posible que averigües mi condición tan fácilmente? Sé que eras un SEAL de la Marina de EE. UU., pero no

aparecía en tu expediente militar. ¿Por qué? ¿Y cómo es que todavía tienes contactos tan poderosos?

Tate se cruzó de brazos imitando su postura.

—Tal vez yo no fuera un SEAL —sugirió él con calma—. Si no está en mi expediente, no sucedió.

—Y una mierda. —Le lanzó una mirada fulminante—. Pasaste por el BUD/s, el entrenamiento básico de demolición submarina seis meses, por el SQT, el entrenamiento de calificación SEAL de seis meses y conseguiste tu Tridente SEAL, la insignia de la Guerra Especial. Después de eso, es como si hubieras desaparecido, excepto por las anotaciones de que eras oficial de las Fuerzas Especiales con un expediente ejemplar. Te fuiste porque resultaste herido en el cumplimiento del deber, pero la misión era altamente confidencial. ¿Qué tipo de misión es confidencial para un agente del FBI?

—El tipo que no existe para casi nadie del gobierno —explicó en tono informal—. Y nunca he dicho que fuera un SEAL. Aunque admito que dejé que cualquiera que lo creyera siguiera dando por hecho que lo era. No tuve elección.

Lara lo miró boquiabierta.

—¿Estabas en un equipo de alto secreto de las Fuerzas Especiales? Te reclutaron del equipo SEAL, ¿no?

Había oído rumores ocasionales sobre un equipo de élite de operaciones especiales que casi nadie conocía, ni siquiera el escalafón superior del FBI. Pero había rechazado los continuos rumores. Su expediente militar tenía sentido para ella. Era lo único que tenía sentido. Si hubiera seguido como SEAL de la Armada, aparecería reflejado en su expediente. Los sellos no estaban escondidos del FBI. Ningún agente de las Fuerzas Especiales conocidos se le ocultaba al FBI. La única respuesta era un equipo de alto secreto, un equipo tan selecto que nadie lo conocía, excepto el peldaño más alto de la cadena alimenticia del gobierno. Nunca había visto un expediente militar como el de Tate, pero ahora tenía mucho sentido.

Levantó la ceja cuando él no contestó, y él se limitó a encogerse de hombros.

—Prefiero oír hablar de ti, agente especial Bailey. Como por ejemplo, ¿qué demonios haces aquí? Y no intentes contarme mierdas de que estás de vacaciones. No colará. El único cabo que no he podido atar es por qué estás aquí cuando eres agente antiterrorista. ¿Hay algún terrorista oculto aquí, en Rocky Springs?

—Es posible —dijo ella.

—¿Quién?

—No puedo darte esa información, Colter. De todas las personas, tú debes entender lo que es guardar secretos.

Tate avanzó y sujetó su cuerpo contra el armario de la cocina.

—No de mí. Yo crecí aquí. Yo vivo aquí. Y estoy seguro de que tengo una habilitación de seguridad más alta que tú. No tienes razón para *no* decírmelo. Este es mi territorio. Mi hermano es un puñetero senador. ¿Y si él es un objetivo? —gruñó. La ferocidad en sus ojos la fulminó atterradoramente.

—No lo es —le dijo bruscamente. Podía compartir eso. Lo último que quería era que pensara que su hermano Blake estaba en peligro—. Y si estás fuera del ejército, ya no tienes autorización.

Tate la miró y habló como si escogiera sus palabras con cuidado.

—Todavía la tengo. Digamos únicamente que ahora soy una especie de consultor.

—¿De quién? —No había una puñetera cosa en la comprobación de sus antecedentes que lo indicara, pero tampoco había un expediente como el suyo. Por alguna razón, la mayor parte de la información sobre Tate Colter estaba oculta, enterrada bajo mentiras superficiales.

Él se encogió de hombros.

—¿Sigues siendo militar? ¿Qué clase de accidente tuviste?

Él la miró fijamente con gesto de inocencia.

—Me rompí la pierna en un accidente de esquí.

Lara puso los ojos en blanco.

—Sí, seguro. El accidente está en tu expediente, Colter. Ocurrió mientras estabas en servicio activo. Dejaste el ejército por eso. Pero no dice lo que ocurrió.

—Nadie en mi familia lo sabe. Les dije que todo ocurrió mientras estaba esquiando en Vail. Por lo que respecta a mi familia, no está relacionado con el trabajo. Salí de Colorado en cuanto tuve la última cirugía sólo para alejarme. Encontré una casa en Florida, pasando el rato con un amigo allí para no tener que seguir mintiendo a mi familia. No volví hasta que me curé completamente.

—No se lo diré a nadie.

—Fue el resultado de un accidente de helicóptero. Yo era el piloto. De no haberlo pilotado yo, estaría muerto. Todos salimos con vida, pero yo tuve que someterme a cirugía correctiva, clavos para reconstruirme la pierna —dijo lentamente, con cautela.

—Nadie se daría cuenta. No cojeas.

Tate negó con la cabeza.

—Yo lo sabía. Me hizo más lento. Ser más lento significa morir y, posiblemente, provocar que otros miembros de un equipo también resulten heridos o mueran.

«Joder. Si Tate Colter es lento ahora, antes de su accidente habría hecho que me diera vueltas la cabeza».

—Así que renunciaste a tu puesto en las Fuerzas Especiales.

—Tuve que hacerlo. Sabía que no estaba en perfecta condición física. —Su voz sonaba afligida por admitir que no era perfecto.

—¿Te dolió eso? ¿Reconocer que eres humano? —le preguntó en voz baja. Las Fuerzas Especiales eran arrogantes por una razón. Si no tuvieran fe absoluta en su capacidad para hacer cualquier cosa, para cumplir cualquier misión, podrían morir si dudaban de sus capacidades. Obviamente, Tate fue capaz de evaluar la situación y renunciar. Lara admiraba esa capacidad y no estaba mofándose de él.

—Claro que dolió —gruñó—. Pero no quiero que nadie muera porque yo no podía admitir que no era el mismo de antes del... accidente.

Lara sospechaba que el helicóptero no se había estrellado sin más. Probablemente había sido derribado. Pero no se molestó en preguntar porque obviamente él no iba a compartir la experiencia. Si estaba involucrado en algún tipo de equipo de alto secreto de operaciones negras, no iba a hablar de ello con una completa extraña, aunque fuera del FBI.

«No somos extraños exactamente. Intimamos. Bueno... tal vez no intimamos... quizás yo sólo fuera un rollo para él».

Tate la había tratado como si fuera especial y, aunque lo intentara, no podía sacarse de la cabeza la noche anterior. La había secado como una mujer atesorada al salir de la ducha, le cepilló el pelo, la tomó en brazos y la llevó a la cama. Ella se durmió casi en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, con el cuerpo de Tate abrigándola protectoramente.

—Siento no habértelo dicho —farfulló ella al ver un rápido destello de vulnerabilidad en sus ojos.

—No tuve problemas para averiguarlo. Y no me enfadé. Eres agente. Eso no es algo que vas por ahí contándoselo a todo el mundo. Sé lo que es necesitar ocultar ciertas partes de tu vida. —Hizo una pausa durante un momento y le mesó el pelo con los dedos. Inclino su cabeza hacia arriba y examinó su rostro antes de añadir—: Es solitario.

Ella asintió lentamente, sin dejar de mirarlo.

—Puede serlo. No tengo muchos amigos de verdad porque vivo para mi trabajo. Estoy trabajando prácticamente las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. No deja mucho tiempo para socializar.

—¿Y el imbécil que te engañó?

—Pasó hace dos años. Él también era un agente, en otro departamento, gracias a Dios. No tengo que verlo todos los días. Era conveniente. Ambos trabajábamos muchas horas, quedábamos cuando podíamos. Pero yo pensaba que éramos monógamos. Él, no. Me dolió, pero no me rompió. —Ella intentó apartar la mirada, pero él volvió a inclinarle la cabeza para mantener el contacto visual.

—¿Con quién has estado desde entonces? —Su tono de voz era inquisitivo.

—Con nadie hasta ti —admitió ella—. Sé que no usamos condón anoche. Fue muy negligente por nuestra parte. Pero yo estoy limpia y sigo tomando la píldora...

—Sé que estás limpia. Vi tu último reconocimiento médico. También sabía que estabas tomando la píldora. Estaba en tu historial médico.

—Miraste mi puñetero historial médico —dijo enojada. «En serio, ¿a qué más tiene acceso?».

—Tú viste el mío —le recordó él descaradamente—. Lo justo es lo justo. Y si no viste un reconocimiento médico, estoy completamente libre de enfermedades. Nunca tengo sexo sin condón. Y no he estado con nadie desde mi accidente.

Lara ahogó una exclamación en voz baja.

—¿Por qué? —Habría pensado que Tate Colter tenía a un montón de mujeres esperando en fila para meterse en su cama.

—Porque no había nadie con quien quisiera estar, Lara. Mi pierna no es una vista muy bonita, y simplemente no sentía deseo —respondió con franqueza—. Y antes de eso, yo también vivía para mi trabajo.

—¿Qué cambió? —Lara contuvo la respiración. Sus ojos se clavaban en los de ella, ahumados y posesivos mientras la miraban fijamente.

—Te vi a ti. —Le apartó de la mejilla un mechón errante—. Desde entonces tengo el pene duro —dijo con tristeza.

Lara rió por la nariz.

—No es gracioso —gruñó Tate, molesto.

—No soy precisamente una mujer fatal. —La sola idea le daba ganas de volver a reír—. Como igual que un cerdo. Odio llevar tacones y rara vez me

molesto en maquillarme a menos que me vea obligada a hacerlo. No me molesto en arreglarme el pelo y como más cómoda estoy es con unos pantalones o un traje de pantalón y zapatos para trabajar planos, feos y cómodos. Trabajo en un campo dominado por los hombres, así que tengo que ser dura. La mayor parte del tiempo prefiero patearle el trasero a un tipo que joder con él. ¿Cómo puede ser eso mínimamente *sexy*? —Lo empujó por el pecho y se alejó de él para dejar una distancia segura entre ellos.

Él apoyó una cadera envuelta en *denim* contra la encimera de la cocina y le sonrió.

—Hay algo realmente erótico en una mujer con un arma que quiere atacarme.

—Estás desquiciado. —Se tapó la boca para reprimir una carcajada. «¡Joder!». Estaba tan bueno que quería comérselo. Era innegable que se sentían atraídos el uno por el otro. Casi saltaban chispas cuando el deseo y la química fluían entre ellos dos, haciendo que a Lara le resultara muy duro tener las manos quietas.

Una de las cosas más atractivas de Tate, y desgraciadamente había demasiadas, era que la aceptaba exactamente como era. La encontraba deseable aunque rara vez liberase su lado femenino. No solo se sentía atraído por ella, sino que también parecía que ella *le gustaba*.

Tate se acercó a ella otra vez.

—Ya te he dicho que me excita una mujer con un apetito saludable.

Lara dio un paso atrás para salir de su alcance peligroso.

—Eso me recuerda que estoy hambrienta. —En realidad, el corazón le daba saltitos en el pecho. Cada rasgo de ella que mencionó que aceptaba como *sexy* hacía que se sintiera poco mareada—. Iba a preparar el desayuno. Ahora que el tiempo está despejado, tengo que irme después de desayunar.

El rostro de Tate se volvió sombrío.

—Tienes que decirme qué está pasando, Lara. Puedo ayudar. Si no me lo dices, te seguiré. Así que, más vale que me lo cuentes todo. Sé que te dirigías hacia la propiedad de Marcus cuando tuviste el accidente con el trineo. ¿Estabas tratando de conseguir su cooperación en una investigación?

A Lara se le encogió el corazón y ella vaciló. No *debía* decirle nada, pero *tenía derecho* a saberlo y quizás pudiera ayudar. Sin embargo, no quería hacerle daño.

—No. No estaba intentando conseguir su cooperación.

Él le lanzó una mirada inquisitiva.=

—Entonces, ¿qué hacías?

Lara suspiró.

—En realidad, tu hermano Marcus es un sospechoso. Tenemos muy buenas razones para creer que tu hermano es fundamental para intentar organizar un atentado terrorista a gran escala. Me enviaron aquí a investigar a tu hermano mayor, Tate. Lo siento mucho.

Tate no reaccionó en absoluto como se esperaba Lara. Hizo la única cosa que ni siquiera se le había ocurrido que podría hacer cuando supiera lo de Marcus. Se echó a reír.



Capítulo 6

—¿Papá y tú peleasteis alguna vez? —le preguntó Chloe Colter a su madre cuando estaban sentadas a la mesa para desayunar tarde. Su madre había llegado a casa en un vuelo de madrugada y Chloe había ido a recogerla a la pista de aterrizaje.

Aileen Colter amaba por igual a todos y cada uno de sus hijos, y se preocupaba por distintos problemas con cada uno de ellos. Pero, en ese momento, estaba preocupada por Chloe. Su única hija y la más pequeña siempre había tenido la personalidad más alegre, una felicidad que siempre parecía irradiar su ser. Últimamente, esa luz brillante que era su Chloe parecía haber desaparecido.

—A veces —respondió cuidadosamente a su hija, preguntándose por qué Chloe le preguntaba acerca de la relación con su marido, el padre de Chloe.

Su hija dejó el tenedor en el plato sin tocar la comida y estiró el brazo para tomar su café.

—No recuerdo haberos oído discutir nunca.

Aileen miró el plato lleno de Chloe y frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado en la muñeca? —Cuando su hija dejó el tenedor en el plato, le había visto moratones en el brazo.

—James estuvo intentando enseñarme unos movimientos de artes marciales. Fue un accidente —explicó Chloe.

«¿Un accidente? Tal vez fuera accidental, pero ¿cómo le ha dejado James el brazo lleno de moratones a Chloe enseñándole artes marciales para

principiantes? No es un moratón pequeño. Tiene toda la muñeca y el brazo morados y amarillos», se dijo su madre.

—Tu padre y yo teníamos desacuerdos en ocasiones, pero nos respetábamos lo suficiente como para no gritarnos. —Su difunto marido, Russell Colter, *era* problemático, igual que sus hijos, pero nunca subía la voz. Nunca había tenido que hacerlo. Aileen siempre había presentido cuando algo iba mal y habían podido hablarlo. Si las cosas se les iban de las manos y querían desahogarse, nunca lo hacían cerca de los niños, y nunca se faltaban al respeto el uno al otro.

—Tenía mucha responsabilidad —caviló Chloe—. ¿Nunca se enojó y lo pagó contigo?

—Nunca —le dijo Aileen a su hija con énfasis—. Me hablaba de ello, pero nunca me culpó por nada que no fuera mi culpa. —Estudió el rostro de su hija y se percató de las ojeras bajo sus ojos y las arrugas de preocupación que rodeaban su boca—. ¿Va todo bien entre tú y James, cariño?

—Sí. Bien. Todo bien —respondió Chloe rápidamente. Tal vez demasiado rápido—. Sólo parece que está preocupado y estresado por el trabajo. Y supongo que, como he abierto mi consulta, las cosas están un poco tensas.

Algo *andaba* mal. Aileen podía presentirlo. Pero su hija era adulta, de casi treinta años, y ella estaba muy orgullosa de Chloe. No quería fisgonear, pero planeaba observar su relación mucho más de cerca. Sus instintos de madre rara vez se equivocaban.

—¿Sabes que puedes hablar de cualquier cosa conmigo?

Chloe le sonrió débilmente.

—Lo sé, Mamá. Gracias. Te he echado de menos mientras estabas fuera.

Aileen también había echado de menos a sus hijos. Chloe había estado fuera tanto tiempo en la universidad y ahora, en cuestión de meses, iba a casarse y a salir de casa para siempre. Por suerte, James era un médico local y vivirían allí, en Rocky Springs, pero ella se había acostumbrado a tener a Chloe en casa de nuevo y sería difícil volver a verla mudarse.

«Ojalá pudiera deshacerme de este inquietante presentimiento de madre de que algo no va bien con Chloe. Estoy segura de que sólo se debe a que estoy triste porque se va. James es doctor, un médico respetado y ahora mi hija es una veterinaria local. Él y Chloe deberían vivir una vida maravillosa juntos», pensó Aileen.

Por desgracia, Chloe no parecía una novia feliz, y James era educado pero distante. Siempre lo había sido, por lo que era difícil llegar a conocerlo bien.

—¿Tú y James no habéis comprado los anillos todavía? —Aileen sabía que su hija quería un anillo. Había visto a Chloe mirar alianzas con anhelo y diamantes durante meses. En última instancia, sabía que Chloe quería un hijo. Aunque a su hija le quedaba mucho tiempo para tener bebés, Aileen se preguntaba si Chloe se sentía como si su reloj biológico ya estuviera haciendo tictac. Había momentos en los que se preguntaba si en realidad Chloe quería un hijo más de lo que quería un marido.

—Él quiere esperar hasta que se acerque más la boda.

Una voz masculina detrás de Aileen la sobresaltó.

—Entonces, deja a ese perdedor y cástate conmigo.

Aileen sonrió y se dio la vuelta, feliz de ver a su hijo, Blake, y a su amigo Gabriel Walker, la misteriosa voz masculina que coqueteaba con su hija.

—¡Blake! —dijo Aileen emocionada mientras se levantaba de la silla de un salto bastante rápido para una mujer de su edad y se arrojaba en brazos de su hijo.

Los deberes de Blake como senador de Estados Unidos lo habían mantenido en Washington, D. C. durante demasiado tiempo. No había vuelto a Rocky Springs desde hacía meses.

Él la levantó y la hizo girar.

—¿Cómo está mi madre favorita? —bromeó Blake mientras la abrazaba fuertemente.

Ella golpeó el hombro de Blake.

—Soy tu única madre. Ahora, bájame —le regañó, pero en secreto adoraba la forma en que sus hijos eran capaces de mostrar abiertamente su cariño hacia ella y hacia sus hermanos. Peleaban y reñían como hacían todos los hermanos, pero su devoción los uno a los otros siempre era evidente. Y ella se sentía muy bendecida con los niños que ella y Russell habían creado juntos: cada uno de sus hijos era un niño del que sentirse orgullosa y al que ella amaba con todo su corazón.

Blake la abrazó con fuerza antes de dejarla en el suelo.

—Ah... bueno... aunque tuviera cincuenta madres, tú seguirías siendo mi favorita —respondió Blake en tono informal.

«¡Zalamero! De todos mis chicos, Blake es el más encantador, lo cual probablemente sea bueno porque es político. Pero, sinceramente, Blake siempre ha sido así. Incluso de niño, era tan encantador que podía encantar a una serpiente de cascabel», reflexionó Aileen.

Gabriel le tendió los brazos y Aileen no vaciló en abrazarlo.

—Qué bueno verte, Gabe. —*Siempre* era una alegría ver a Gabe Walker. Él y Blake eran amigos desde que eran adolescentes, y ahora Gabe vivía permanentemente en Rocky Springs. Tenía un rancho muy lucrativo que bordeaba el rancho de ganado de Blake. Éste se extendía mucho más allá de los límites de la ciudad de Rocky Springs. Su marido y el padre de Gabe habían sido buenos amigos, y Blake y Gabe se habían unido como hermanos cuando eran adolescentes. Aileen también había sido amiga de la madre de Gabe y le dolió por él cuando perdió primero a su madre y luego a su padre. Desde entonces, ella lo miraba casi como a otro hijo. Tenía que sentirse muy solo ahí fuera, en la gran mansión que había construido en su rancho, pero nunca hablaba de ello.

Evidentemente, Gabe sabía que Blake iba a llegar. Probablemente lo había recibido en la pista de aterrizaje y lo había seguido a su casa para desayunar.

Cuando soltó a Gabe, Aileen se volvió hacia su hija, que se había levantado para arrojarse en brazos de su hermano, Blake. Su hijo, el segundo más mayor casi estaba asfixiando a su hermana pequeña.

Aileen le preguntó a su hija en tono jocoso:

—Acabas de recibir otra proposición, cariño. ¿No vas a responder a la propuesta de Gabe?

—No —respondió Chloe enojada mientras fulminaba a Gabe con la mirada—. Ya estoy prometida.

Aileen tuvo que morderse el labio para contener una sonrisa. La manera en que discutían Chloe y Gabe la divertía. En secreto, deseaba que su Chloe fuera a casarse con un hombre como Gabe. Él la mantendría alerta sin hundirla. Evidentemente, Gabe tenía cariño a Chloe, pero ella no aceptaba nada de él. Por alguna razón, Chloe evitaba a Gabe a cada oportunidad.

Gabe captó la mirada de Chloe y le guiñó un ojo.

—Sabes que sólo estabas esperando que se presentara una oferta mejor.

—Entonces tendría que esperar una eternidad —le dijo Chloe con voz prácticamente hostil, pero le lanzó una sonrisa falsa—. Por suerte voy a casarme con el hombre de mis sueños en unos meses.

—Si fueras mi mujer, yo ya habría puesto un anillo en ese dedo a estas alturas. —La voz de Gabe era ligera, pero su mirada era intensa.

—Entonces es bueno que no sea tu mujer —respondió Chloe en tono cortante.

Blake habló para disipar la tensión en la habitación.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Zane está en Denver, trabajando en un proyecto. Marcus tenía que haber llegado ayer, pero se vio retrasado por la tormenta. Debería llegar hoy. Y Tate está en casa. —Aileen hizo un gesto para que todos se sentaran y fue a servirle el desayuno a los dos hombres. No se le escapó el hecho de que Chloe se apresuró a tirar de la manga larga de su camisa hasta cubrir su muñeca amoratada.

—Creo que a Tate le gusta una mujer que se hospeda aquí, en el resort. Fui a ver si Lara estaba en el gimnasio esta mañana y no estaba. Creo que podría haberse quedado tirada con Tate —le dijo Chloe a Blake animadamente. Se sentó en su silla, con Blake a su derecha y Gabe a su izquierda. Ignoró completamente a Gabe.

Blake abrió los ojos como platos.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es esa mujer misteriosa? ¿Y por qué iba a haberse quedado tirada con mi hermanito?

Chloe le contó lo que sabía de Lara, y cómo el día anterior no había vuelto con la moto de nieve antes de la tormenta. Después procedió a explicar que Tate había salido a buscar a Lara.

—Me mandó un mensaje diciendo que la había encontrado y que estaba a salvo, pero ella no volvió al resort anoche. Tiene que estar con él. Me gusta. Le dio una paliza a James haciendo judo.

—¿Al Sr. Cinturón Negro? —interpuso Gabe en tono sarcástico.

Sin mirar a Gabe, Chloe le respondió a la defensiva:

—James es muy bueno, pero Lara es fantástica. Se ofreció a enseñarme algunos de sus movimientos de autodefensa.

—¿Entonces piensas que Lara sigue en casa de Tate? —preguntó Blake.

—Tiene que estar allí. Quizás estaba más cerca. La ventisca de ayer fue muy mala —le dijo Chloe a su hermano pensativa.

—Y Tate tiene un Jeep quitanieves que podría haberla traído de vuelta al resort fácilmente —le recordó Blake con una sonrisa enorme en los labios.

Aileen puso un plato enorme de huevos, panceta y tostadas delante de Blake y Gabe.

—Come. Y no molestes a tu hermano porque le guste una mujer. Ha tenido un año difícil. Estaría bien que al menos uno de mis hijos estuviera pensando en casarse y darme nietos.

Tate había salido de las Fuerzas Especiales del ejército, hecho que había encantado infinitamente a Aileen. Se había cansado de preocuparse porque su hijo se pusiera en peligro cada día. Pero sabía que lo echaba de menos y que

estaba inquieto. Una buena mujer podría ayudar a que su hijo más joven se sintiera más feliz.

Tate se había curado de la lesión que le obligó a abandonar el ejército, una lesión que él insistía en que se había producido mientras esquiaba estando fuera de servicio. «¡Bah! ¿De verdad piensa mi hijo pequeño que me creo *esa* excusa? Sé que está intentando ahorrarme un poco de preocupación, pero no me creí esa historia mala ni por un minuto. Una madre simplemente... lo sabe».

—Mamá, soy senador de los Estados Unidos. ¿De verdad crees que sería lo bastante inmaduro como para ponérselo difícil a Tate por una mujer? — protestó Blake antes de atacar su plato de comida.

—Sí.

—Sí.

Chloe y Gabe respondieron vehementemente al mismo tiempo.

Aileen se sentó con su café, feliz mientras observaba cómo Gabe y Chloe se miraban sorprendidos e intercambiaban una pequeña sonrisa por primera vez.



Lara odiaba ponerse ropa sucia, pero suponía que podría cambiarse cuando volviera al resort. Con la ropa puesta, se ajustó la Glock 23 que llevaba oculta a la espalda y se bajó el suéter por encima de la camiseta.

—¿Qué estás haciendo? —Tate vagó hasta el dormitorio.

—Estoy preparándome para volver al resort —le dijo sucintamente, todavía enojada con él porque no había parado de reír desde que le reveló que estaba investigando a Marcus. Suponía que se había repuesto, porque ahora no estaba riéndose. Al final había acabado saliendo de la cocina dando pisotones cuando él rio sin parar durante cinco putos minutos.

—¿Para poder investigar a un hombre inocente? —la voz de Tate seguía teniendo un toque de humor.

Ella dio media vuelta y se cruzó de brazos.

—Estoy cansada, tengo hambre y voy armada. No me jodas, Colter.

—Joder, qué *sexy* te pones cuando te enfadas. —Le lanzó una mirada apasionada.

—Ni lo pienses. —Sostuvo el brazo en alto a medida que él avanzaba, lo rodeó y volvió a entrar en la cocina pisando fuerte. Sentía su presencia a la

espalda—. Tengo un trabajo que hacer y no me gusta que te rías de lo que hago.

—Eh. —Tate le agarró el brazo en la cocina y le dio la vuelta—. No estoy riéndome de lo que haces. Tienes un trabajo importante y peligroso, y obviamente se te da bien. Pero estás dando caza al tipo equivocado.

—¿El tipo equivocado que ha estado trayendo bastantes explosivos como para volar todo un estado? ¿El tipo equivocado que ha estado tratando con terroristas conocidos? ¿El tipo equivocado que está almacenando armas de destrucción masiva en algún lugar de estos terrenos en Rocky Springs? ¿Te refieres a *ese* tipo equivocado? —preguntó furiosa.

Tate la miró boquiabierto.

—Eso no es posible. Marcus es una persona recta, Lara, y lo más honrado que hay. Te lo diría si pensara lo contrario, pero él no sería capaz de hacer eso y ya sabes lo que le ocurrió a mi padre. Marcus lo quería y él fue el que más sufrió cuando murió Papá porque era el mayor y el más cercano a nuestro padre. ¡Dios! Lo último que haría Marcus sería dejarse ver cerca de un puñetero terrorista y mucho menos ser parte de un complot para volar a personas inocentes.

A Lara se le hundió el corazón. ¿Cómo podía convencer a un hombre que quería a su hermano de que en realidad éste era un terrorista disfrazado de empresario?

—Tenemos pruebas, Tate. No estaría aquí si no las tuviéramos. El FBI no gasta dinero en una investigación sin una causa justificada. Lo siento.

—Enséñame tus pruebas. Te ayudaré. ¿Dónde está ese supuesto escondite? —preguntó Tate con impaciencia.

—Eso no lo sabemos. Por eso estoy aquí —admitió Lara—. Lo único que sabemos es que Marcus ha estado comprando suficientes explosivos para volar una zona muy grande y transportándolos aquí. Ha sido visto con terroristas conocidos. Los miembros de este grupo son muy poderosos, ricos y están bien enmascarados como empresarios. La mayoría de ellos están viviendo aquí, en los Estados Unidos, ahora mismo, emigrantes de Oriente Medio.

—Marcus querría matar a cada uno de ellos si supiera que son miembros de un grupo terrorista. —Tate anduvo de un lado a otro por la cocina—. Él no tiene el almacén para ese tipo de equipo en su casa.

—Construyó una pista de aterrizaje en verano...

—Para que todos pudiéramos aterrizar nuestros aviones privados aquí en lugar de en Denver. Todos lo queríamos.

—También construyó un nuevo hangar.

—El otro que tiene es más pequeño y se estaba haciendo viejo. Marcus tiene un avión nuevo, pero te llevaré a la pista de aterrizaje para comprobarlo si te va a convencer de que es inocente. Mientras tanto, me gustaría oír acerca de todas tus supuestas pruebas contra Marcus —exigió Tate. Volvió su intensa mirada hacia ella.

Lara lo miró a los ojos, intentando ver sus intenciones. Podría ser una gran ayuda o un obstáculo.

—O confías en mí o no lo haces, nena. —Tú decides —gruñó Tate.

—Hecho. Tengo los archivos en mi portátil, en el resort. —Había tomado su decisión. Sus instintos confiaban en Tate. Aunque Marcus *fuera* su hermano, él no iba a permitir que matara a gente inocente. Había pasado años de su vida intentando impedir que sucediera precisamente eso.

—Primero comprobaremos los hangares y la pista de aterrizaje. Necesito cinco minutos para darme una ducha y cambiarme.

—Voy a preparar el desayuno —accedió Lara—. Tenemos que comer. —La investigación había durado todo ese tiempo; podría esperar una hora más.

—¿Lara? —Tate exclamó su nombre mientras ella se dirigía a la cocina.

—¿Sí? —Ella se volvió hacia él.

—Le confiaría mi vida a Marcus. Vamos a descubrir que todo esto es un gran malentendido —le dijo con voz ronca.

Ella asintió. Se le encogió el corazón por él.

—Espero que lo hagamos, Tate. De verdad.

Tate dio media vuelta y se dirigió al baño sin decir palabra.



Capítulo 7

—¿Por qué te acostaste conmigo anoche? ¿Fue porque querías o porque querías información? —le preguntó Tate a Lara en tono informal.

Ella le echó una mirada. Sus ojos inquisitivos y ligeramente vulnerables desmentían su pregunta indiferente. Habían vuelto al resort para que ella pudiera cambiarse de ropa y tomar otra pistola, una Glock 27 compacta que en ese momento estaba sujetándose al tobillo con el pie apoyado en la cama.

—Independientemente de lo que puedas pensar, no me acuesto con gente para conseguir información —le dijo a la defensiva mientras tiraba del *denim* de sus pantalones para cubrir la pistola compacta—. Te deseaba. De hecho no es bueno involucrarse íntimamente de ninguna manera con la familia de un sospechoso, y no debería haberlo hecho como agente federal trabajando en un caso, pero no había querido estar con nadie en mucho tiempo.

—¿Así que solo estabas loca por mi cuerpo? ¿No podías resistirte a mí? —preguntó él con una sonrisa juvenil. Él la miró desde su posición tendido en la cama, las manos detrás de la cabeza mientras la observaba.

Lara sintió que se ponía colorada. «¡Qué hombre tan arrogante y tan odioso!». La volvía loca. En un momento parecía muy confiado y al siguiente lanzaba comentarios como el que acababa de salir de su boca.

—No seas engreído, Colter. He tenido un periodo de sequía.

—Eh, no estoy quejándome. Estaría encantado de hacer que esa sequía se vuelva húmeda. Utilízame con total libertad para ponerte húmeda cuando quieras —le replicó con un gesto inocente.

«¡Ya has hecho que me ponga húmeda!».

Tate Colter distaba mucho de ser angelical, aunque en ocasiones pudiera parecerlo. Lara lo estudió. Se le inundó el sexo de deseo mientras contemplaba abiertamente su cuerpo musculoso. Estaba vestido con unos pantalones desteñidos que abrazaban el cuerpo como un amante y una camiseta vieja que hacía juego con sus ojos. Podía ver cada músculo definido de su abdomen y torso a través del material fino, y sus bíceps flexionados mientras se estiraban para acomodar las manos detrás de su cabeza.

«Santo Dios». Con la cantidad de testosterona que emanaba su cuerpo, lo único que quería hacer era sentarse a horcajadas sobre su cuerpo y abandonarse a él hasta que su actitud de hombre de éxito se volviera pasión ardiente. Él la desafiaba, tirando de todo lo femenino que había en su interior. Y Lara no estaba muy segura de cómo manejarlo.

Sí, ella trabajaba en una profesión dominada por los hombres y muchos de ellos pensaban que estaba buena, pero no eran nada comparados con aquel hombre tendido en su cama. Quizá se parecieran a Tate en su personalidad arrogante y fanfarrona. Pero Tate tenía más en su interior que cualquier hombre que hubiera conocido. Su confianza era real, y la compasión y bondad subyacentes eran humanas. Además, los raros momentos de vulnerabilidad hacían que se le parase el corazón. Tenía tantas facetas que a Lara le daba vueltas la cabeza y su cuerpo hervía de deseo. Quería desmontarlo capa a capa y averiguar quién era el verdadero Tate Colter... o si él era todas esas cosas unidas en un hombre que estaba bueno.

Nunca había sido sexualmente agresiva, principalmente porque nunca había visto el deseo sexual en los ojos de ningún hombre como lo veía en Tate cada vez que la miraba. Se arrodilló con cuidado sobre la cama y con un gesto atrevido tomó sus genitales en la mano. Se le aceleró el corazón al sentir su erección dura bajo los dedos. La delineó mientras lo miraba directamente a los ojos.

—No estaba utilizándote. Anoche fue una de las experiencias más increíbles de mi vida. No sabía que podría ser... así.

Todo rastro de humor abandonó el rostro de Tate cuando su mirada se volvió intensa.

—¿Quieres decir que nunca has tenido un orgasmo tan fuerte? —preguntó con voz ronca de pasión.

—Quiero decir que nunca había tenido un orgasmo. No con un hombre. —Suspiró mientras él la miraba boquiabierto—. He estado con dos chicos en mi vida: mi ex novio infiel y mi primer amor en el último año de instituto. La

experiencia en el instituto fue dolorosa y después... apresurada. Al ex infiel no le interesaba mucho el placer de nadie excepto el suyo propio. —Eso hacía que Tate fuera especial para ella. Había estado tan condenadamente decidido a hacerla venirse, concentrándose en su placer primero. El sexo como ése podría llegar a ser muy adictivo.

Sus fuertes manos le envolvieron la cintura y la giraron sobre su espalda con un movimiento suave. Su cuerpo cubrió el de Lara al instante.

—Cariño, el placer de una mujer siempre debe ser lo primero. —Su expresión se volvió feroz y codiciosa.

—Yo soy distinta. Supongo que mi ex me veía más como a una agente federal —susurró sin aliento.

—También eres mujer. Eres toda mujer. Yo debería saberlo. Sentí todas esas partes suaves y *sexys* anoche. Lo único que lamento es no haberte saboreado, enterrar mi boca en tu sexo hasta que gritaras pidiendo piedad —respondió con voz ronca. Sus ojos examinaron su rostro—. ¿El otro día en el bar ibas vestida para conocer a Marcus? ¿Estabas intentando llamar su atención?

—Sí —admitió con honestidad—. Mi objetivo era reunirme con Marcus de cualquier manera posible y hacer que se percatara de mí. Entonces quería acercarme a él y obtener cualquier información que pudiera.

—¿Cuánto querías acercarte? —gruñó Tate.

Ella suspiró.

—No tanto. Amo mi país y a los ciudadanos de aquí, pero mi trabajo termina después del flirteo. No me acuesto con hombres a cambio de información. Éste es un encargo fuera de lo habitual para mí. Por lo general no intento atraer la atención de un hombre.

—Me has atraído en lugar de Marcus —carraspeó Tate—. Todavía me arrepiento de las cosas que no hicimos, pero ya meteré mi cabeza entre esos muslos suaves más tarde.

Los ojos de Lara se cerraron suavemente cuando ella imaginó esa visual; su cuerpo vibró de deseo. ¿Cómo sería eso? Con Tate, probablemente sería un placer surrealista como nunca había conocido.

—Ten cuidado. Estoy armada —le recordó cuando sus ojos se abrieron de nuevo.

—Yo también. Pero el único peligro en el que estás ahora proviene de mí —gruñó. Su boca se abalanzó para tomar la de Lara con una agilidad dominante que le quitó el aliento.

Sus brazos le rodearon el cuello instintivamente, y el olor masculino y almizclado de Tate la cautivó, la rodeó hasta que no pudo pensar en otra cosa aparte de él. Su sabor, su dominio, su exigencia sensual de que se rindiera a él, todos prendieron fuego a su cuerpo.

Finalmente, Tate le soltó la boca y tiró del cuello alto del suéter negro de cuello vuelto que llevaba. Lo movió hacia abajo para poder dejar un sendero de fuego por su cuello mientras su boca consumía la carne sensible.

—Lara —respiró contra su sien—. Me vuelves loco, cariño.

Ella solo estaba inclinando la cabeza para darle un mejor acceso cuando llegó un fuerte golpe desde la puerta.

—¡Mierda! —exclamó ella. El corazón le latía con fuerza por el asalto sensual de Tate y el choque de volver al mundo real de un sobresalto.

—Lara, ¿estás ahí? —La voz de Chloe Colter llegó a través de la puerta cerrada con pestillo.

—Ay, Dios. Es tu hermana. —Lara empujó a Tate por el pecho suavemente.

—Mierda. Nunca ha sido muy oportuna —gimió Tate mientras dejaba que se levantara de mala gana.

—Ya llego. —Lara se ajustó el suéter e intentó peinarse el pelo enredado con los dedos antes de recogerlo rápidamente con un broche en la nuca.

—Ojalá estuvieras llegando —gruñó Tate mientras giraba sobre su cuerpo para ponerse en pie.

A Lara se le escapó una risita antes de poder sofocarla. El tono descontento de Tate porque los hubieran interrumpido le encantaba.

«Me desea. Me desea de verdad».

Era uno de los mejores subidones naturales que había experimentado nunca. No estaba acostumbrada a un hombre que la tratara como a una mujer atractiva en lugar de como a una agente federal y eso hizo que se sintiera alegre y feliz.

Anduvo hasta la puerta y giró el pestillo. La abrió con una pequeña sonrisa, un gesto que se desvaneció en cuanto vio al hombre de pie junto a Chloe. «Marcus Colter».

—Hola Chloe —saludó a la hermana sonriente de Tate—. ¿Sr. Colter?

Otro hombre permanecía de pie al otro lado de Chloe, pero no lo reconocía. Parecía tener la misma edad que Marcus aproximadamente.

—¿Blake? No sabía que habías vuelto. —La voz de Tate sonaba más entusiasta que hacía unos pocos minutos.

La tensión en los músculos de Lara se relajó. «Entonces no es Marcus». Se había concentrado tanto tiempo en fotos de Marcus Colter que había olvidado

que tenía un gemelo, el senador Blake Colter. Marcus era el primogénito de los Colter, pero sólo por unos minutos. Marcus y Blake Colter se parecían tanto que Lara se preguntó cómo podía distinguirlos Tate al instante. «Obviamente, sus hermanos distinguen fácilmente quién es quién. Crecieron juntos».

—Senador —dijo Lara mientras le saludaba con una inclinación de cabeza—. Es un placer conocerle, señor. —Miró a Chloe—. Qué bien verte otra vez.

Se hizo a un lado para dejar entrar a los tres visitantes y que Tate pudiera saludar a su hermano. Lo hizo con una palmada en la espalda y el típico comentario de listillo de Tate.

—Qué bien que por fin vuelvas para ver a las personas que te votaron.

Blake le devolvió un empujón a su hermano pequeño.

—Preséntanos —le dijo a Tate mientras miraba a Lara con admiración.

—Ni se te ocurra pensar en intentar cautivarla. No se tragará tus mentiras —gruñó Tate, que sonaba como si sólo estuviera bromeando a medias—. Lara, éste es mi hermano, Blake, y su amigo, Gabe Walker.

—Sr. Walker. —Estrechó la mano del hombre.

—Gabe, por favor.

—Y nada de formalidades conmigo, Lara. Por favor, llámame Blake. Cualquier amigo de mi familia es amigo mío también —dijo en tono encantador.

«No estoy tan segura de que vaya a ser amiga de ninguno de vosotros cuando arreste a vuestro hermano mayor». De hecho, estaba bastante segura de que iba a ser la persona más odiada por toda la familia Colter. Se le encogió el corazón al pensar lo les haría la conclusión de aquella investigación, especialmente a Tate.

—Quería asegurarme de que estabas bien —explicó Chloe—. Tate me escribió ayer diciendo que te había encontrado, pero no estabas esta mañana.

—Yo... yo estaba...

—Estaba conmigo. Mi casa estaba más cerca y se había quedado tirada fuera, con el frío —Tate les dijo en voz baja.

—Me alegro de que estés bien —dijo Chloe con una sonrisa.

Lara le devolvió la sonrisa a la atractiva morena. Gabe Walker parecía incapaz de apartar los ojos de Chloe. «Interesante».

Blake miró a Tate, confundido.

—Si estabas en tu casa, ¿por qué no tomaste el Jeep y quitaste...?

Tate le clavó el codo en el estómago a su hermano.

—¡Ay! ¿Qué demonios ha sido eso? —se quejó Blake mientras se frotaba el abdomen dolorido.

—Lo siento —se disculpó Tate con una total falta de remordimiento—. Lara y yo íbamos a salir ahora mismo. Hablaremos más tarde. —Le lanzó a su hermano mayor una mirada de advertencia para que dejara de hablar.

Lara observó con interés la interacción entre ellos dos, pero dejó que Tate le diera la mano y la condujera a la puerta. Ella recogió su ropa de nieve de la silla y a Tate le entregó su abrigo.

Los tres visitantes salieron con promesas de reunirse en una fecha posterior y dejaron que Lara y Tate los siguieran más tarde.

—¿Has dicho que estabas haciendo las maletas? —preguntó Lara, nerviosa por salir aeródromo y por lo que pudieran encontrar allí. Tate había dicho que Marcus se había retrasado por el tiempo y que todavía no había llegado, pero no estaba seguro de cuándo llegaría.

Tate le dio la espalda.

—¿Quieres sentir mi arma? —preguntó con voz insinuante.

Después de cerrar la puerta y dejar caer la llave de plástico en su bolsillo, Lara puso una mano en su espalda.

—Un arma grande —comentó mientras sentía la funda trasera antes de que Tate se pusiera el abrigo.

—Cariño, todo lo que tengo es grande. —Le guiñó un ojo—. Tengo las manos muy grandes. Necesito al menos un arma de tamaño estándar.

—Más difícil de ocultar —le replicó ella mientras caminaban por el vestíbulo hacia el ascensor—. Más grande no siempre es mejor.

—Pero en algunos casos es definitivamente preferible —contestó él mirándola con las cejas levantadas mientras la invitaba a entrar primero en el ascensor con un movimiento del brazo.

—A veces los chicos que tienen cosas grandes no siempre tienen el mejor equipo. Están compensando.

—Sabes que eso definitivamente no se me aplica. —Tate le sonrió, los ojos centelleando endiabladamente.

«Qué malo eres». Pero en realidad no podía discutirse. Tate no tenía absolutamente nada por lo que compensar.

Los ánimos se calmaron cuando salieron del resort y Tate le abrió la puerta del copiloto de su camioneta, otra novedad. Los hombres nunca le abrían la puerta...

Tate corrió hasta la puerta del conductor y se deslizó en su asiento.

—Acabemos con esto. Se me ocurren cosas mucho más placenteras que hacer.

Lara tragó saliva para quitarse el nudo de la garganta.

—Tate, lo siento...

—No te disculpes —farfulló descontento—. Marcus no tiene nada que ver con nada remotamente ilegal ni dañino para nadie. Conozco a mi hermano.

Las pruebas contra Marcus Colter eran irrefutables. Los cargamentos los había comprado él y la carga había sido transportada a Rocky Springs. Estaba matándola que Tate fuera a acabar destrozado, pero era inevitable.

—Espero que tengas razón —respondió sencillamente, a sabiendas de que no la tenía, pero deseando que por algún milagro imposible realmente *sí* conociera a su hermano mayor mejor que el FBI.



Capítulo 8

—Supongo que no tendrás una llave —le preguntó Lara a Tate esperanzada de pie ante la puerta de entrada normal del nuevo hangar enorme que había sido terminado durante el verano. Se envolvió el cuerpo con los brazos y saltó de un pie al otro para intentar mantener el calor. Había salido el sol y el día era cristalino después de la tormenta, pero hacía mucho frío.

—No necesito una llave. —Tate se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó una navaja, extendiendo una sección que tenía varias extensiones finas de metal.

—¿Vas a forzar la cerradura? —Lara empezó a tiritar.

Tate se agachó sin contestar y la puerta se abrió en menos de un minuto.

—No estaba forzándola. Estaba abriendo una puerta en mi propiedad de una manera poco convencional. —Tate abrió la puerta y le hizo un gesto para que entrara—. Querías echar un vistazo... ya estás dentro —dijo en tono seco mientras volvía a guardarse la navaja en el bolsillo.

Lara no discutió mientras entraba en el espacio cálido y enorme. El hangar era lo bastante grande como para albergar varios aviones o un par de aviones privados. En ese preciso momento, el espacio central estaba vacío, excepto por el equipo de mantenimiento para el avión.

Su le hundió el corazón mientras miraba la expresión de remordimiento de Tate. Podía estar convencido de la inocencia de su hermano, pero Lara se percató de que no le gustaba invadir el espacio de su hermano sin permiso.

Tate se cruzó de brazos.

—Echa un vistazo y salgamos de aquí.

No había ningún avión aparcado en el espacio gigantesco, así que Lara pudo moverse rápidamente por el área grande, evitando unas salas pequeñas con escritorios, obviamente pequeños despachos.

«El área no es lo suficientemente grande para una gran cantidad de explosivos».

Se quitó los guantes y los puso en el bolsillo con cremallera de su abrigo de esquí para tener las manos libres y sacó su teléfono móvil del bolsillo de sus pantalones para enviar un mensaje.

Estoy dentro, buscando.

Había llamado al director de su división en cuanto supo que tendría acceso a un posible almacén para los cargamentos de explosivos. Aunque solo estaba llevando a cabo una investigación en busca de posibles pruebas, él quería que tuviera refuerzos disponibles. No había tiempo para mandar su equipo habitual allí, a Colorado, desde Washington, D. C., por lo que su jefe la había puesto en contacto con un equipo que había sido formado y desplegado desde Denver rápidamente. La pista de aterrizaje estaba actualmente rodeada de agentes federales en caso de que encontrara algo durante su registro.

Todos los despachos estaban vacíos, a excepción de una mesa, una silla o el almacén de equipos para los aviones y helicópteros.

Hasta que llegó a una puerta cerrada con llave.

—¿Qué hay aquí? —llamó a Tate, que seguía de pie junto a la puerta de salida.

Él se acercó a la puerta e intentó abrirla él mismo.

—No tengo ni idea.

—A juzgar por el exterior, es un espacio bastante grande —reflexionó Lara.

Tate se agachó de nuevo y sacó su navaja para forzar la cerradura con mano experta.

—Chsss. ¿No tenéis un sistema de alarma aquí? —preguntó Lara con curiosidad.

Tate se encogió de hombros mientras abría la puerta de un empujón.

—¿Para qué? ¿Como si alguien que resultara ser piloto fuera a venir aquí, en medio de las Montañas Rocosas para robar un avión? Y todos nuestros empleados llevan años con nosotros. Confiamos en ellos.

«Increíble». En el lugar de donde venía Lara, nadie confiaba en nadie. Pero nunca había vivido en una ciudad pequeña. Y Rocky Springs definitivamente

era un lugar remoto. Sus casas y la pista de aterrizaje estaban a una distancia bastante buena del resort en sí mismo.

Lara entró en la habitación delante de Tate y se detuvo en seco; él chocó contra su espalda.

—Ay, Dios. ¿Qué es todo esto? —Sus ojos recorrieron el enorme espacio del almacén.

Todo estaba embalado, y había demasiadas cajas para contar. El almacén gigantesco parecía lleno de cajas de embalaje apiladas.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Tate con gesto sombrío mientras sacaba su navaja para abrir una de las cajas—. ¡Joder! —exclamó con voz ronca. La tapa golpeó el suelo de cemento con un fuerte estrépito—. Aquí hay suficiente C4 para causar importantes daños.

Lara observó cómo Tate abría la tapa caja tras caja, descubriendo una enorme colección de explosivos, misiles, armas y equipo para montar bombas grandes. Ella parpadeó para reprimir las lágrimas cuando sacó su teléfono móvil y envió un mensaje de texto.

Pruebas encontradas.

—No es posible. Esto no es posible, joder —se enfureció Tate mientras seguía arrancando las tapas de más cajas.

—Tate, para. Por favor. —Lara no podía soportar seguir observándolo, su tormento casi tangible.

—Marcus no ha hecho esto. Él no haría esto. —Tate dejó caer otra tapa al suelo y se volvió hacia ella—. Él no lo haría.

La feroz actitud protectora en su expresión casi desgarró a Lara.

—Me temo que sí y que lo ha hecho —dijo en tono monótono una voz masculina detrás de Lara.

Ella se volvió rápidamente, justo a tiempo para encontrarse mirando el cañón de varios rifles de asalto, y el rostro de Marcus Colter.

Marcus tenía los distintivos ojos grises de los Colter, pero en ese momento eran insensibles, sin vida. Dio órdenes cortantes en árabe, casi con toda probabilidad para que los inmovilizaran. Una cosa que Lara sabía sobre Marcus Colter era que hablaba varios idiomas con fluidez, incluido el árabe. Sus propios conocimientos del idioma eran mínimos y entendió muy poco de lo que dijo Marcus, pero se dio cuenta por su tono de voz de que estaba dando órdenes.

Ella y Tate fueron inmovilizados y desarmados en cuestión de unos instantes. La navaja de Tate fue arrojada al suelo, junto con su pistola y con las dos armas de Lara. No podían hacer ningún movimiento: varios rifles de asalto ya estaban listos para dejarlos tirados y ensangrentados en un santiamén.

Era una situación extraña: los seis hombres extranjeros y Marcus ataviados con traje, con aspecto de acabar de llegar de una reunión de negocios. Quizás eso era lo que habían hecho, llegar de una reunión sobre los negocios del terrorismo. ¿Cuántos hombres con trajes a medida blandían rifles de asalto?

—¿Por qué? —Tate rechinó cuando uno de los hombres le ató las manos a la espalda con bramante—. ¿Por qué cojones harías esto? Mírame, joder. ¡Mírame a la cara, Marcus, y dime por qué estás haciendo esto!

Marcus no obedeció. Siguió mirando a Lara con ojos apagados mientras se acercaba a ellos y esperaba a que los otros hombres se alejaran antes de hablar a Lara y a Tate en voz baja, en su idioma. Habló en susurros, evidentemente deseoso de que la conversación se quedara entre él y su hermano.

—Por dinero. Todo es por dinero, Tate. He descubierto que hay una fortuna que ganar con este negocio.

—Y una mierda. ¡A ti no te importa el dinero! —explotó Tate—. ¿Y qué pasa con Papá?

—Está muerto —contestó Marcus—. La vida sigue.

—A ti no te importa una mierda el dinero. Todos tenemos tanto que ahora no sabemos qué hacer con él.

—Nunca es suficiente. El dinero también es poder —respondió Marcus llanamente mientras hacía un gesto con la cabeza mirando a Lara—. ¿Quién es ésta?

Con las manos atadas fuertemente a la espalda, Lara fulminó a Marcus.

—Soy tu peor pesadilla, Colter.

Marcus se acercó lo suficiente para tocarla.

—Ah... ¿otra alma que sale a salvar el mundo? Supongo que es agente de la ley de algún tipo. —Finalmente miró a Tate.

—Ni la toques —gruñó Tate—. Déjala marchar. No tiene nada que ver con esto.

Lara sabía que Marcus no creería eso ni por un minuto después de haber visto cómo iba armada y, aunque Marcus la dejara ir, ella no pensaba dejar allí a Tate después de lo que se había descubierto.

—La quiero antes de que muera. —gruñó con un fuerte acento uno de los hombres que sostenía un rifle de asalto cuando el grupo volvió a unirse a Marcus.

La mera idea de que cualquiera de esos hombres la tocara le daba arcadas, y eso incluía a Marcus. Quería *matarlo* sólo por la forma en que había traicionado a su familia, mucho más a su país.

«Uno. Dos. Tres». Lara contó los cañones de las armas que la apuntaban: tres hombres con pistolas, cuatro desarmados, Marcus entre ellos. Y ella y Tate habían sido maniatados. Le gustaba pensar que podía manejar cualquier cosa como agente, pero sus probabilidades de sobrevivir a aquella situación eran escasas, a menos que el equipo de agentes de Denver entrara muy pronto en el hangar.

Observó cómo uno de los hombres desarmados fue a recoger la navaja de Tate, abrió la sección de la navaja y rápidamente rajaba su suéter de cuello alto desde el cuello hasta el dobladillo.

—Tócala y te mato, cabrón —bramó Tate furioso. Se adelantó hacia el hombre que le había desgarrado la ropa para darle un topetazo.

El tipo de la navaja se recuperó rápidamente y fue a por Tate. Lara gritó y dio una patada cuando el hombre se apresuraba hacia Tate con su propia navaja. Lo desvió, pero la navaja se clavó en el hombro de Tate. Ambos se habían sido despojados de su ropa de nieve cuando les quitaron las armas. Tate tenía muy poca protección de la hoja con su camiseta fina, y la herida de la puñalada se abrió inmediatamente y empezó a sangrar.

Marcus avanzó y agarró al hombre que había asaltado a Tate por el cuello de su chaqueta de traje.

—¿Estamos aquí para hacer una inspección del último envío o no?

El terrorista se zafó del abrazo de Marcus y habló en tono punzante a los otros dos hombres que no tenían armas. Debía de querer que revisaran los explosivos, porque los hombres entraron en el almacén.

—Voy a vigilarlos, si no os importa. Ahora nuestro descubrimiento va a requerir un cambio de planes —comentó Marcus débilmente mientras miraba al hombre que evidentemente estaba a cargo de los otros terroristas, el hombre que había atacado a Tate.

Marcus no esperó respuesta antes de seguir a los dos hombres al almacén que contenía los explosivos. Obviamente no le importaba si tenía el acuerdo del jefe o no.

Lara se acercó a Tate, intentando ver lo grave que era la herida de su hombro. Sangraba tan profusamente que no podía distinguirla. Tate estaba perdiendo sangre, pero su expresión era más de furia que de dolor.

—¿Estás bien? —susurró Tate con ferocidad.

Ella asintió.

—Estoy preocupada por ti.

—He sobrevivido a cosas mucho peores. ¿Puedes desatarme? Estoy trabajando en los nudos, pero será más rápido si puedes ayudar.

Lara ya estaba tratando de situarse ligeramente detrás de Tate mientras los hombres estaban ocupados; el líder habló rápidamente a los hombres que tenían las armas de asalto. Intentó volverse discretamente para tratar de ayudar a Tate a aflojar sus manos atadas.

—Aléjate de él. —El jefe con la navaja volvió frente a ellos en un santiamén.

«¡Mierda!».

Lara se movió obedientemente; no quería que Tate fuera más castigado por intentar rescatarla. Debería haber estado más preparada para aquel supuesto, debería haber mantenido la guardia por si alguien entraba en el hangar. Pero había cometido un error trágico: se había distraído emocionalmente. Se le rompió el corazón al observar cómo se desarrollaba delante de ella la sensación de traición de Tate.

El líder le dio un apretón castigador en el brazo y, cuando ella dio un tirón para alejarse, él la agarró por el pelo y desprendió el broche que le retiraba los mechones rebeldes de la cara. Ella hizo una mueca de dolor cuando él tiró con fuerza para llevarla delante de él, y luego le empujó el cráneo.

—Agáchate. Ahora vas a chupármelo. Si haces algo que no me siente bien, tu novio está muerto.

«¿Novio? ¿No sabe que Tate es hermano de Marcus?», pensó Lara. Hablaba muy poco árabe, por lo que no había podido distinguir la rápida conversación que Marcus mantuvo con los terroristas. Aunque aquel hombre obviamente hablaba un poco de inglés, no sabía si los otros lo hablaban.

«Nadie más que yo oyó la conversación de Marcus con Tate. Es extraño que no identificara a Tate como a su hermano».

Lara cayó de rodillas mientras el cabrón le tiraba del pelo y la forzaba a bajar la cabeza con la otra mano. Ella sintió una arcada con solo pensar en meterse en la boca el pene de aquel cabrón asesino. Luchar formaba parte de su naturaleza, pero estaba en juego la vida de Tate y él ya estaba herido. Haría

cualquier cosa que tuviera que hacer para ganar tiempo, aunque en aquel momento prefiriera clavarle el cráneo en las pelotas con toda la fuerza que tenía.

El hombre se bajó la bragueta de los pantalones torpemente con una mano mientras mantenía firme a Lara envolviéndole el pelo con la otra garra fornida.

—¡Lara, maldita sea, no! —gritó Tate. Se movió para levantar la pierna y derribar al torturador de Lara.

No llegó a tiempo. Hicieron falta los otros tres hombres para tirar de Tate hacia atrás antes de que pudiera arrojar al suelo al peligroso jefe con una patada rápida. Tate estaba preparado para ejecutar el movimiento, pero tiraron de él justo antes de que pudiera balancear la pierna.

Lara no vio la mano que se dirigía hacia su rostro porque tenía la mirada clavada en Tate; el hombre frente a ella le dio una fuerte bofetada en la mejilla. Se le saltaron las lágrimas del dolor punzante y se inclinó hacia un lado. Incapaz de mantener el equilibrio con las manos atadas, se desplomó de lado en el suelo de hormigón, solo para que volvieran a tirarle del pelo hasta ponerla de rodillas unos segundos después—. Muévete otra vez y ella será castigada por ello —gruñó el líder. Lanzó una cruel mirada de advertencia a Tate.

A ella la cabeza seguía dándole vueltas y veía borroso por el fuerte golpe que había recibido en la cara. Al caer, se había golpeado el cráneo con el hormigón, lo cual la había aturdido aún más. Lara miró fijamente el pene erecto delante de su rostro, casi contenta de ver borroso.

«No lo pienses. Hazlo y ya está. Si vomito sobre él mientras me obliga a chupárselo, no puede culparme por ello. Solo necesito tiempo. Solo un poco más de tiempo y sé que el equipo desplegado alrededor del aeropuerto entrará. Tengo que mantener con vida a Tate», se dijo Lara.

—Juro a Dios que te cortaré el pene y te lo meteré por el pescuezo si no la sueltas —gruñó Tate.

—¿Qué demonios está pasando aquí fuera? —la voz de Marcus resonó desde el otro extremo del almacén.

«Mantenlos contentos a todos, solo un poco más».

El captor de Lara volvió a tirarle del pelo para atraer su cara hacia su entrepierna, y ella hizo un esfuerzo por no vomitar.

Entonces, de repente estaba libre, liberada en una lluvia de disparos que le hizo golpear el suelo, esta vez a propósito. Volvió la cabeza, aterrorizada de mirar a Tate, pero tenía que saber si seguía con vida.

Tate estaba libre, y no solo estaba vivo, sino que obviamente había agarrado una de las pistolas de los hombres y había desarmado a los otros dos. Tenía el arma que había enviado una lluvia de balas directamente a su atacante, el hombre que yacía muerto en el suelo a no más de un metro y medio de ella. Jadeaba y evidentemente estaba furioso, la mirada de acero mientras veía a Marcus y a los otros dos hombres volar fuera del almacén. Ambos hombres del lado de Marcus vacilaron y recogieron las pistolas que les habían quitado a ella y a Tate.

Dos de las armas que tenían eran las pistolas de Lara, así que ella sabía que ambas estaban completamente cargadas.

—¡FBI! ¡Soltad las armas! ¡Ahora! —La voz masculina vociferante llegaba desde la entrada.

«Gracias a Dios. Por fin ha llegado el equipo al hangar», pensó Lara.

El hombre que había agarrado su Glock 23 la levantó hacia la voz resonante y los disparos resonaron ferozmente en el edificio cavernoso.

Tate corrió y se lanzó encima de ella, cortándole la respiración mientras protegía su cabeza con los brazos. Lara se quedó anonadada cuando se dio cuenta de que estaba *protegiéndola a ella* con su cuerpo, asegurándose de que no la alcanzara ninguna bala perdida.

El tiroteo se detuvo repentinamente. El hombre armado con su Glock yacía en el suelo, muerto. Los otros hombres levantaron las manos por encima de las cabezas, rendidos.

—¿Agente Bailey? —preguntó uno de los agentes.

—Aquí —contestó ella en voz alta—. No dispares al hombre que está encima de mí. Es uno de los buenos y está herido. Por favor, ayúdalo. —Su voz sonaba desesperada. Tate estaba cubierto de sangre y toda era suya.

—Estoy bien —le dijo Tate en voz baja al oído—. ¿Estás bien, nena?

Él *estaba* bien, pero en ese momento estaba mucho de estar sano. Lara podía oír el dolor en su voz, pero él no iba a mostrarlo.

—Estoy bien —le tranquilizó mientras Tate se ponía en pie y la levantaba con delicadeza para desatarle las manos rápidamente.

—Estás sangrando y el cabrón te golpeó tan fuerte que te ha dejado la marca de la mano en la cara —respondió, enfurecido. Le tocó la mejilla suavemente con un dedo y le secó un poco de sangre.

Lara miró al hombre muerto.

—Lleva un anillo. Creo que sólo me pellizcó la piel —dijo ella sin darle importancia mientras estiraba los brazos para rasgarle la camiseta y echar un

vistazo a su herida.

Tate tenía la camiseta y la cara empapadas en sangre, y tenía manchas grandes en los pantalones. También había unos cuantos charcos en el suelo.

—Has perdido mucha sangre. Necesitas ayuda. —Lara puso una mano firmemente sobre el corte que estaba justo entre el pecho y la clavícula, y presionó tanto como pudo la herida de arma blanca para detener el sangrado. Usó la otra mano para contrarrestar la presión sobre su espalda.

Uno de los agentes del equipo se corrió hasta ellos.

—Creo que los tenemos a todos contenido, agente Bailey. ¿Había siete en total?

—Sí. Incluyendo al tipo muerto en el suelo. El uso de fuerza letal era necesario —le dijo Lara en tono formal al agente alto y de pelo oscuro que parecía tener treinta y pocos años—. Éste es Tate Colter. Es de las Fuerzas Especiales y me ayudó. Necesita atención médica. Fue apuñalado por uno de los perpetradores.

—¿Necesita que lo llevemos al coche, Sr. Colter? —preguntó el agente al darse cuenta de repente de la cantidad de sangre que había perdido Tate—. Lo llevaremos al hospital—. El agente miró a Lara—. Parece que tú también necesitas que te echen un vistazo. Tienes la cara echa un desastre.

Tate gruñó.

—Nadie me lleva a menos que me muera o que esté muerto. Ahora mismo, no me ocurre ninguna de las dos cosas—. Puso un brazo protector alrededor de Lara—. Vámonos.

Ella puso los ojos en blanco.

—Estoy intentando mantener la presión aquí —le dijo enfadada mientras su abrazo protector hacía caer sus manos, que mantenían la presión en su herida.

—Está bien. Quiero que un médico te vea las heridas. Vamos al coche —gruñó mientras la conducía hacia la entrada. El agente iba justo detrás de ellos.

Tate se detuvo de repente cerca de la puerta mientras dirigía a su hermano una mirada asesina al verlo acercarse, conducido esposado a la salida por un agente federal.

A Lara se le cortó la respiración y el tiempo pareció detenerse cuando los dos hermanos finalmente se miraron. Pudo sentir todo el cuerpo de Tate estremeciéndose cuando bajó el brazo lentamente de su hombro y se acercó a su hermano.

Marcus apenas parecía afectado por lo que estaba ocurriendo, pero su mirada era evaluadora mientras veía a Tate acercarse a él.

Sin decir una palabra, Tate echó atrás el brazo y soltó el puño, golpeando a su hermano directamente en la cara. El agente detrás de Marcus tuvo que estabilizarlo para mantener a Marcus en pie.

—Eso es por traicionar a tu país y dejar que Lara resultara herida, cabrón egoísta —dijo con voz ronca y amenazadora antes de darle la espalda a Marcus y volver junto a Lara para darle la mano.

Las lágrimas le corrían por el rostro a Lara. Se le encogió el corazón en el pecho ante la traición que estaba sufriendo Tate en aquel momento. No terminaría ahí. Ella lo sabía. Tate se sentiría herido más que físicamente por la renuncia a la lealtad de su hermano mayor. Le apretó la mano para mostrarle apoyo. Él tiró de ella hacia delante para salir del hangar sin volver la vista atrás a Marcus ni una sola vez cuando la introdujo en el coche y el agente condujo como un loco hacia el hospital.



Capítulo 9



Gabe Walker giró su camioneta y la aparcó en una plaza vacía en la calle principal de Rocky Springs con un nudo en el estómago por lo que tenía que hacer.

Salió de la camioneta sacudiendo la cabeza lentamente mientras se ponía el sombrero Stetson negro. La gente se refería en broma a él como el vaquero multimillonario, pero él nunca se ofendía. Había vivido la mayor parte de su infancia en Texas, nacido rico porque tenía un padre que había hecho fortuna con el petróleo. Al igual que Blake, su padre también tenía un rancho de ganado. Así que Gabe suponía que era tan vaquero como cualquiera, incluso más que Blake, a quien muchos se referían como el senador vaquero porque tenía un rancho.

Se detuvo en la puerta y miró la letra sofisticada sobre el escaparate impoluto del negocio: «Chloe Colter, Dra. Veterinaria».

Todavía le costaba mucho creer que la pequeña Chloe Colter ahora fuera doctora, y una veterinaria muy buena por lo que había oído. «Y ya no es tan pequeña», pensó Gabe. Podía admitirse fácilmente que la mujer hacía que se le pusiera duro el pene. Lo hacía desde que había vuelto a la ciudad y él volvió a verla hacía más de un año, adulta y con curvas en todos los lugares adecuados. Era una mujer hermosa y se ponía como loca cada vez que él andaba cerca. «Vale... sí... tal vez tenga motivos para que yo no le caiga muy bien. Pero no parece que vaya a superar muy pronto el incidente que tuvimos», se dijo. Soltó un suspiro masculino mientras tiraba de la puerta y se acercaba al mostrador de la recepción de la clínica de Chloe, con la mente de vuelta en

su tarea. «Joder, ¿cómo voy a contarle lo que esta pasando si ni siquiera yo lo entiendo todo?».

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Chloe. La silla de la recepcionista estaba vacía y Chloe asomó su bonita cabeza desde la esquina. Lo fulminó con la mirada mientras hablaba.

Él se quitó el sombrero y le indicó que saliera a la sala de espera, que estaba vacía. Ya pasaba el horario comercial, pero como de costumbre, Chloe seguía trabajando con sus animales.

—Tengo que hablar contigo, Chloe.

Ella debió de reaccionar ante su tono de voz grave, porque salió volando por la puerta de la recepción inmediatamente.

—¿Qué? —Chloe cerró la puerta detrás de ella y se detuvo frente a Gabe con una mirada inquisitiva en el rostro.

«Oh, joder, qué guapa está». Se tragó el nudo en la garganta mientras la miraba. «Díselo. No va a ser más fácil».

—Tate está herido. Está en el hospital —le dijo con voz ronca.

A Chloe se le desencajó el rostro. Una mirada de angustia ocupó el lugar de su gesto curioso.

—Ay, Dios. ¿Es grave? ¿Que ha pasado? ¿Se pondrá bien?

Gabe no sabía demasiado. Blake había recibido una llamada y Gabe estaba en su casa discutiendo algunos problemas de ganadería cuando recibió la noticia de que Tate había resultado herido y de que la mayor parte de la pista de aterrizaje en la propiedad de los Colter estaba siendo marcada como escena de un crimen mientras el FBI investigaba.

—No lo sé. Te llevaré al hospital. Blake ha ido a recoger a tu madre.

Le habló acerca de la herida que había recibido en la pista de aterrizaje, y le explicó que el acceso a parte de la zona estaba restringido por ahora como la escena de un crimen.

—¿Por qué? —Chloe lo miró boquiabierta. —¿Se estrelló?

Gabe sacudió la cabeza.

—Lo único que sé es que al parecer fue apuñalado por una persona desconocida. Es una investigación del FBI y no sabemos mucho más. —Inspiró hondo antes de añadir—: Una cosa más, Chloe. —«Jesús. ¿Cómo voy a contarle la otra tragedia de su familia cuando ya teme por Tate? Pero tengo que hacerlo», pensó—. Tu hermano Marcus ha sido arrestado.

Chloe se llevó las manos a las caderas.

—Por favor, dime que todo esto es una broma pesada. Eso no es posible. Marcus es el hombre más moral que hay. ¿Por qué demonios podrían arrestarlo?

Gabe había pensado lo mismo, pero por lo visto era cierto.

—El FBI lo tiene bajo custodia por conspirar para cometer un atentado terrorista. —«Dios, no puedo creerlo ni yo mismo», se asombró Gabe. No conocía a Marcus tan bien como a Blake, pero ni en sueños podría haber imaginado que un hombre recto como Marcus fuera a torcerse.

—Por favor, dime que estás bromeando —suplicó Chloe. Los ojos le brillaban por las lágrimas.

—Puede que a veces sea un idiota, Chloe, pero juro que no bromearía sobre algo así. Lo siento. —No podía soportar ver esos ojos grises y vulnerables mirarlo suplicantes. Quería decirle que no hablaba en serio, pero no podía. Hablaba tan en serio como parecía—. Coge tu abrigo, cielo, y te llevaré al hospital para revisar a Tate.

—Sí. Sí, voy por él. —Chloe parecía aturdida cuando abrió la puerta y metió el brazo en el despacho para tomar su ropa de invierno y su bolso.

Gabe se lo cogió y la ayudó a ponerse el abrigo, tomó su gorro, se lo puso suavemente sobre las orejas y le envolvió el cuello con la bufanda.

—¿Puedes conducir rápido, por favor? —le suplicó mientras salían y ella intentaba cerrar la puerta de la clínica con una mano temblorosa.

Gabe le quitó la llave, cerró el pestillo y dejó caer el llavero en su bolso.

—Tan rápido como pueda sin peligro —prometió mientras abría la puerta de su camioneta y la ayudaba a subirse.

Todavía parecía que estaba conmocionada, así que le abrochó el cinturón antes de cerrar la puerta con suavidad y correr hacia el asiento del conductor.

Una vez sentado, arrancó la camioneta y emprendió el corto trayecto hasta el hospital. Tomó las carreteras heladas tan rápido como se atrevió, lo cual estaba muy por encima del límite de velocidad.

—No sé qué pensar. No sé cómo creer esto —murmuró Chloe en voz baja.

—Todo saldrá bien, Chloe. Lo solucionaremos todo en cuanto lleguemos al hospital. Tate se pondrá bien. Sabes que tiene muy mal genio como para estar en cama mucho tiempo. —Gabe esperaba con todas sus fuerzas tener razón.

—Estoy preocupada por Mamá. Esto no va a sentarle muy bien. Aunque Tate esté bien, el que Marcus sea acusado de algo tan ridículo va a hacerle daño.

—No sabemos qué ha pasado. Vamos a averiguar los hechos primero. Quizás todo sea un malentendido. Blake dijo que el agente que llamó no se mostró muy comunicativo.

Chloe dejó escapar un profundo suspiro entrecortado, como si estuviera intentando calmarse. Gabe vio que le temblaba la mano cuando reposó el brazo en la guantera que había entre ellos. No se detuvo a pensar. Alargando la mano, estrechó su mano temblorosa y le dio un ligero apretón.

—Respira, Chloe.

Ella inspiró hondo otra vez. Gabe se sorprendió cuando ella no apartó la mano. Chloe entrelazó sus dedos y se aferró a su mano, confiando en él mientras asentía.

El corazón de Gabe le golpeó el pecho y él le acarició la mano con el pulgar. Era como si Chloe le hubiera dado el mundo cuando tomó su mano. Y tal vez lo había hecho... porque se sentía reconfortada con sus caricias y estaba dándole su confianza.

Solo aquello... solo aquel breve momento en el tiempo lo significaba todo para él. «Sostener su mano es mejor que el mejor sexo que he tenido en toda mi vida», pensó Gabe. Cuando entró en el aparcamiento del hospital, esperaba que las cosas no fueran tan malas como pintaban en ese momento. Pero si lo fueran... algún día, de alguna manera, volvería a arreglarlo todo para Chloe. Odió romper su frágil vínculo cuando aparcó la camioneta, pero ambos bajaron de un salto, impacientes por entrar. Le ofreció la mano cuando ella dio un paso sobre un tope del aparcamiento; Chloe estiró el brazo y volvió a agarrarla. Gabe entrelazó sus dedos mientras corrían hacia la entrada, encantado de poder estar ahí para apoyar a Chloe, pero preguntándose por qué no se había molestado en llamar a su prometido.



—Quiero salir de aquí... ahora —gruñó Tate mientras intentaba sentarse en la camilla en Urgencias en el hospital de Rocky Springs.

Blake, Chloe, la madre de Tate y Gabe Walker se rondaban a los pies de la cama individual de la habitación.

Lara estaba justo al lado de Tate y lo empujó suavemente, pero con firmeza, hasta la almohada.

—No te vas a ir ahora mismo. Necesitas terminar el suero que te están dando. Has perdido demasiados líquidos.

Afortunadamente, nada importante había resultado dañado y Tate no había necesitado nada excepto reponer fluidos, medicinas y un montón de puntos de sutura para cerrar la herida.

—Me voy de aquí —le informó Tate malhumorado—. Joder, perdí más sangre donando una bolsa.

Lara podía debatir lo que decía Tate, pero no se molestó. Se inclinó para acercarse a él y le puso la boca al oído para susurrar sensualmente:

—Si te comportas, te prometo que más tarde te haré una mamada que hará que quieras que te estalle la cabeza.

«Bueno... no soy precisamente una experta en sexo oral, pero Tate no necesita saberlo». Lara se apartó de él, su cara justo frente a la suya y se lamió los labios deliberadamente.

Tate cedió de inmediato y se recostó contra la almohada.

—Me quedaré hasta que termine el suero —aceptó apresuradamente.

Lara le sonrió.

—Gracias.

—Siéntate —exigió—. Parece que estar en esta cama te hace más falta a ti que a mí. El hijo de puta hizo te ha dejado la cara marcada.

Lara había visto su reflejo y no era bonito. No se había roto nada, pero tenía la mandíbula y la mejilla hinchadas y habían empezado a amarrotarse. Le habían limpiado el pequeño corte en la mejilla y apenas se veía.

—He sobrevivido a cosas mucho peores. —Imitó sus palabras previas, pero llevó la silla junto a la cama y se sentó cerca de su cabeza.

—¿Quiero saber lo que acabas de decirle para que se quede? —Blake se acercó cautelosamente desde el pie de la cama.

Lara giró la cabeza para mirar a la familia de Tate. Blake y Chloe todavía parecían estar conmocionados por toda la situación, la expresión de Gabe era sombría y la madre de Tate lloraba en silencio. Las lágrimas caían por el rostro de Aileen, pero ella mantenía la boca firmemente cerrada.

—Le dije que tú y Gabe lo contendrías —Lara mintió como una bellaca.

Tate resopló.

—Si eso fuera lo que has dicho realmente, a estas alturas ya habría salido de aquí pitando. Esos dos no me detendrían.

Lara le dirigió a Tate una mirada de advertencia y cambió de tema.

—Algunos de los agentes han traído la camioneta de Tate al hospital. Puedo llevarlo a casa cuando haya terminado aquí. Sé que ha sido un día estresante. Tal vez todos deberíais descansar un poco.

—Me gustaría ver a Marcus —dijo Aileen con voz trémula finalmente.

—Ya está siendo trasladado de vuelta a la sede del FBI en Washington. Es un caso especial y los agentes de Denver dijeron que tenían órdenes de arriba para llevarlo allí lo antes posible. Lo siento, Sra. Colter. Tendrá un juicio, y podrás verlo tarde o temprano. —El dolor en los ojos de la mujer mayor hizo que Lara sintiera ganas de llorar. Los crímenes de Marcus literalmente habían destruido a toda esta familia. Todos estaban destrozados. Los Colter eran una familia respetada, una familia admirada, y todos acabarían heridos por lo que había hecho Marcus.

—Yo también tengo que ir a Washington —dijo Blake en tono serio y calmado—. Quieren interrogarme. No me sorprendería que todos acabemos teniendo que testificar.

—¿Estás bajo sospecha? —preguntó Tate enojado— Culpable por asociación. Mierda. Esto destruirá tu carrera cuando salga a la luz, Blake, aunque no seas culpable de nada, joder.

Blake sacudió la cabeza lentamente.

—Lo último que me importa es mi carrera política en este momento —respondió, con los ojos llenos de tristeza y preocupación—. Sé que lo viste con tus propios ojos, Tate, pero supongo que yo quiero seguir negándome a aceptar que Marcus es culpable.

—Yo también —susurró Aileen con voz llorosa.

—Y yo —añadió Chloe.

Blake rodeó con el brazo a su hermana y a su madre, con expresión sombría.

—Me gustaría poder decir lo mismo —dijo Tate pesaroso—. Pero lo vi todo, y él no es el hermano que siempre he conocido. No sé qué le ha pasado.

Lara extendió la mano y estrechó la mano de Tate, sintiendo su dolor emocional. «Dios, no importa lo rápido que se rindiera a mí a cambio de placer sensual, en el fondo tiene que estar resentido conmigo por destrozar a su familia», se dijo.

Chloe y Aileen se trasladaron al otro lado de la cama y le dieron un suave abrazo a Tate mientras Blake anunciaba que quería llevar a su madre a casa. Gabe se ofreció a llevar a Chloe.

—Alguien tiene que vigilar a Tate —dijo Chloe con vehemencia—. Puede que actúe como una celebridad, pero va a necesitar ayuda. Yo me quedaré con él.

—Lara se quedará. —Tate besó a su hermana en la frente antes de que ella se enderezara—. ¿Podrías pedirle a alguien del personal que recoja sus pertenencias del resort y que las envíe a mi casa?

—Gabe y yo nos encargaremos —aceptó Chloe mientras miraba a Gabe para confirmarlo.

Gabe accedió y asintió rápidamente.

—Gracias. —Tate miró a su familia mientras hablaba—. Esto no va a rompernos. Somos Colter y resistiremos a esto juntos.

Lara observó cuando Aileen enderezó la columna vertebral.

—Sí, resistiremos.

—Claro que sí —aceptó Blake.

—Lo superaremos —afirmó Chloe.

—Vuestros amigos ayudarán —dijo Gabe mientras le daba una palmada en la espalda a Blake.

Lara se maravilló ante la fuerza que sintió en la pequeña habitación. Había tristeza, pero también estaba presente un espíritu de resistencia. Todos estaban apenados en ese momento, pero ella no dudaba que saldrían de aquella tormenta luchando.

Los observó hasta que todos dejaron la habitación y cerraron la puerta al salir.

—¿De verdad vas a quedarte aquí conmigo? —preguntó Tate con una vulnerabilidad atípica en su voz áspera.

Lara ya había hablado con su jefe, le dijo que necesitaba tiempo para reponerse y para ayudar a la familia Colter. Él le dijo que se tomara unas vacaciones.

—Tanto tiempo como me necesites —contestó ella. Sus ojos se encontraron con los de Tate; desearía poder absorber parte del dolor que todavía se veía reflejado en su mirada.

—¿Hablabas en serio sobre esa mamada? —preguntó esperanzado.

—Cuando estés curado —respondió ella intentando reprimir una pequeña sonrisa.

—No... cuando tú estés curada —respondió Tate acaloradamente. Sus ojos recorrieron su rostro hinchado.

Ella se acercó más a él y apoyó la cabeza sobre su abdomen con delicadeza, por encima de la sábana blanca impoluta. Se sentía agotada emocionalmente y muy agradecida de que Tate siguiera con vida.

—Tenía miedo —admitió con un susurro de culpabilidad.

Quizás se suponía que no debía sentir tanto miedo como agente federal, pero había estado aterrorizada de que Tate pudiera terminar muerto. Ella misma asumía ese riesgo todos los días haciendo su trabajo, y encontraría su final si eso era lo que hacía falta para sacar de las calles a los terroristas. Pero el miedo y la culpa que había sentido por involucrar a Tate era la parte que no conseguía superar. Para ella, técnicamente él era un civil y lo había involucrado en una investigación del FBI que casi hizo que lo mataran.

—En esa situación en concreto, tendrías que estar loca o ser completamente estúpida para *no* tener miedo. Cariño, tú no eres ninguna de las dos cosas. Es una reacción natural. —Deslizó la mano por su cabello revuelto y le masajeó el cuero cabelludo—. Eres la mujer más valiente y con más agallas que he conocido nunca.

Lara suspiró y dejó que su cuerpo se relajara por primera vez desde aquella mañana, y saboreó la inexplicable conexión que tenía con Tate hasta que llegó la enfermera para comprobar la vía y preparar a Tate para que se fuera a casa.



Capítulo 10

—¿De verdad ibas a dejar que ese cabrón te pusiera el pene en la boca?

Lara miró a Tate desde su sitio junto a él en su cama grande. Su cabeza descansaba sobre su abdomen. Habían tenido un día tranquilo hoy después de los últimos días de locura hablando con el FBI e intentando desentrañar todo lo que había sucedido en aquella tentativa terrorista. Habían llegado a casa de Tate desde el hospital hacía cuatro noches, ambos cayeron dormidos prácticamente en cuanto tocaron la cama. Lara no había cuestionado seguir a Tate hasta su cama. Había querido dormir con él, saber que estaba a su lado y respiraba. Se había convertido en su costumbre cada noche; ninguno de los dos consideró siquiera la posibilidad de dormir separados. La herida de Tate seguía curándose, pero dormir juntos, que la abrazara posesivamente cada noche, casi parecía más íntimo que tener relaciones sexuales.

El primer día después del incidente fue caótico. Después de eso, no hicieron nada más agotador que jugar con Shep y visitar a Chloe y a su mamá, que había venido todos los días para ver cómo estaba Tate.

Blake ya se había ido, estaba de camino a Washington.

—Sí, lo habría hecho —respondió finalmente. Los ojos de Tate se volvieron territoriales mientras le apretaba la cintura. Habían hablado de los hechos del suceso, pero muy poco del efecto emocional que le había causado a él.

La habitación de Tate estaba iluminada por el fuego de la gran chimenea de piedra que había al otro extremo, frente a la cama, pero Lara sabía que algunas de las chispas que salían de su mirada eran furia y no el reflejo del fuego.

—¿Por qué? —respondió con voz ronca—. Sabías que el equipo iba a venir. Podrías haberte cargado al cabrón aunque tuvieras las manos atadas. Es dudoso que cualquiera de los otros imbéciles te hubiera disparado.

—Porque te habrían matado *a ti* —admitió. La mirada de Tate se suavizó mientras ella hablaba—. Habría dejado que me violara antes de dejar que te dispararan. Necesitaba ganar algo de tiempo. Sabía que el equipo vendría porque les había enviado un mensaje antes de que nos atraparan.

Tate ya lo sabía, porque habían hablado de todos los detalles de lo ocurrido el día en que Marcus había sido arrestado, pero finalmente estaba ahondando en lo personal, y hablar de eso era mucho más difícil que los hechos criminales.

Él le agarró el mentón suavemente y giró su cara hacia un lado para poder mirar la marca que el criminal había dejado en su rostro. Ahora se había descolorido, casi desaparecida.

—¿No sabes que me habría matado ver eso, ver a un hombre violarte de esa manera?

—No tenías que mirarlo. —Tomó la mano de su barbilla y la entrelazó con la suya para apoyar los dedos entrelazados junto a su cabeza. No iba a discutir con él, pero volvería a hacer lo mismo otra vez—. Yo me habría repuesto y tomo la píldora aunque no tengo una relación porque siempre existe un pequeño riesgo de ser violada como agente y mujer. Tú no te habrías curado. Habrías muerto. Fue mi culpa que estuvieras allí, involucrarte. Nunca debería haber ocurrido. Eras el hermano de Marcus.

—Oye. Para —insistió él—. ¿Crees que estoy enfadado contigo?

—Deberías estarlo. Sería normal albergar resentimientos contra la mujer que destruyó a tu familia. Lara apoyó la cabeza en su estómago, sin deseos de interpretar su expresión.

Su mano le acarició el cabello suavemente.

—No has destruido a mi familia. Dios, Lara. ¿De verdad crees que podría culparte por hacer tu trabajo? ¿Crees que habría cambiado vidas de personas sólo para proteger a mi hermano?

Lara no pudo detenerse. Inclino la cabeza y lo miró a los ojos para ver la verdad.

—No —respondió ella sinceramente al ver su expresión feroz.

—No importa cuánto quiera a mi hermano, lo correcto tenía que ocurrir. No le has hecho daño a mi familia. Marcus nos ha hecho daño. Me alegro de que lo hayan atrapado antes de que se perdieran vidas. Mi madre está sufriendo,

pero la habría matado que su hijo hubiera terminado siendo un asesino de masas.

«No me odia. No está resentido conmigo. No me culpa en absoluto. Dios, es un hombre increíble», pensó ella.

—Gracias por no culparme.

—No. Fue. Culpa. Tuya —dijo Tate mecánicamente—. Dios, estabas dispuesta a dejar que un saco de mierda te violara para evitar que me mataran.

—¿Cómo desarmaste a esos dos tipos y conseguiste quitarle el arma al otro? —Deseaba haber podido ver las rápidas acciones de Tate, que había desarmado a tres hombres a la vez y matado a un cuarto con su propia pistola. Y eso cuando ya estaba herido.

—Desesperación y entrenamiento —gruñó él—. No podía permitir que pusieras esa bonita boca en ese imbécil. Tendría que estar muerto.

La vehemencia y la ferocidad en su declaración hizo que a Lara le diera un vuelco el corazón. ¿Cuándo se había preocupado nadie tanto por ella? Ciertamente, los agentes de su equipo eran como amigos y la protegerían igual que ella estaría dispuesta a protegerlos. Pero ninguno de ellos tenía esa posesividad salvaje hacia ella, ese deseo crudo de mantenerla a salvo.

—No te quería muerto.

—¿Cómo me querías?

—Exactamente como estás ahora. —Ataviado con unos pantalones de pijama de franela, su pelo como de costumbre con pinta de decir «jódeme», que parecía estar así siempre, desde que se ponía un gorro de invierno para sacar fuera a Shep, Tate era el sueño húmedo de toda mujer. Su cuerpo estaba duro bajo el de Lara y cuando sus ojos ahumados emitieron una llamada de deseo, era el hombre más *sexy* e irresistible que había, increíble e innegablemente. Tate Colter siempre sería demasiado engreído, arrogante e indómito. Pero le gustaba así porque también era bueno, dulce y amable, rasgos ocultos bajo ese exterior endurecido. A veces era un enigma, pero Lara lo entendía más día a día. «Porque nos parecemos muchísimo, joder».

Nada ni nadie despertaba sus instintos de mujer como Tate. Había pasado años siendo dura, intentando mantener el ritmo en una profesión dominada por los hombres. No podía permitirse ser nada excepto profesional e impersonal, mejor que todos los demás en lo que hacía porque *era* mujer, y había vivido para su trabajo durante mucho tiempo. «Quiero vivir para mí, solo un ratito».

Se apoyó sobre los codos y miró el cuerpo perfecto y musculoso de Tate. El camisón de franela que llevaba ella distaba mucho de ser sensual, pero él

seguía mirándola como si fuera una modelo a doble página de Playboy y él siguiera siendo un adolescente excitado.

—Creo que cuando estabas en el hospital te hice una promesa que me gustaría cumplir ahora mismo —dijo en tono seductor. Deslizó un dedo por su pecho musculoso. Había querido ponerle las manos encima a aquel hombre y darle muchísimo placer desde el momento en que hizo aquella promesa.

—No hasta que se te haya curado la cara —exigió el con brusquedad.

—No me duele. —Lara adoraba ver el deseo en sus ojos.

—Entonces bésame —la retó mientras enredaba los dedos en su pelo.

Con cuidado de no apoyarse en su pecho, se inclinó y dejó que él atrajera su boca contra la suya. Quizás ella hubiera sido la instigadora, pero Tate tomó el control de inmediato. Lamió, mordió y excitó sus labios antes de deslizar la lengua en su boca para conquistarla por completo. Ella gimió en sus labios y su lengua hablaba con la de Tate. Él hizo estragos. Ella se rindió sin oponer resistencia, se abrió a él cuando reivindicó la boca de Lara como suya, con ternura pero dominante. El cuerpo de Lara prendió en llamas cuando ella se vio enredada en un deseo tan potente que todo su cuerpo temblaba de necesidad.

«Así es exactamente como debería ser un beso», pensó. Siempre deberían cambiarle la vida a una como el asalto a los sentidos del abrazo de Tate en ese momento.

La mano de Lara reptó por su abdomen, deleitándose con cada músculo definido y cada hendidura que acariciaban sus dedos mientras lo exploraba. Finalmente, tiró del cordel de sus pantalones de pijama, impaciente por tocarlo.

Tate arrancó la boca de sus labios.

—Lara, no lo hagas. Te deseo demasiado ahora mismo y tu cara sigue curándose.

—No necesito la cara —ronroneó ella—. Solo la boca. Y la mejilla está bien. Ya ha bajado la hinchazón y no me duele.

Ella entró en contacto con su miembro enorme, erecto inmediatamente, porque Tate iba sin ropa interior, nada excepto la franela que cubría su erección. Cuando se deslizó hasta sus rodillas, le quitó los pantalones del pijama.

—Te quiero desnudo —dijo ella en tono atrevido. No quería nada entre ella y Tate en ese momento y rápidamente se quitó el camisón de franela por la cabeza para revelar su cuerpo desnudo. Su confianza vaciló al oír un sonido

bajo y vibrante de boca de Tate. Pero al mirar su expresión vio que era de puro deseo; sus ojos hambrientos devoraban su cuerpo.

Tiró de sus pantalones, aún más ansiosa por sentir la prueba de su excitación. Su pene salió disparado de los pantalones mientras se los bajaba; Tate levantó el trasero para ayudarla.

—Tengo la pierna llena de cicatrices —dijo en tono de advertencia.

En realidad Tate tenía pequeñas cicatrices por todas partes, según con su historial en las Fuerzas Especiales, pero hacían que pareciera un guerrero y lo hacían aún más peligroso y atractivo. Aunque Lara se estremeció por el dolor que probablemente le había causado cada una de ellas, no le hacían ni una pizca menos deseable. Eran parte de Tate. Y, para ella, Tate estaba más allá de la perfección.

Tenía la pierna llena de cicatrices y jadeó mientras le quitaba los pantalones de los pies y tiró la franela al suelo.

—Ay, Dios, esto debe haber dolido como el demonio. —Trazó las cicatrices oscuras con ternura.

Tate se movió para meter la pierna bajo el edredón al pie de la cama, pero ella la agarró antes de que pudiera ocultarla y besó las cicatrices mientras subía por su tronco inferior.

—No lo hagas. No hay nada en ti que no me parezca increíblemente excitante —le dijo con voz ronca y temblorosa. Se había ganado esas cicatrices salvando vidas, protegiendo a su país y, sin duda, cumpliendo una misión que era increíblemente arriesgada—. Tú eres mi héroe, Tate Colter. —Tomó su pene en la palma de la mano mientras se movía junto a sus caderas.

—Dios, Lara. Me estás matando —gruñó con una voz atormentada.

Ella le sonrió con suficiencia mientras bajaba la cabeza.

—Entonces supongo que tendré que devolverte a la vida.

Lara no era precisamente muy experimentada saboreando a un hombre, a pesar de que había fanfarroneado con Tate para hacer que permaneciera en el hospital. El instinto tomó las riendas mientras ella giraba su lengua alrededor del glande de Tate y lamía la gotita de humedad. Cerró los ojos y degustó el sabor de él: cálido, masculino y embriagador. Después de lamer el interior de su verga, finalmente se la metió en la boca; su miembro era imposible que se lo introdujera por completo. Rodeó la base de su pene con los dedos y los movió al mismo tiempo que la boca mientras lo devoraba.

El gemido torturado de Tate hizo que se le contrajera el sexo casi dolorosamente y la consumió por completo, succionó más fuerte alrededor de

su pene y se movió cada vez más rápido.

—Joder, Lara. Voy a explotar. —Tate enredó los dedos en su pelo y la condujo más rápido, más fuerte.

Le soltó la cabeza para darle la oportunidad de escapar, pero Lara no iba a irse a ninguna parte. Lo tomó tan profundamente como pudo. La liberación de Tate le palpitó en la garganta y ella siguió acariciándolo mientras él tenía un orgasmo que hizo que gritara su nombre con voz ronca, cruda.

—¡Lara!

Su respiración era intensa y pesada cuando le acarició el pelo con la mano, masajeándole el cuero cabelludo mientras recuperaba el aliento.

—Joder, tenías razón. Me ha hecho reventar —carraspeó. La atrajo junto a él y la volteó sobre la espalda.

Atónita, Lara lo miró sorprendida. Tate cambió tan rápido de postura que ni siquiera lo había visto venir.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó cuando él le sostuvo las manos por encima de la cabeza.

Sus ojos brillaban como plata líquida. Su cuerpo grande ahora cubría el de Lara.

—Tengo que verte venirte ahora, nena. Necesito oírte gimiendo de placer mientras pruebo tu dulce sexo. —Tate deslizó la mano entre los cuerpos de ambos; sus dedos rastrearon los pliegues de Lara.

Ella estaba saturada y resbaladiza, y Tate soltó un gruñido de satisfacción.

—Ya estás húmeda. ¿Hacerme llegar al orgasmo te ha excitado?

—Sí —le dijo ella sin aliento. Todo su cuerpo temblaba bajo el de Tate con una necesidad tan fuerte que apenas podía respirar.

—Bien. Porque yo también voy a disfrutar mucho de esto. —Él bajó la cabeza y la besó. Su naturaleza dominante afloró mientras le sujetaba las muñecas y asolaba su boca como si la poseyera.

—No te hagas daño —imploró Lara cuando Tate soltó sus labios para pasar la lengua por la piel sensible de su cuello.

—Cariño, esto no va a dolernos a ninguno de los dos —respondió él con voz ronca contra su piel—. Lo único que quiero es saborearte hasta que te olvides de cualquier cosa menos de mí.

El deseo inundó la entrepierna de Lara ante el sonido exigente y *sexy* de la voz de Tate. Estaba en su elemento cuando era sexualmente dominante, fiel a su naturaleza, y su pasión cruda llevó el deseo de Lara al punto de ebullición. Ahí, podía dejar que él tomara el control de su cuerpo, confiar en él para que

le diera placer hasta casi perder la cabeza. Ahora no tenía que estar al mando y lo único que hizo fue relajarse en sus caricias y sentir.

Tate le soltó las muñecas; su boca pasó a sus pechos y jugueteó con uno de sus pezones duros como piedras con los dientes y con la lengua.

—Son perfectos, joder —gruñó contra su pecho. Su mano grande ahuecó uno después el otro, estimulando sus cimas hipersensibles hasta que Lara no pudo soportarlo más.

—Te necesito —gimió ella. Sus manos se aferraban a las sábanas mientras su espalda se arqueaba de placer—. Jódeme, Tate.

—Créeme, nena, eso planeo hacer. Al final— respondió en tono gutural. Su boca se movió con lametones sensuales, mordisquitos y besos eróticos sobre su abdomen—. Ahora mismo sólo quiero marcarte como mía.

Su tono era ávido y voraz, como si no se cansara de tocarla. Aquellas palabras viniendo de cualquier otro hombre casi podrían haber resultado aterradoras. Pero no viniendo de Tate. Nunca viniendo de Tate. Era protector y considerado, áspero y tan tierno que se le partía el corazón. El carácter mandón era su segunda naturaleza y ella lo entendía. Le daría el control encantada durante un rato para no tener que pensar ella. Confiaba en él, lo entendía y eso marcaba la diferencia en la manera en que reaccionó a sus palabras.

Suspiró aliviada cuando por fin le separó los muslos, el aliento cálido tan cerca del sexo que hizo que se estremeciera a la expectativa.

—Me estás matando —gimió las palabras previas de Tate intencionadamente.

Él tomó las manos de Lara y las colocó sobre sus pechos.

—Date placer, nena.

Toda idea de modestia se había esfumado, sustituida por el clamor de su cuerpo pidiendo que lo estimularan. Lara ahuecó sus pechos y se pellizó los pezones sin piedad para intentar apagar el anhelante deseo que palpitaba en su interior.

—Estás preciosa así —gruñó Tate—. Tan deseosa de mí. Tan lista para que te satisfaga.

—Sí. Hazlo, joder. Te necesito. —Su cuerpo estaba muy apretado, su desesperación por Tate fuera de control.

—Es hora de devolverte a la vida —le dijo Tate ferozmente, pero con un toque de humor al devolverle palabras parecidas a las que ella le había dicho a él.

El trasero de Lara se levantó al primer roce de la boca de Tate. Él ahondó a través de sus pliegues y en su sexo igual que lo hacía todo: totalmente concentrado, salvaje y completamente incansable. Su asalto sensual era erótico y carnal: sus labios, dientes, lengua y nariz completamente enterrados en el sexo de Lara mientras le separaba las piernas aún más para conseguir llegar más profundo. Su lengua rodaba de abajo hacia arriba sobre su tierna carne rosada una y otra vez. A cada paso de su lengua, le rozaba el diminuto manojito de nervios y el cuerpo de ella anhelaba llegar al clímax.

—Ay, Dios. —Nunca había sentido nada tan crudo y caliente como la boca de Tate entre sus muslos; su gemido lujurioso de placer vibraba contra su clítoris. Abandonó sus pechos y empuñó el pelo corto de Tate—. ¡Sí, sí, sí! —coreó. Todo su cuerpo reaccionó a lo que le estaba haciendo; su vagina se contrajo de forma atroz.

Él pasó la lengua por su clítoris sensible y dilatado y se concentró en él mientras le metía dos dedos en la vagina, colmándola por fin. Ella apretó los dedos con el sexo mientras él los doblaba alrededor de su punto G, lo masajeaba y luego se retiraba para volver a penetrarla una y otra vez.

La espalda de Lara se arqueó y aplastó la cabeza contra la almohada mientras Tate seguía excitando su clítoris al mismo ritmo que metía y sacaba los dedos de su vaina.

—Tate, no puedo soportarlo. No puedo. —El placer era tan volátil que se sentía como si estuviera a punto de estallar en mil pedazos. Gritó cuando él movió su otra mano bajo su trasero, acariciándole con un dedo entre las nalgas. Estaba tan húmeda que sus jugos lubricaron fácilmente el dedo que Tate utilizó para jugar con su ano antes de introducir suavemente la punta en la abertura apretada.

Él estaba probando sus límites y Lara lo comprendió en el rincón de su mente que aún funcionaba. Tate excitaba e indagaba, sin cesar el movimiento de su lengua y de los dedos que la jodían sin piedad. Cada sensación creada por Tate era nueva e intensa, y Lara no le ponía límites. Todo lo que le hacía la tenía a punto de explotar.

La tensión de su cuerpo se rompió. La bobina en su vientre se desenrolló mientras su cuerpo palpitaba con violencia.

—¡Tate! —gritó hacia el techo. Su nombre se convirtió en un largo gemido de placer cuando tuvo un orgasmo como nunca lo había experimentado antes. Se sujetó a su pelo mientras su vagina se contraía fuertemente en torno a los

dedos de él. Los espasmos sacudían su cuerpo mientras ella arqueaba el cuello y montaba las olas de su orgasmo.

Ella jadeó hasta que pasaron las restantes ondas de placer mientras Tate le lamía el clímax y gruñía satisfecho contra su sexo. Sus manos se deslizaron por su cuerpo. Ahora cubiertos de sudor, parecía que ambos se habían derretido y chisporroteado hasta fundirse en el otro por el calor de sus cuerpos.

Reivindicando su boca desde el segundo en que volvió a acercarse a ella, Tate la besó apasionadamente primero, y después con ternura. Lara probó su sabor en labios de Tate. Le abrazó la espalda, deleitándose en la sensación de su cuerpo duro, caliente y exigente encima del suyo.

Tate la penetró antes de que sus labios abandonaran su boca, y él se enterró hasta la raíz en su interior.

Ella gimió cuando la colmó, la sensación tan sublime que le clavó las uñas cortas en la espalda.

—Joder, sí. Mía. Eres mía, cariño. Esto es todo para mí —dijo en tono áspero, posesivo, y permaneció enterrado dentro de Lara tan profundamente como pudo.

Ella le rodeó la cintura firmemente con las piernas y lo retuvo en su interior.

—Es todo para ti —jadeó, conocedora de que era cierto. Ningún hombre la había hecho sentir como Tate, y lo más probable era que nunca lo haría. Cada acción, cada movimiento era elemental y salvaje. Su cuerpo se tensó para hacer que aquel hombre se uniera a ella, que le perteneciera a ella. Lara lo reivindicaba con tanta seguridad como él la poseía—. Jódeme. Por favor. — Su cuerpo temblaba por Tate, lo anhelaba.

Él se retiró hasta que casi salió y la penetró de nuevo con fuerza.

—Te necesito tanto. —Su declaración era bestial y vulnerable al mismo tiempo.

Ella le acarició la espalda de arriba abajo con las manos cuando sintió que su cuerpo grande se estremecía. Su pene la penetraba y se retiraba con un movimiento rápido y duro que satisfacía su desesperación por él.

—Sí. Más fuerte. —Lara quería la fuerza castigadora, el ritmo que golpeaba su cuerpo. Aquello era como una afirmación de que ambos estaban vivos después de lo que había sucedido en la pista de aterrizaje, y el cuerpo de Lara tembló cuando Tate cambió de postura; su pene hizo presión contra la zona sensible en su interior, desencadenando otro clímax.

Ella volvió a aferrarse a su espalda. Sus uñas le mordieron la piel para mantenerla firme mientras levantaba las caderas para recibir cada embestida de su miembro. Sus paredes se aferraban a él mientras ella llegaba; sus músculos alrededor de su pene se contrajeron sobre él, succionando.

—Eso es, cariño. Déjate llevar. Vente por mí —exigió él con dureza mientras seguía penetrándola. Gimió cuando la penetró una vez más y encontró su propio desahogo.

Bajaron juntos en una masa de brazos y piernas enredados y sudorosos. Tate rodó hasta quitarse de encima de ella, pero mantuvo una pierna entre las suyas. Sus brazos le envolvían la cintura y los hombros; Tate enredó los dedos en su pelo y le sostuvo la cabeza contra el pecho en gesto protector.

Lara descansó contra él. Seguía respirando fuertemente por la boca, el cuerpo completamente saciado, a sabiendas de que Tate acababa de cambiar su vida irremediabilmente.

—No sabía que podía ser tan intenso —admitió sin aliento.

—Yo tampoco —dijo Tate con voz ronca.

Atrajo su cabeza hacia él con ternura, tirándole suavemente del pelo mientras le daba un delicado beso en los labios que hizo que el corazón de Lara diera saltitos con una emoción poco familiar que no reconoció al principio. Entonces se dio cuenta de que era una emoción que no había sentido desde hacía mucho tiempo; era felicidad.



Capítulo 11

Tate sabía que estaba jodido, y no en el buen sentido.

A la mañana siguiente, observó cómo husmeaba Shep a lo largo de la linde del bosque y buscaba el lugar perfecto para hacer sus necesidades matutinas. Sostuvo la correa ligeramente, dejando que el cachorro explorara.

«Lara se marchará tarde o temprano. Su sitio no está aquí».

El problema era que Tate quería a Lara allí y, si se marchaba, lo destrozaría completamente. Ya le dolía el condenado corazón cada vez que pensaba en Marcus, aún incapaz de aceptar lo que había hecho su hermano mayor. La idea de que Lara se fuera para volver a Washington lo destriparía.

Nunca había pensado que se sintiera solo hasta que la conoció. Siempre había preferido estar solo. Pero ahora podía admitirlo... algo vital había faltado en su vida y ese *algo* en realidad era alguien: Lara.

La idea de ella arrodillada ante ese terrorista cabrón, dispuesta a hacer cualquier cosa para salvarle la vida, se le metió en la cabeza y le dio una lección de humildad. Dios sabía qué habría hecho él de haber tenido que ver cómo la violaban. Casi lo había matado ver que la tocaba otro hombre, y eso que era un terrorista imbécil.

«Es una mujer fuerte», pensó.

Sí, su chica era una mujer de armas tomar, pero también se rendía tan dulcemente a él en la cama que se le ponía duro el pene sólo de pensar en la noche anterior. Era una seductora, pero en algunos sentidos era tan condenadamente inocente. La combinación de esas dos cosas lo confundía de deseo. Sólo su reacción mientras le metía un dedo en el culo le dijo que era

inocente de muchas maneras. A él nunca le había gustado mucho tocar culos, pero Lara hacía que deseara cada parte de ella, ansiosamente y por completo. De hecho, la ansiaba como a una puñetera adicción, apenas capaz de desenredar sus cuerpos para levantarse de la cama cuando Shep estaba lloriqueando para salir.

«Nunca supe que podría ser tan intenso», Tate recordó las palabras de Lara. Todavía podía oírla pronunciar esas palabras susurrantes y sensuales y recordaba lo mucho que lo habían afectado. «Joder, yo tampoco sabía que podría ser así y probablemente estoy mucho más experimentado que ella». Se había acostado con bastantes mujeres, pero nunca se había acercado a lo que había experimentado con Lara. «Tal vez pueda quitármela de la cabeza acostándome con ella», se le ocurrió. En cuanto pensó en esa idea, la rechazó. Para él Lara era como el crack. Cuanto más consumía, más quería.

Dejó escapar un suspiro masculino cuando Shep encontró por fin el lugar donde hacía pis. Hacía tanto frío que podía ver su aliento en el aire fresco, pero sería un día decente para volar porque el clima era soleado y claro. Había prometido a Lara que la llevaría a Denver más tarde para presentar algunos informes en la oficina del FBI. «Joder, estaría dispuesto a hacer cualquier cosa si consiguiera que se quedara aquí más tiempo». Ella había señalado que no le costaba nada conducir hasta allí, pero Tate era de la opinión de que volar siempre era preferible. Se ahorrraba tiempo, especialmente en invierno, en carreteras de montaña, y él preferiría estar en el aire que en la carretera cualquier día.

Shep terminó de hacer sus cosas y volvió hacia la casa saltando por la nieve.

«Perro listo. Hace mucho frío aquí fuera», pensó Tate. Para cuando él se quitó las botas y entró en casa, Lara ya se había levantado y no parecía muy contenta. Soltó a Shep y colgó la correa. El cachorro fue dando brincos hasta Lara al instante. Ella lo recogió y se estremeció mientras lo acurrucaba contra sus pechos. «Perro suertudo», refunfuñó para sus adentros.

—Tienes frío —le canturreó al cachorro, acariciándole el pelaje.

Lara volvía a llevar su bata y una satisfacción posesiva se le clavó en el estómago. Le gustaba que sus cosas envolvieran su cuerpo. Sí, prefería que fuera su cuerpo sobre ella, pero aceptaría lo que le diera.

—¿Qué pasa? —le preguntó con voz áspera, preocupado por su gesto pensativo.

Ella lo miró con una ceja levantada.

—¿Tienes un Jeep quitanieves?

«¡Mierda! ¡Me ha pillado!», pensó él.

—Sí. Fuera, en el otro garaje.

—Entonces dime exactamente por qué estuve atrapada aquí con la nieve cuando podrías haberme llevado de vuelta al resort fácilmente.

Tate no iba a mentirle. Parecía bastante cabreada.

—Porque te quería aquí. Estábamos en medio de una ventisca, Lara. Aunque tuviera un quitanieves, no era precisamente seguro estar fuera aquella noche—. No iba a decirle que él había salido a quitar nieve con peor tiempo. La verdad era... que quería que se quedara allí y que no quiso sacarla al frío para volver a llevarla al resort—. Estabas herida.

Ella se cruzó de brazos.

—Podrías habérmelo dicho —insistió; sonaba decepcionada.

«Mierda. Decepcionada es peor que enfadada», pensó Tate.

—Podría haberlo hecho —respondió él con cautela.

—No me gustan las mentiras, Tate, por ninguna razón.

A él tampoco le gustaban, especialmente entre él y Lara, así que entendía lo que quería decir.

—No mentí exactamente. Simplemente no te dije que tenía un quitanieves.

—Una mentira por omisión, Colter —le dijo ella con severidad—. No me lo dijiste porque no pensaste en ello. No me lo dijiste porque no querías que lo supiera.

Lara tenía razón.

—Lo siento. Yo también valoro la sinceridad. Te lo habría dicho tarde o temprano.

—No vuelvas a hacerlo —le dijo con una voz que le recordó a Tate a su maestra de quinto, una mujer que era bastante aterradora.

Lara dejó al cachorro en el suelo y entró en la cocina sin mediar palabra.

Tate la siguió con curiosidad. Observó cómo preparaba el desayuno mecánicamente.

—No volveré a mentirte nunca más, Lara. —Lo declaró con todo su ser. Ahora que la conocía mejor, nunca podría evitar ponerlo todo sobre la mesa con ella.

—Bien. —Asintió ella antes de volver a preparar el desayuno.

—¿Eso es todo? —«¿No va a freírlo con el tema?

—Eso es todo. Ahora que me he explicado claramente, confío en que respetes lo que quiero. —Le sostuvo la mirada durante un momento—.

Además, probablemente me salvaste la vida, o por lo menos tener que tocar a ese hombre repugnante. Y eres casi asquerosamente perfecto. Supongo que necesitabas algún error.

—¿Casi perfecto? —«Joder, me encantaba cuando coquetea conmigo»—. ¿Qué me haría absolutamente perfecto?

Ella fingió estudiarlo durante un minuto.

—Podrías aprender a cocinar —replicó en tono de listilla.

Tate se acercó a ella y le dio una palmada en el trasero sólo para oír un grito encantador.

—Cariño, nadie merece comer mi comida. —Pero vaya si no quería esforzarse más en aprender por ella. No se merecía cocinar ella siempre—. Pero conozco todos los restaurantes buenos en Colorado y puedo llevarnos rápido. No tienes que cocinar.

—Umm... Supongo que está esa opción —contestó ella descaradamente.

—Te llevaré donde quieras. —La besó ligeramente en la sien e inspiró su olor embriagador.

—Tengo que ir al resort después de desayunar. Acabo de decirle a Chloe que la vería en el gimnasio. Espero que no esté lleno para entonces —comentó Lara.

Tate gimió.

—Chloe me ha delatado, ¿verdad? —Era su hermana quien le había dicho a Lara que tenía un quitanieves.

—No fue a propósito. Simplemente lo mencionó. —Lara frió la panceta.

—¿Por qué vas allí?

—Le prometí a Chloe que le enseñaría algunos movimientos de autodefensa.

—El gimnasio nunca está lleno en el invierno. La gente se ejercita esquiando. Nadie quiere estar dentro cuando hay nieve polvo.

—Yo sí —dijo Lara con vehemencia.

—Si te enseño a esquiar o a hacer *snowboard*, te encantará. —Lara era aventurera; le cogería el gusto a los deportes de invierno si tenía un profesor. Y Tate conocía al tipo adecuado para mostrarle la alegría del invierno.

—Creo que prefiero estar sentada junto a un fuego haciendo... otra cosa —dijo inocentemente, pero se giró y le rodeó el cuello con los brazos—. Creo que si te enseño los beneficios de quedarse en casa, te encantará —lo imitó en tono jocoso.

Tate la besó y admitió que probablemente tenía razón, especialmente si se refería a quedarse dentro *de ella*.



—Creo que ahora entiendo lo básico, pero ¿crees que podríamos seguir practicando? —le preguntó Chloe a Lara mientras caminaba a paso tranquilo en la cinta.

Lara estaba corriendo, pero aún no le faltaba el aliento.

—Sí, claro. Podemos repararlo hasta que tenga que irme.

Habían practicado autodefensa básica durante bastante rato antes de terminar y Lara se montó en la cinta para hacer su rutina diaria. Le había visto unos cuantos moratones más a Chloe y le saltaron todas las alarmas, muy alto —. Chloe, ¿está haciéndote daño James? —tenía que preguntárselo. Su conciencia no le permitía mantenerse en silencio.

Chloe miró hacia delante mientras respondía.

—No. Claro que no. Lo de las artes marciales fue un accidente. Se impacientó y ahora mismo está muy estresado.

—Tienes moratones nuevos —discutió Lara.

—Soy una torpe —dijo Chloe a toda prisa—. Me tropiezo mucho y hago cosas estúpidas. Me salen moratones fácilmente.

Lara sabía que estaba poniendo a la defensiva a la hermana de Tate, así que respondió sencillamente.

—Si alguna vez necesitas hablar, estoy aquí para escuchar. —A veces era más fácil hablarle a una mujer que a un hombre. A Lara no se le había escapado que Chloe nunca había recurrido a Chloe cuando lo necesitaba, y durante aquella crisis familiar sería bueno que estuviera cerca para tranquilizarla.

—Gracias —dijo Chloe en tono informal—. Pero estoy bien. Todas las relaciones se encuentran con baches, creo. —Hizo una pausa—. Dios, ¿te torturas así todos los días?

Lara pensaba que probablemente la mayor parte de las relaciones tenían sus más y sus menos, pero temía que Chloe estuviera topándose con montañas en lugar de baches en su relación.

—Sí. No me queda más elección que entrenar todos los días. Tengo que estar en buena forma física para mi trabajo, y me gusta comer.

—A mí también —respondió Chloe con un suspiro—. Pero gano peso aunque huela chocolate o algo que engorde.

—No estás gorda, Chloe —le dijo Lara con severidad, enfadada porque algún hombre hubiera hecho que se sintiera poco atractiva cuando en realidad era guapísima.

—A James no le gustan mucho las mujeres con curvas.

—Entonces déjalo y encuentra a alguien a quien sí le gusten —dijo Lara enfadada—. ¿Qué hay de ese vaquero guapo con el que estabas la otra noche?

—¿Gabe? —Chloe se sonrojó—. Es un vaquero multimillonario y sólo es amigo de la familia, principalmente amigo de Blake. Y ni siquiera nos llevamos bien la mayor parte del tiempo.

—Yo creo que le gustas —contradijo Lara, reduciendo la velocidad para relajar su carrera.

—No le gusto. Solo le gusta bromear. A mí no me gusta eso.

Lara tenía la sensación de que a Chloe no le gustaba porque no creía a Gabe cuando le lanzaba un cumplido.

—Parecía muy preocupado cuando Marcus fue arrestado y Tate resultó herido.

—Fue bueno —admitió Chloe mientras detenía su cinta para bajarse—. Pero no duró mucho. —Con aspecto incómodo, Chloe cambió de tema—. ¿Le tienes cariño a Tate?

Lara se sintió un poco incómoda cuando bajó el ritmo hasta caminar; no le gustaba estar en el punto de mira.

—Sí. Me ayudó mucho. Es un hombre muy valiente y lo admiro mucho. —«Y está tan bueno que quiero acostarme con él a cada minuto del día», pensó, pero decidió no compartir esa información con la hermana de Tate.

Chloe la miró y puso los ojos en blanco.

—Sabes a qué me refiero. ¿Te gusta?

Lara se puso colorada.

—Es atractivo, pero apenas lo conozco. —«Vale, quizás lo conozco íntimamente, pero no hace mucho tiempo».

—Ha estado tan distante y solitario desde el accidente. Ésa es una de las razones por las que quería que adoptara a Shep.

—Tate adora a ese cachorro —le dijo Lara a Chloe cuando dejó de andar y se bajó de la cinta—. No dejes que te diga lo contrario.

Chloe le sonrió.

—Lo sé. Gruñe y se queja de Shep, pero ahora no podría separarlo de ese cachorro aunque quisiera. —Se sentó en una silla junto a las cintas.

Tate tenía razón: el gimnasio estaba vacío y ella y Chloe tenían todo la sala para ellas.

—¿Sabes?, está destrozado por Marcus aunque no lo demuestre —dijo Chloe entristecida—. Supongo que todos lo estamos. Mamá todavía se niega a creer que Marcus sea culpable siquiera de algo ilegal.

La culpa inundó a Lara irrevocablemente.

—Lo siento mucho, Chloe.

Ésta miró a Lara.

—No tienes razones para disculparte. Estabas haciendo tu trabajo.

«Dios, Chloe suena igual que Tate».

—Gracias. —Lara tomó una toalla para secarse la cara empapada en sudor. Ambas mujeres recogieron sus bolsas para ir a ducharse.

—Bueno, ¿tienes novio en Washington? —preguntó Chloe con picardía.

—No. Hace años que no tengo novio.

—¿Qué le pasó? —preguntó Chloe con curiosidad.

—Me engañó. —Resultaba extraño, pero Lara ya ni siquiera pensaba en lo que había hecho. Quizás por no se mereciera el tiempo ni el esfuerzo que requería estar enfadada por ello. El novio infiel había sido humillante, pero nunca había tocado sus emociones como Tate.

—Vaya mierda. ¿Sabes?, Tate es muy leal cuando alguien se ha ganado su cariño.

Lara sonrió a la astuta hermana de Tate.

—Nada de hacer de celestina —le dijo a Chloe con una sonrisa—. Tate vive en Colorado. Yo vivo en Washington, D. C. Eso presenta algunos problemas geográficos muy interesantes.

Chloe se encogió de hombros.

—Él es piloto.

—Como he dicho, apenas nos conocemos —repitió Lara ligeramente antes de dirigirse hacia el vestuario.

—Tienes que reconocer que es un guapo tremendo—dijo Chloe con orgullo.

Pensando en la forma en que Tate lo hacía todo, incluyendo la manera en que había desarmado a tres hombres a la vez y disparado a su atacante, Lara tuvo que responder:

—De acuerdo. —Que Tate era guapo era un eufemismo. Era absolutamente impresionante, especialmente cuando estaba desnudo, pero se guardó esa información para sí misma.

No podía quedarse allí, en Colorado, aunque Tate quisiera continuar su relación durante un tiempo. Tenía una vida, una carrera en Washington. No quería que Chloe pensara siquiera en ir por ese camino.

—Espero que todos podamos mantenernos en contacto —añadió, tratando de hacer que sonara como si dejar Tate no fuera a ser importante.

—Oh, creo que lo haremos —dijo Chloe con una sonrisa misteriosa mientras caminaba junto a ella—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Al menos otra semana —respondió Lara, no muy segura de cuánto tiempo le permitiría quedarse allí su jefe. Pero debía tener por lo menos una semana más antes de que empezara a perseguirla para que volviera al trabajo.

Chloe asintió con la cabeza.

—Eso debería ser suficiente. —La morena bonita entró en el vestuario.

Lara negó con la cabeza, no muy segura de qué quería decir y siguió a la hermana de Tate por la puerta.



Capítulo 12

—Ha sido una de las experiencias más aterradoras de mi vida, y soy agente del FBI —murmuró Lara en tono coqueto cuando Tate aterrizaba con el helicóptero en la pista de aterrizaje de los terrenos de los Colter. Tate pilotaba como si condujera un auto: rapidísimo, ya que su principal objetivo era la velocidad.

—Debo informarte de que soy uno de los mejores pilotos de helicóptero del mundo —respondió él con arrogancia, como si se hubiera ofendido, mientras apagaba los motores—. Te dije que te llevaría a Denver y te traería de vuelta rápido.

—¿Hace cuánto tiempo que vuelas? —preguntó ella con curiosidad mientras se quitaba los auriculares. Lara había montado en bastantes helicópteros y no cabía duda de que Tate Colter era bueno. Pilotaba con tanta confianza que no importaba lo loco estuviera, en realidad Lara no había pasado ni un momento de miedo. Pero era divertido echarle la bronca por su manera de hacer las cosas sin rodeos.

—Desde no mucho después de tener edad legal para conducir —respondió, todavía contrariado—. Me saqué la licencia de piloto al año siguiente.

—¿Qué más pilotas?

Tate le lanzó una sonrisa.

—Cualquier cosa que vuele, nena.

—¿No tienes piloto? ¿Lo pilotas todo tú mismo?

—Sí. Estoy mucho más cómodo si tengo el control.

—Joder. Supongo que eso arruina mis posibilidades de unirme al club de los que han tenido sexo en un avión —respondió en broma, asegurándose de sonar decepcionada mientras se desabrochaba el cinturón del asiento de pasajeros.

Tate se movió tan rápido que casi parecía borroso cuando saltó del asiento delantera al banco trasero que Lara apenas lo vio.

—Vuelve aquí. Estaré encantado de iniciarte —dijo con voz ronca.

Ella se volvió para mirarlo cuando él se recostó contra el asiento trasero, la mano plegada sobre el abdomen, esperando.

—No estamos en el aire —dijo ella sin aliento. Sus ojos recorrieron a Tate hambrientos. Se le calentó la sangre ante la idea de sentarse a horcajadas sobre él en ese preciso instante y tomar lo que quería. No podía importarle menos el club la milla de altura. Pero claro que lo deseaba a él. Constantemente. Desesperadamente. Casi dolorosamente.

—Creo que las reglas dicen que tienes que tener relaciones sexuales en un avión mientras está en el aire. Ya estamos altos aquí, en las montañas, más de una milla, y definitivamente estamos en una nave. Técnicamente diría que estamos bien —respondió él con entusiasmo—. Ven aquí o iré a por ti. Te he necesitado todo el puñetero día, Lara. No quiero esperar más.

Lara suspiró.

—No podemos hacer esto aquí. —Echó un vistazo a la pista de aterrizaje a través de la ventana, la porción que había usado Marcus aún clausurada para la investigación. No vio a nadie por allí y Tate había aterrizado en el extremo opuesto del pequeño aeropuerto. Sin embargo, era arriesgado.

—Podría ir o venir gente.

—Conozco a dos personas que definitivamente van a venirse —dijo él con voz áspera. Se cruzó de brazos—. Ven a mí. Te reto. Toma lo que quieras. —Él le lanzó el desafío intencionadamente, la mirada ardiente y indicándole que fuera a él.

«Mierda. Sabe cuánto lo deseo y está absolutamente seguro de que no me echaré atrás ante un desafío suyo».

Se mordió el labio, intentando controlar su deseo innegable. A Tate le gustaba ponerla a prueba, empujar sus límites, pero no se daba cuenta de que cuando se trataba de él, sus límites se estaban ensanchando bastante.

—¿Qué quieres *tú*? —le preguntó ella tono seductor. Se arrodilló en el asiento del pasajero y se quitó el suéter que llevaba. Jugaría aquel juego y lo saborearía porque él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él.

—Ahora no juegues conmigo, nena —gruñó él mientras se quitaba la camisa la camisa y la dejaba caer al suelo del helicóptero.

Él le sostuvo la mirada mientras ella se contoneaba torpemente para quitarse los pantalones y la ropa interior, y luego se desabrochó el sujetador y se lo quitó. Se estremeció cuando el aire sopló sobre su piel desnuda, desnudo ahora su cuerpo.

—¿Quién dice que estoy jugando? —Ella lo miró con una ceja levantada; le encantaba su cara de sorpresa. Sabía que en realidad él no esperaba que se desnudara en su helicóptero y aceptara su desafío.

Sus ojos vagaron por la erección visible que intentaba reventar la cremallera de sus pantalones. Su camisa gris de manga larga abrazaba sus brazos y su pecho musculosos; el color combinaba perfectamente con sus ojos.

—Dios, Lara. Vas a matarme. —Gimió y le tendió los brazos.

Trepando por encima de los controles y del asiento, literalmente se cayó a horcajadas sobre Tate. Él cerró la envolvió con los brazos de inmediato, una mano apareció detrás de su cuello y atrajo su cuerpo ruborizado contra él. Respiró profundamente y le acarició el cuello con la nariz.

—A la mierda el club. Te llevaré tan alto como quieras —comentó en tono punzante, su aliento cálido en el cuello de Lara—. Tu olor hace que quiera ahogarme en ti. —Mordió su piel y luego la lamió—. Tu sabor hace que quiera devorarte. —Metió el brazo entre sus cuerpos y pasó un dedo por su sexo empapado—. Y *esto* hace que quiera joderte hasta que grites. —Su boca se cerró sobre uno de sus pezones endurecidos.

Lara se echó hacia atrás. Tate nunca la dejaría caer; confiaba completamente en él.

—Te deseo, Tate. Por favor. —Pasó sus manos por su fuerte torso, adorando la sensación de su piel caliente bajo los dedos. Cuando se puso de rodillas, le dio espacio para que se desabrochase y se bajase los pantalones con el fin de liberar su miembro dilatado. —¿Nunca llevas ropa interior? —gimió al sentir el acero sedoso de él contra su sexo ardiente.

—Casi nunca desde el día en que te conocí.

Ella sofocó una carcajada ante su tono serio.

—¿Entonces siempre estás listo? —Descendió sobre él, temblando mientras deslizaba su sexo por el ancho y duro tronco de su miembro.

—Siempre tengo esperanzas —corrigió él mientras le colocaba las manos sobre las caderas—. ¿Quieres conceder su deseo a un hombre optimista?

Las ansias de Tate la envalentonaron. Cómo sonaba, cómo hablaba con ella hacía que se sintiera como si fuera una diosa, como si él fuera afortunado por tenerla. Se sentía como la mujer más deseable de la tierra. Probablemente porque pensaba que Tate era el hombre más *sexy* del planeta y la deseaba a ella.

—No puedo conceder deseos —le dijo ella en tono coqueto mientras agarraba su espada y se la colocaba contra la vaina—. No soy mágica.

—Para mí lo eres —gruñó Tate mientras la guiaba hacia abajo, sobre él—. Móntame, Lara. Toma lo que quieras, lo que necesites de mí.

El corazón se le aceleró al mirar sus ojos tumultuosos, fundidos de deseo, y una de las cosas más bonitas que había visto. Se le cortó la respiración cuando él la atrajo hasta abajo para sentarse mientras estaba completamente dentro de ella.

—Me siento muy necesitada —dijo ella meciendo las caderas.

—Gracias, joder —gimió él. Le agarró el trasero y volvió a mecerla contra él.

Lara empezó a moverse, usando las piernas dobladas para hacer palanca y mantener el equilibrio, y se abrazó a los hombros de Tate. Ella cerró los ojos; absorbió su esencia, dejó que su cuerpo ondulara con el de Tate de manera erótica, satisfactoria, y dejó que llenara sus sentidos por completo.

Se movieron juntos como uno, y Lara saboreó la lenta acumulación de calor, la intimidad de tenerlo dentro de sí, la sensación de su mano subiendo y bajando por su espalda suavemente. Aquello no era una carrera hasta la meta. La urgencia estaba allí, pero era como si ninguno de ellos quisiera que terminara.

Sus manos se clavaron en su cabello; ella bajó su boca hacia la de él y enredó sus lenguas en un baile sensual e íntimo mientras ella se movía más fuerte, más rápido.

Tate gimió en su boca. Le acarició el trasero, agarrándolo finalmente como si se hubiera hundido y levantó las caderas para intensificar la fuerza de su penetración, jodiéndola como si la necesitara, como si tuviera que poseerla completamente.

—Mía —dijo mientras Lara apartaba su boca de la de Tate—. Eres mía, cariño. Nunca te dejaré marchar.

Sus palabras dominantes desencadenaron el clímax de Lara; su cuerpo se hizo eco de su declaración mientras se restregaba contra él, tratando de reclamarlo como suyo con su cuerpo.

Deseaba.

Necesitaba.

Estaba desesperada.

Ella era... suya.

—¡Ah, Dios! ¡Tate! —Jadeó cuando las ondas se convirtieron en olas gigantescas que cayeron sobre ella. Lara se aferró a él, echó la cabeza hacia atrás y gritó cuando su orgasmo le atravesó el cuerpo. Sintió que Tate se estremecía contra ella y la seguía hacia el abismo con un gemido de éxtasis.

Él la abrazó con codicia, un brazo alrededor de su cintura y el otro en el trasero.

—Eso ha sido mucho más de una milla de altura.

Lara sonrió mientras sostenía la cabeza de Tate contra sus pechos.

—Desde luego —convino, aún aturdida, el cuerpo flácido contra el de Tate. Aún sobrevolando las nubes, Lara se preguntó si alguna vez volvería a bajar.



—Mi jefe me ha enviado un mensaje. Me quiere de vuelta en Washington pronto. Estamos faltos de personal y necesita que vuelva al trabajo —le contó Lara a Tate en voz baja mientras cenaban juntos aquella noche—. Esperaba tener más tiempo, pero es muy insistente.

Tate casi se atragantó con la pasta cuando tomó aire para protestar. Tosió y dio un trago a su cerveza, mirando a Lara antes de hablar.

—No vuelvas. —«Dios. No puedo soportar la idea de que se marche. La casa estaría vacía sin ella. Yo estaré vacío sin ella», pensó.

Lara alzó la mirada hacia él y dejó el tenedor en su plato.

—Sabes que tengo que volver a casa. Tengo una carrera, y tú también. No sé qué sigues haciendo con el gobierno, pero sé que trabajas mucho con la empresa de equipos antiincendios, desarrollando nuevos productos. Ambos tenemos nuestras vidas, muy diferentes.

—Ya no viajo mucho, y trabajo con investigación y desarrollo en Denver para Colter Fire Equipment. No estoy allí todos los días. Tengo profesionales haciendo ese trabajo. Sólo doy mi opinión e intento dar con ideas nuevas.

Shep gimoteó a los pies de Lara, como si supiera de qué estaban hablando. «Joder, hasta mi puñetero perro la adora. No puede irse».

—Me tomo en serio mi carrera, Tate. Yo no soy multimillonaria. Mis padres no estaban preparados para morir tan jóvenes precisamente. Pagué mis estudios con mi herencia, pero no pude ir más allá de una licenciatura. — Tomó un sorbo del vino blanco que le encantaba, que había encontrado en su bodega.

Tate ya había hecho un pedido de varias cajas del mismo vino.

—¿Es por eso por lo que te uniste al FBI? —le preguntó con voz ronca.

—Sí y no. Quería hacer algo que me apasionara. Obviamente, soy una apasionada del terrorismo. Trabajar para el FBI era una opción razonable.

—¿Qué más te apasionaba?

—Me licencié en Psicología. Hubo un tiempo en que quería ser consejera o psicóloga —admitió, su voz nostálgica.

—Entonces, hazlo. Quédate aquí y termina la universidad. Joder, tal vez incluso puedas arreglarme a mí. —Dios sabía que todo el mundo le decía que estaba loco.

Ella le sonrió.

—No hay nada que querría cambiar. De acuerdo, tal vez lo de cocinar. Pero eres rico. No necesitas cocinar. —Volvió a tomar su tenedor y giró la pasta alrededor del cubierto—. Esperaba trabajar con mujeres maltratadas para sacarlas del ciclo de abuso.

—¿Por qué? —ahora Tate estaba fascinado.

—Te dije que fui a vivir con mi tía cuando murieron mis padres. Mi tío era un maltratador —contestó con voz triste.

—¿Te hizo daño? —Tate apretó el puño alrededor de la cerveza que sostenía.

Lara negó con la cabeza.

—No. Pero hizo daño a mi tía. Le supliqué que lo dejara, pero él siempre volvía y le decía que lo sentía, que nunca lo volvería a hacer. Por desgracia, ella no pudo salir del ciclo. Sólo tuve que quedarme poco más de un año allí para terminar el instituto antes de irme a la universidad, y a mí nunca me tocó. Pero yo quería sacarla. No pude.

El remordimiento y la tristeza en los ojos de Lara hicieron que a Tate le doliera el pecho.

—¿Dónde está ahora?

—Falleció hace unos años, de cáncer.

—Lo siento, cariño. —Estaba totalmente sola en el mundo. Lo único que quería hacer Tate era abrazarla, ser su confidente cuando necesitara a alguien

—. ¿Cómo es tu vida en Washington?

—Principalmente trabajo. —Se encogió de hombros—. Sabes lo que es vivir para tu trabajo. Tengo un apartamento pequeño, mis amigos del departamento. Estoy contenta por ahora. Quiero ahorrar y con el tiempo volver a la universidad. La vida útil de un agente no es tan larga.

Tate sabía que entre el agotamiento y la edad, ser agente de campo podía ser una carrera relativamente corta. Los agentes tenían que estar en condiciones físicas óptimas y era un trabajo exigente.

—Déjalo ahora. Quédate conmigo y vuelve a la universidad. No tendrás que trabajar, Lara.

Ella masticó y tragó antes de que contestar.

—Eso no va a suceder. No voy a vivir a costa de un amigo, aunque sea multimillonario.

—Soy más que tu amigo —murmulló él irritado—. Soy uno de los fundadores de una nueva organización benéfica para ayudar a mujeres maltratadas. Podrías trabajar allí. Haz lo que realmente quieras hacer.

El rostro de Lara mostró su sorpresa.

—¿Te refieres a la nueva que están poniendo en marcha esos hermanos multimillonarios en Florida?

Tate asintió.

—Muchos multimillonarios, y no solo en Florida. Los Hudson y los Harrison son miembros fundadores, y yo también. Mis hermanos se están implicando ahora también. Y Grady Sinclair en Maine.

—Guau. Eso es mucha potencia de fuego.

Tate sonrió con suficiencia, divertido por la forma en que Lara lo medía todo con armas y con las fuerzas del orden.

—Podrías formar parte de ella. La esposa de Kade Harrison fue maltratada y está decidida a hacer todo lo que pueda para ayudar a las mujeres maltratadas a salir de sus situaciones. Estaría encantada de tener a alguien preparado con quien trabajar.

Vio un destello de anhelo en los ojos de Lara antes de que ella negara lentamente con la cabeza.

—Todavía necesito más formación y no estoy lista para dejar mi trabajo ahora mismo. Pero podría aceptar tu oferta en el futuro.

«Joder. Qué testaruda es». Tate no pensaba que el caso fuera que no quisiera dejar su trabajo en el FBI, sino pura independencia obstinada. Lo admiraba y lo odiaba al mismo tiempo.

—¿Cuándo pensabas volver? —Lo carcomía pensar en su marcha siquiera.

—El martes.

Era viernes. «Mierda. Solo me quedan tres días para convencerla de que se quede», pensó Tate. Se levantó para llevar sus platos a la cocina, devanándose los sesos para encontrar cualquier manera de persuadirla de que se quedara con él. Cualquier otra solución era inaceptable.

—Te llevaré volando. Me gustaría ver a Blake. Hablé con él ayer, pero no fue muy comunicativo con la información. Creo que sería mejor hablar con él en persona.

Lara recogió sus propios platos y los llevó a la cocina; asintió en respuesta.

Sinceramente, Tate no pensaba llevarla a ninguna parte excepto a la cama, pero ya lidiaría con la situación del viaje cuando ocurriera, si se presentase. Por el momento, tenía que encontrar la manera de que se quedara con él. «Soy un puñetero Colter y los Colter nunca renunciamos, nunca nos damos por vencidos. Vengo de un linaje obstinado, de hombres que nunca dejaron de intentarlo. Ésa es la razón por la que todos somos tan ricos hoy en día. Todos los ancestros Colter eran tenaces, algunos realmente cascarrabias. Pero nunca había dejado de intentar emprender nuevos negocios, de seguir progresando». Tate no había sobrevivido a años de misiones prácticamente suicidas sólo para perder a la única mujer a la que había deseado en toda su vida. «Eso. No. Va. A. Suceder». Lara estaba a punto de averiguar lo insistente y gruñón que podía llegar a ser.



Capítulo 13

El domingo por la tarde, Lara estaba frente al ventanal de la casa de Tate y lo observó paseando a Shep. Sonrió al ver que sus labios se movían; estaba hablando con el cachorro, probablemente diciéndole al perro lo poco razonable que estaba siendo ella.

Tate había pasado el día entero tratando de venderle las ventajas de quedarse en Colorado. Después de terminar una sesión matutina con Chloe en el gimnasio, Tate la había llevado a esquiar. Al final del día, tenía el trasero amoratado y magullado, pero había sido capaz de permanecer en posición vertical con los esquís por las pistas de principiantes. Había sido divertido, desafiante, y se habían reído mucho, algo que no había hecho demasiado en toda su vida hasta que conoció a Tate.

La había llevado volando a Denver para cenar la noche anterior, agasajándola con vino, rosas y champán. Había sido dulce y seductor, la llevó a casa y directamente a la cama, donde volvió a sacudir su mundo.

Si estaba intentando venderle Colorado y el estilo de vida de los multimillonarios, definitivamente no tenía argumentos. Tate tenía una familia increíble, una casa preciosa, y a ella ya le encantaba Colorado. Era distinto a vivir en Washington, pero en de una manera buena. Era tranquilo, y Rocky Springs era una ciudad pequeña maravillosa.

El problema era que estaba enamorada de Tate Colter.

Suspiró mientras apoyaba la cadera contra la ventana y lo observaba esperando pacientemente a que Shep encontrara un sitio donde hacer pis. No se trataba de que no quisiera quedarse; no podía quedarse. Su corazón ya se

sentía lacerado y dolorido. Estar cerca de Tate todos los días y no dejar escapar exactamente cómo se sentía sería imposible.

Él quería que se quedara, pero eso no significaba que la amara. Tate no parecía listo para amar y ella no podía soportar la agonía de amar a alguien tanto como lo quería a él y que sus emociones no fueran recíprocas.

«No es su culpa no sentirse de la misma manera», pensó Lara. No lo culpaba. Tal vez no estuviera listo o quizás ella no fuera su mujer para siempre. No se arrepentía del tiempo que había pasado con él. La había cambiado de alguna manera, había hecho que se sintiera como una mujer. Ahora que le había abierto un mundo nuevo, no podía volver. Y no podía ignorar el hecho de que su corazón estaba abierto de par en par para él y que él no lo quería.

Quedarse sólo sería una tirita para su herida abierta. Quizás hiciera que se sintiera mejor durante un tiempo, pero al final ella acabaría devastada. Tendría que arrancarse la tirita y dejar que su corazón se curase, si eso era posible. De alguna manera, Lara no pensaba que fuera a superar a Tate Colter muy pronto. Nunca había conocido a un hombre como él, y conocía a muchos hombres. Él era... único.

Dio la espalda a la ventana con los ojos inundados de lágrimas. Mientras se sentaba a la mesa, se las secó furiosa. Lo último que necesitaba era que Tate la viera llorar. Él ya tenía bastante con lo que lidiar en su familia en ese momento. No necesitaba una mujer patética y llorosa que lo amaba tanto que apenas podía respirar cuando pensaba en dejarlo.

La noche anterior, durante la cena, Lara le había preguntado a Tate si quería hablar de Marcus. Ella sabía que estaba destrozado por dentro, pero él no quiso hablar de ello. Dijo que era demasiado pronto y que tenía que poner en orden sus sentimientos. Estaba en fase de negación, pero Lara sabía que la traición de Marcus caería sobre él tarde o temprano. Quería ayudarlo, pero no quería presionarlo si él no estaba preparado para hablar.

«Quizás me llame cuando esté listo para hablar», pensó.

Una cosa era segura: ella le hablaría al respecto, aunque escuchar su voz desde tan lejos casi la matara. Tate necesitaría que alguien lo escuchara cuando finalmente aceptara lo que había hecho Marcus.

Tate entró en casa justo en ese momento, dejó sus botas en el porche y soltó la correa de Shep. Se quitó el abrigo y el gorro; llevaba el cabello con ese estilo puntiagudo que hacía que quisiera lanzarse a sus brazos. De acuerdo, siempre quería lanzarse a sus brazos, pero aquello hacía que el impulso fuera

aún más fuerte. Aquel día tenía un aspecto especialmente atractivo con unos pantalones descoloridos y un jersey de pescador de color tostado.

Shep se acercó a ella dando brincos, se contoneó a sus pies e intentó trepar por la pernera de sus pantalones. Ella lo recogió con una risa feliz y lo acurrucó contra el algodón de su jersey de cuello alto de manga larga.

—¿Por qué siempre vienes a mí cuando tienes frío? —Lara se estremeció cuando el cuerpo diminuto y frío del perro se acurrucó contra ella.

—Porque eres muy caliente. Él sabe cómo calentarse. Perro listo —dijo Tate con una sonrisa pícaro.

Ella puso los ojos en blanco mirando a Tate, pero en secreto le encantaba que insinuara que era atractiva. Un hombre que realmente la trataba a ella como si fuera una mujer deseable seguía siendo una novedad para ella, y lo disfrutaba como si fuera chocolate.

Lara echó un vistazo al trasero perfecto y apretado de Tate mientras él caminaba hacia la cocina para ponerle la comida a Shep. El perro saltó del regazo de Lara en el momento en que Tate llenó el cuenco del cachorro.

—Abandonada por comida —gruñó de buena gana.

Tate la miró desde el otro lado de la habitación, con la mirada ardiente.

—Supongo que no siempre es inteligente. Yo dejaría de comer comida para que tú me acariciaras en un santiamén.

Ella le devolvió una sonrisa tonta.

—Me siento honrada.

Lara se sobresaltó cuando llamaron al timbre.

—Yo abro. Probablemente sean tu madre y Chloe —dijo Lara mientras se levantaba de un salto, siempre encantada de ver a Aileen y Chloe. No esperaba verlas aquel día porque ella y Tate las habían visitado la víspera en el resort por la mañana cuando ella y Chloe terminaron en el gimnasio.

Abrió la puerta con una sonrisa, una expresión de felicidad que se volvió confusión cuando vio un rostro completamente distinto de los que esperaba.

—¿Blake? Pensaba que seguías en Washington.

La expresión en el rostro del hermano de Tate era sombría y aquel día le faltaba su sombrero de vaquero. Iba ataviado con un traje oscuro a medida y un abrigo de lana oscuro.

—¿Puedo entrar? —preguntó educadamente.

Lara abrió la puerta y dejó que entrara.

—¿Qué cojones haces aquí, Marcus? —se oyó la voz enfadada de Tate desde detrás de Lara.

«¿Marcus? ¿Este es Marcus?», pensó ella.

—¿Estás seguro? —le preguntó bruscamente mientras se alejaba un paso del hombre que acababa de entrar y sacaba la pistola de la funda que llevaba a la espalda. Estaba segura de que Tate tenía razón. Parecía imposible, pero reconocía a sus hermanos.

—Sí, estoy seguro —respondió Tate furioso.

Lara se alejó lo suficiente de Marcus como para que no pudiera quitarle el arma y lo apuntó con ella.

—Será mejor que te expliques muy rápido antes de que te dispare. —«¿Cómo demonios ha escapado de prisión y llegado hasta aquí, a Colorado? ¿Y por qué va vestido como si fuera a la oficina?», pensó.

Marcus frunció el ceño.

—Baja la pistola. He venido a hablar. Necesito hablar con Tate.

—¿Hablar? Da un paso hacia él y te mato. ¿Cómo has salido de la cárcel? —repitió apuntándolo firmemente.

—Me han puesto en libertad legalmente —respondió Marcus con calma.

—Y una mierda —explotó Tate mientras se acercaba a Marcus de una zancada y lo agarraba por el cuello del abrigo—. No liberan a terroristas de prisión. Prueba otra vez.

—Tate, estás bloqueándome. Aparta —exigió Lara, nerviosa porque Tate estaba en su punto de mira.

Marcus se zafó del agarre de Tate.

—Escúchame. No soy terrorista. Trabajo para la CIA —explicó. Abrió una funda de cuero y sostuvo una identificación en alto.

Tate se la arrancó de la mano y la escudriñó minuciosamente.

—Parece legal —le dijo a Lara con voz ronca.

Ella se adelantó y se la quitó de la mano, reconociendo la identificación. Si era falsa, tenía un falsificador condenadamente bueno. ¿Y para qué?

Marcus les enseñó el teléfono que tenía en la otra mano.

—El número de la CIA está en mi móvil. Llamad al director. Comprobad el número y llamad a través del número de la central, después preguntad por él. Está esperando vuestra llamada.

Lara arrojó su identificación sobre la mesa, pero no apartó la mirada de Marcus mientras Tate hacía exactamente lo que Marcus había ordenado. Comprobó el número en su ordenador portátil antes de llamar. Lara oyó hablar a Tate, pero tenía la atención puesta en su hermano.

Aquel día se veía diferente, su mirada estaba mucho de no tener emociones. Marcus parecía cansado y sus ojos grises de Colter brillaban de tristeza y remordimiento.

«Dios mío... ¿de verdad es posible que Marcus esté diciendo la verdad? Por favor. Por favor. Que sea verdad. Significaría tanto para Tate que Marcus fuera realmente uno de los buenos. Pero si lo es, ¿qué demonios estaba haciendo con todos esos explosivos?».

Tate terminó la conversación, apagó el teléfono móvil y se lo devolvió a Marcus.

—Guarda la pistola, Lara —le dijo Tate llanamente—. Está diciendo la verdad.

«¿Qué demonios...?», pensó Lara. Enfundó la pistola, aún confundida.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Marcus inclinó la cabeza hacia ella.

—Gracias por no dispararme.

—Dale las gracias a Tate. Yo quería dispararte —farfulló enojada. Después del infierno que le había hecho pasar a Tate, había querido hacer daño a Marcus. Mucho.

Marcus rio entre dientes.

—Estoy seguro de que eso querías. Y probablemente aún quieres. —Miró a Tate—. Desde luego, te has buscado una mujer leal.

—Es jodidamente increíble —corrigió Tate—. ¿Vas a decirme qué demonios está pasando? ¿Lo saben los demás? —Hizo un gesto hacia la mesa.

Todos se sentaron, y a Lara le pareció surrealista que en realidad estuviera mirando al otro lado de la mesa a un hombre de quién había pensado que era terrorista hacía poco tiempo.

Marcus empezó a hablar.

—Blake lo sabe desde que vino a Washington y pude hablar con él en persona. Me reuní con Zane en Denver antes de llegar aquí, y acabo de llegar de una larga discusión con Chloe y con Mamá.

—Así que soy el último en enterarme —gruñó Tate.

—Sabía que sería más difícil contártelo a ti —dijo Marcus con sobriedad—. Hice que resultaras herido, Tate. Y Lara también fue humillada y herida. Lo siento.

—Forma parte de mi trabajo —contestó Lara en voz baja—. ¿Puedes explicar cómo es posible que el FBI no supiera nada de ti?

Marcus asintió con la cabeza.

—No lo sabía mucha gente, y no me sorprende que pusieran a un equipo antiterrorista del FBI en este caso. Me lo esperaba. Mi rastro no era precisamente discreto y no pretendía serlo. Pero era altamente confidencial y no queríamos que se filtrara información. La persona con menor rango de la CIA que lo sabía era el subdirector del NCS, y el director del FBI fue informado, pero no se le permitió compartir la información.

—¿Cuál era tu misión? —preguntó Tate con brusquedad.

Marcus hizo una mueca.

—En realidad fue algo en lo que me vi envuelto involuntariamente. Este grupo era bastante sofisticado, y tenían dinero. Se hacían pasar por empresarios legítimos y respetados. Escuché un intercambio que estoy seguro de que se suponía que yo no debía entender. Estaba discutiéndose en árabe en un evento de negocios.

—Hablas muchos idiomas —musitó Lara.

Marcus se encogió de hombros.

—Trato con muchos países y tengo un don para aprender idiomas.

—Entonces, ¿qué? —preguntó Tate.

—Me dirigí a la CIA con la información.

—¿Cuánto tiempo has estado ayudando a la CIA?

—Un tiempo —admitió Marcus a regañadientes—. Viajo y recojo información limitada para ayudarles. He ayudado con la recopilación de información para ellos en el pasado, pero nada a la misma escala que esta operación en particular. Me preguntaron si podía acercarme a estos hombres, intentar infiltrarme en el grupo de alguna manera. No fue fácil. Soy estadounidense y no confiaban en mí. Tardé dos años hasta que por fin los convencí de que lo único que quería era dinero y de que no me importaba su causa. No querían que me importara. Solo necesitaban una tapadera estadounidense para comprar los explosivos, de modo que no despertara tantas sospechas. Puesto que somos una familia prominente, decidieron arriesgarse. El plan era reunir todos los explosivos y después hacer el trato final. Me pagarían y ellos se llevarían sus explosivos por aire. Lo que interrumpiste fue la comprobación del último cargamento antes de que hiciéramos nuestra transacción. Se suponía que aquel día no debía ocurrir nada. El director estaba planeando reunir a un equipo especial, FBI incluido, para la detención final. Yo quería asegurarme de que mi familia se hubiera ido lejos de la zona antes de que ocurriera algo. Marcus hizo una pausa momentánea antes de proseguir:

—No debería haber usado la pista de aterrizaje ni Rocky Springs.

—No tenías mucha opción. Es un aeropuerto privado. ¿Dónde más podrías haber arreglado esto? —dijo Lara en voz baja, a sabiendas que tenía el cebo perfecto para los terroristas porque tenía un aeropuerto privado y los Colter eran una familia muy respetada.

—Puso en peligro a mi familia —replicó Marcus con desaliento.

—Normalmente, no lo habría hecho —dijo Tate sinceramente—. La pista de aterrizaje está a una distancia segura de nuestras casas y del complejo. Que Lara y yo estuviéramos allí fue por casualidad. Quería demostrarle que no estabas involucrado para que dejara de intentar atraer tu atención.

Marcus sonrió y miró a Lara.

—Oh, habría atraído mi atención. Pero probablemente habría adivinado que ella era agente federal.

—No lo habrías sabido nunca —dijo Lara a la defensiva—. Soy condenadamente buena en mi trabajo.

La sonrisa de Marcus se ensanchó.

—Y yo tengo muy buenos contactos —replicó Marcus antes de mirar a Tate—. ¿La distinguiste como federal?

—Sí, pero solo porque comprobé su información personal. En realidad no sospechaba que fuera del FBI. Solo sabía que no era la huésped promedio del resort.

—Durante los dos últimos años he comprobado a todos los que siquiera hablaron conmigo. No tenía dudas de que el FBI estaba investigando, pero no estábamos listos para formar un equipo. Primero necesitábamos las pruebas —explicó Marcus.

—¿Por qué dejaste que el equipo te arrestara? —preguntó Lara con curiosidad.

—No todos los terroristas estaban allí. Teníamos que reunir al resto del grupo. Habrían escapado de inmediato si supieran que yo estaba implicado con la CIA. Tuve que esperar hasta que el resto del grupo estuviera bajo custodia, y teníamos que tenderles una trampa. Si me hubiera expuesto entonces, eso me habría dificultado ayudar a atraer al resto del grupo a una zona de detención —le informó Marcus—. Me alegró muchísimo que tuvieras refuerzos, agente Bailey. Fui al almacén para intentar enviar un mensaje de emergencia al director mientras los terroristas estaban ocupados comprobando la mercancía, pero no iban a llegar a tiempo. Yo ya estaba intentando pensar en un plan alternativo.

—No les dijiste que yo era tu hermano —observó Tate—. No entiendo árabe tan bien como tú, pero sonaba como si estuvieras diciéndoles que éramos policías.

Marcus asintió con la cabeza.

No quería que supieran que estábamos emparentados por nada del mundo. Están paranoicos y locos. Era mejor dejar que pensarán que habíamos sido descubiertos por las autoridades locales y que necesitábamos actuar más rápido. Iba a intentar conseguir que proporcionaran el dinero para que pudieran empezar a transportar los bienes mientras yo os retenía a vosotros dos para darles tiempo para escapar. Eso nos habría dado un poco de tiempo, pero no estoy seguro de que hubieran aceptado, y no sabía lo rápido que se enviaría a las fuerzas del orden. Créeme... Estaba encantado de que el FBI me arrestara con todos los demás. Me alegraba de que estuvieran bajo custodia, y la agente Bailey tuvo la previsión de traer refuerzos. Estaba preocupado de que te me desangraras hasta la muerte.

—Por favor, llámame Lara. Y yo no confiaba en ti como lo hizo Tate.

—Me alegro. —Marcus le lanzó una mirada agradecida a Lara.

—Aún no se ha filtrado nada a los medios de comunicación —observó Tate.

Marcus sacudió la cabeza.

—Con un poco de suerte, no lo hará. Lo mantuvimos bajo control. Los únicos civiles que lo saben son Gabe y mi familia, y ahora Gabe sabe la verdad. Dice que no se lo dirá a nadie, y yo le creo. El hospital no tenía ni idea de lo que te pasó, Tate. Denunciaron la puñalada, pero la denuncia fue a la Policía, y no van a hablar. La verdad es que yo preferiría que esto no se convierta en un cotilleo y que la menor cantidad posible de gente sepa que trabajo con la CIA.

—Eso tiene sentido si alguna vez quieres volver a servir como agente —convino Lara.

—No puedo creer que mi hermano sea un puñetero espía —gruñó Tate—. Dios, es probable que te maten jugando a James Bond.

Marcus le dirigió una mirada reprobatoria a Tate.

—Mira quién habla. Lo que hago yo es mucho más seguro que cualquiera de tus misiones pasadas. —Marcus se volvió hacia Lara—. ¿Y cuál era tu objetivo aquí en el resort?

—Acercarme a ti y seducirte para que hablaras. Lo único que sabíamos era que estabas comprando y transportando por aire grandes cantidades de

explosivos. Era un trabajo de investigación.

—Qué bien —dijo Marcus, tan suave como la seda. Sus ojos la miraron despreocupadamente—. ¿Cuánta seducción habría implicado exactamente? —preguntó.

—Nada —gruñó Tate—. Está vedada.

Marcus sonrió.

—Ya no. Estamos del mismo lado.

—Me arrepentí de veras de darte un puñetazo en la cara. No me obligues a hacerlo otra vez —le advirtió Tate con voz amenazante.

—¿Te sientes un poco posesivo, hermanito? —Marcus sonaba divertido.

—Sí —afirmó Tate.

—¿Y tú cómo lo llevas, Lara? —preguntó Marcus.

«Es *sexy*. Tan increíblemente *sexy* que quiero derribar a Tate y joderlo hasta quedarme sin aliento».

—Puedo manejarlo —le dijo Lara a Marcus con una sonrisa.

—De alguna manera, estoy seguro de que puedes —dijo Marcus mientras se levantaba—. Tengo que encargarme de algunos detalles, pero seguiremos hablando más tarde. Sólo quería que ambos supierais que lo siento. No tenéis ni idea de lo difícil que fue no revelar quién era. Pero creo que probablemente habría conseguido que nos mataran a todos. Estaba aterrorizado de que Tate fuera a morir desangrado. De todos modos, estuve a punto de descubrir mi tapadera.

Lara estaba bastante segura de que Marcus tenía razón. teniendo en cuenta que estaba preocupado por su hermano pequeño, había manejado bien las cosas. Aunque ella no hubiera visto las intenciones tras el disfraz de Marcus, ahora veía su preocupación y pesar.

Ella y Tate se levantaron para acompañar a Marcus a la puerta. Por instinto, Lara agarró el brazo de Marcus. Éste se volvió hacia ella interrogativamente.

—Tate siempre creyó en ti. Incluso cuando le mostré pruebas concluyentes, se rió en mi cara. Nunca creyó que fueras culpable —le dijo a Marcus con urgencia, deseando asegurarse de que ninguno de los hermanos terminara resentido.

—Lo sé. —Marcus le dio una palmadita en la mano—. Lo siento hermanito —le dijo sinceramente a Tate.

Lara retiró la mano del brazo de Marcus y vio como dos pares de ojos grises Colter cruzaban una mirada de comprensión. Marcus se estiró y dio un abrazo de oso a Tate. Éste envolvió el cuerpo de Marcus con los puños

apretados; los dos se golpearon el uno al otro en la espalda. Ambos eran aproximadamente del mismo tamaño y Lara se preguntó si se harían daño el uno al otro en su viril demostración de afecto.

—Estoy muy contento de que estés a salvo, joder —le dijo Tate cuando los dos hombres se separaron, ambos golpeándose la espalda todavía.

—Me alegro de que los dos estéis bien. —Marcus miró de hito en hito a Tate y a Lara.

Ella se adelantó y dio un abrazo a Marcus.

—Gracias.

Esa palabra cubría tantas cosas:

«Gracias por ser inocente para que Tate no sufra más. Gracias por ser un hombre rico y lo bastante bueno como para ayudar a detener a terroristas. Gracias por preocuparte por una humilde agente del FBI que solo estaba haciendo su trabajo. Gracias por querer a tu hermano pequeño porque yo también lo quiero».

Marcus no dudó en devolverle el abrazo antes de soltarla. Lara tomó su identificación, que había dejado sobre la mesa, y se la devolvió.

Con la mano aún en la puerta, Marcus se volvió hacia ella con una sonrisa maliciosa que de repente le recordó mucho a Tate.

—Sabes, quizás habría dejado que me sedujeras. Pero no habría hablado nunca —dijo, coqueto, inclinándose hacia ella para que Tate no pudiera oírlo.

Ella puso los ojos en blanco ante sus palabras arrogantes y le susurró al oído:

—Habrías cantado como un pajarito, Colter.

Marcus se echó a reír mientras salía y cerró la puerta tras de sí.

—¿Estaba flirteando contigo? —preguntó Tate con brusquedad mientras miraba fijamente la puerta cerrada con el ceño fruncido.

—Estaba siendo un listillo —admitió Lara—. Parece que es algo en lo que destacáis todos los hermanos Colter.

—Mi hermano no es un terrorista —dijo Tate en voz baja.

—Lo sé. —Lara alzó la mano para acariciarle la mandíbula, que pinchaba por la barba creciente.

—¡Mi hermano no es un terrorista! —gritó de alegría mientras la levantaba por la cintura y la hacía girar hasta llegar al salón.

El corazón de Lara se elevó ante la alegría de la voz de Tate. Lágrimas de felicidad le corrían por el rostro.

—Lo sé.

—Es un puñetero agente de la CIA. Marcus es espía. —Tate se derrumbó en el sofá, tirando de ella con él, y se echó a reír. Extendió la mano y abrazó a Lara contra él. Se le quebró la voz de emoción mientras decía con énfasis:

—¡Gracias a Dios!

Lara le devolvió el abrazo, meciéndolo contra su cuerpo, compartiendo su alegría con el rostro aún bañado en lágrimas: lágrimas de alivio por Tate y por toda la familia Colter. Estarían enteros de nuevo, intactos porque Marcus era todo lo que Tate siempre había dicho que era.

Tate la abrazó durante más de una hora; ninguno de los dos habló demasiado de nada.

Agotadas las emociones, se quedaron dormidos en brazos del otro. Tate se despertó unas horas más tarde y la llevó al dormitorio con él con delicadeza.



Capítulo 14

A Lara se le encogió el corazón en el pecho mientras hacía la maleta a la mañana siguiente. El pronóstico del tiempo no era bueno para el martes, así que ella saldría más tarde aquella noche antes de que llegara la tormenta. Su jefe había reservado un vuelo desde Denver y ella tomaría ese vuelo. Sería mucho más fácil que intentar decir adiós a Tate en Washington.

«Un día menos. ¿Importa?»

En aquel preciso momento, parecía que importaba mucho. Ella quería ese día extra, le amargaba tener que renunciar antes que al día siguiente.

—¿Qué estás haciendo? —Tate sonaba confundido cuando entró en la habitación.

—Se acerca una tormenta. Voy a tener que irme esta noche. El departamento me ha hecho una reserva en un vuelo comercial. Tengo que ir en ese vuelo. — No podía mirarlo. Si lo hacía, perdería los papeles.

—No puedes irte hoy. Se suponía que teníamos hasta mañana. —La voz de Tate sonaba desesperada.

—No tengo elección. —Lara dobló unos pantalones y los dejó caer en su maleta.

«Por favor, no dejes que me toque. Si lo hace, me rendiré. Probablemente le suplique, le ruegue y le pregunte si puedo quedarme con él, aunque no sea para siempre. No puedo hacer eso. No puedo renunciar a la carrera en la que he trabajado tan duro por alargar una aventura».

—Bien. Te llevaré a Denver —dijo él con aspereza.

Ella asintió, sin motivos para objetar. Tendría que llegar allí de alguna manera.

—Me gustaría parar a despedirme de tu madre y de Chloe.

Tate se acercó desde detrás de ella, con voz suplicante:

—Lara, por favor quédate.

—No puedo —respondió ella con firmeza. Las lágrimas le nublaban la vista.

Él movió las manos y dio un paso atrás.

—Supongo que no puedo hacer que me quieras.

«No digas nada. No le digas lo desesperadamente que lo quieres, lo sola que estarás sin él. Eso sólo prolongará lo inevitable y dolerá todavía más».

Ella se mordió el labio. Fuerte. Finalmente, él salió de la habitación y la dejó sola.

Lara dejó caer las lágrimas, lamentando la pérdida de Tate antes incluso de dejarlo.



Tate sacó fuera a Shep, su ira y desesperación batallando entre sí. ¿Qué podía hacer? No podía obligarla a quedarse. Ella quería conservar su trabajo. Tate la quería. Estaban en un callejón sin salida y no había nada que él pudiera hacer para que las cosas salieran de otra manera. A decir verdad, no la quería así. La quería dispuesta. Quería un compromiso, algo que la uniera a él para siempre. «No me preguntó si quiero ir a vivir a Washington. Ni siquiera me lo preguntó», se lamentó Tate. Por Lara, lo haría en un santiamén. No le importaba dónde viviera siempre y cuando estuviera con ella. «No me lo preguntó. Para ella, la relación es imposible. Sólo tengo que admitir que ella no lo siente tanto como yo», se repitió. La víspera, Tate había estado exultante porque se había enterado de que Marcus no era un criminal. Aquel día, se sentía derrotado. «Los Colter no renuncian. Joder, yo no renunciaría si tuviera otra opción». Le vibró el móvil en el bolsillo. Respondió porque era uno de sus más viejos amigos, Travis Harrison.

—Sí.

—¿Tate? —La voz de Travis era solemne.

—Soy yo.

—Vas a pensar que estoy loco, pero ¿conoces a una Lara?

Tate se puso alerta al instante.

—Sí. La conozco. Estoy loco por ella.

Tate explicó rápidamente que Lara estaba allí, preparándose para volar de regreso a Washington. En pocas palabras, habló de su relación relámpago.

—Estoy enamorado de ella —le admitió a Travis—. Dejar que se marche está matándome, Trav.

—No la dejes ir —dijo Travis con urgencia—. Tate, he tenido un sueño. No he tenido uno tan vívido desde hace mucho tiempo. Pero soñé que estabas llorando su muerte en un accidente de avión. Vaya donde vaya, no la dejes ir en su vuelo.

«¡Joder!», pensó. Tate había aprendido a tomarse en serio los sueños premonitorios de Travis. Uno de sus sueños había salvado la vida de Tate y, otro, la vida de la esposa de Travis, Ally.

—¿Cuándo ocurrirá? —preguntó Tate con inquietud.

—No lo sé, pero nunca sueño nada tan vívido si no va a suceder pronto. Si va a volar, no dejes que se marche. Sé que piensas que estoy loco...

—No —interrumpió Tate—. Sé que lo que experimentas es real. Nos salvó la vida a mí y a Ally.

—Entonces no dejes que Lara tome ningún vuelo. No si es comercial y próximamente —advirtió Travis en tono sombrío—. Si la amas, mantenla allí, aunque no me crea.

Era posible que Lara no creyera en los sueños de Travis, pero Tate sí creía en ellos. Había visto varias veces la prueba de los extraños fenómenos. En otro tiempo, no lo creyó. Pero ahora sí.

—Pensaré en algo. Es agente del FBI, así que no estoy seguro de que vaya a creer que le digo la verdad.

—¿Estás enamorado de una agente del FBI? —preguntó Travis—. ¿Por qué no me sorprende? ¿Puede darte una paliza?

—No —negó Tate—. Pero puede oponer bastante resistencia.

—Bien por ella. Parece que es tu tipo de mujer.

—Lo es —convino Tate—. Nunca me había sentido así antes, Trav. ¿Cómo vives sintiendo lo que sientes por Ally?

—Es un infierno, amigo. Pero lo superarás. Si tú la amas y ella te ama a ti, es la sensación más increíble del mundo.

Tate sacudió la cabeza aunque Travis no podía verlo.

—No me quiere.

—Entonces haz que cambie de opinión —respondió Travis bruscamente—. Si alguien puede ganar a una mujer por agotamiento, eres tú. No te rindas. Y

prueba a decirle que la amas. Estás dispuesto a arriesgarte con todo lo demás, incluida tu propia vida. Arriégate con ella.

Tate quería hacerlo, pero le aterrorizaba que pudiera arrancarle el corazón.

—Ella no me ha dicho que me ama. —Y estaba casi seguro de que no lo amaba si estaba dispuesta a alejarse de su relación sin más.

—¿Tú se lo has dicho? —inquirió Travis sin rodeos.

—No.

—Entonces, ¿cómo sabes lo que siente ella? Habla con ella —sugirió Travis—. Y mantenla contigo por ahora.

—Eso planeo hacer —respondió Tate con voz ronca, pensando en el horror de perder a Lara por completo. Nunca lo superaría.

—Te llamaré más tarde para ver cómo van las cosas —le dijo Travis con voz preocupada.

—Gracias, Trav. En serio. Agradezco la advertencia. —Tate sabía que Travis no hablaba con nadie sobre su extraño don. Pero habían sido amigos durante mucho tiempo, así que se había arriesgado.

—Mantente a salvo —murmuró Travis.

—Tú también. —Tate colgó el teléfono. Le daba vueltas la cabeza mientras volvía a meterse el teléfono en el bolsillo.

Lara nunca le creería si le decía que tenía un amigo psíquico. Tomaría ese avión de todas maneras y moriría. Lo sintió en el estómago, igual que sabía que Ally estaría muerta si Travis no la hubiese alejado durante el periodo de su posible desaparición.

—Vamos chico. Tengo que planear algo. —Tiró de la correa de Shep y lo urgió de nuevo a casa en cuanto el perrito regó el lindero del bosque.

Pensaba mientras caminaba de vuelta a casa y finalmente sacó su teléfono del bolsillo al llegar al porche. Tate tenía un plan, pero era un poco drástico. Lara se enfadaría, pero era preferible a que estuviera muerta.

Hizo las llamadas.



Lara había llorado cuando abrazó a Shep por última vez. También había llorado cuando se despidió de Aileen y Chloe. Vaya si no se había sentido como un puñetero cubo con fugas durante todo el día.

Suspiró mientras se acomodaba en el asiento del pasajero del helicóptero, mirando hacia la sección clausurada del aeropuerto. Obviamente, la

investigación aún no había terminado y la zona seguía cerrada. «Si no fuera por la investigación, Tate y yo nunca nos habríamos conocido», pensó. Por más que lo intentara, Lara no podía arrepentirse de haber conocido a Tate ni de haber estado con él durante aquel tiempo robado. Le había abierto los ojos a tantas cosas, a saber, a su propia sexualidad. El problema era que no tenía ninguna gana de explorar ese deseo recién descubierto con nadie excepto con él.

Tate había estado callado casi todo el día, diciéndole que tenía que salir y cuidar de algunas cosas. Le había dolido no quisiera pasar con ella sus últimas horas en Colorado, pero probablemente era mejor así.

Volarían a Denver, ella diría un adiós apresurado sin dejar que viera sus lágrimas hasta estar muy lejos de él.

Despegaron rápidamente. Lara se sentía como si su estómago se hubiera quedado en el suelo mientras el resto de su cuerpo seguía en el helicóptero. Miró los enormes pinos y los espacios abiertos sin gente. Podía ver el rancho de Blake a lo lejos, que se extendía en casi todas direcciones hasta donde podía ver. La única cosa junto al terreno de Blake era la casa de Gabe y su granja de caballos.

Lara permaneció callada durante el trayecto, mirando el paisaje de Colorado durante un largo tiempo, nerviosa, intentando mantenerse ocupada. Finalmente, miró su posición y hacia dónde se dirigía el helicóptero.

Y no era a Denver.

—¿Dónde vamos? —chilló ella al darse cuenta de que Tate estaba aterrizando.

—Quiero enseñarte algo —respondió él con voz áspera.

—No tengo mucho tiempo para tomar el vuelo. —Necesitaba llegar pronto y ya se había entretenido un rato con la madre de Tate y con Chloe.

—Eso no será un problema —respondió Tate con indiferencia.

—Por supuesto que es un problema. El vuelo va en hora de momento. Despego en menos de dos horas. Tenemos que ir al aeropuerto ahora. —Estaba ansiosa cuando Tate hizo descender el helicóptero en un pinar. No es que le preocupara que aterrizara a salvo, sino que estaba preocupada por la zona donde había aterrizado. No estaban ni remotamente cerca del aeropuerto.

—No es un problema —repitió Tate.

—¿Por qué?

—Porque no voy a llevarte al aeropuerto —le dijo al oído con voz ronca.

Lara miró sus alrededores frenéticamente, sin ver nada más que montañas y árboles al aterrizar.

Se quitó los auriculares cuando Tate apagó el motor.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Se quitó los auriculares y la miró directamente a los ojos. Los suyos, de un color gris oscuro, eran increíblemente intensos cuando le informó:

—Estoy deteniéndote temporalmente.

Lara se detuvo y lo miró boquiabierta antes de que él saltara del helicóptero sin dar más explicaciones.

«¿Qué demonios está haciendo?», se repitió mentalmente.

Abrió la puerta, se volvió en el asiento, miró a su alrededor y no vio absolutamente nada más que espesura. La pista de aterrizaje había sido despejada, pero todo lo demás estaba enterrado bajo la nieve.

Tate apareció, la levantó del asiento y cerró la puerta tras ella después de bajarla al suelo.

Por suerte, Lara llevaba botas, enterradas bajo la nieve hasta las rodillas.

—Tate, tenemos que irnos. Mi vuelo...

—Se irá sin ti —Tate terminó su frase—. Va a ocurrir algo en ese vuelo. Algo malo. Estarás lo más lejos posible.

Ella caminó arduamente a través de la nieve junto a Tate, que iba tirando de ella.

—¿Sabes algo? Tenemos que advertírselo a alguien si hay algo planeado...

—No es eso... —gruñó Tate—. Tengo un amigo que tiene sueños premonitorios. Me vio llorando tu muerte en un accidente aéreo. Ése es un sueño que no quiero ver cumplido en la vida real. No voy a arriesgarme.

Lara vio la parte trasera de una cabaña más adelante.

—¿Tu amigo tiene sueños premonitorios?

—Sé que suena a locura, pero Travis lo sabe. Me salvó la vida una vez y le salvó la vida a su propia esposa.

Lara no creía que estuviera loco y no podía negar que la premonición en los sueños era posible, pero...

—Los sueños premonitorios son bastante impredecibles —le dijo cuando llegaron al porche trasero de la cabaña—. No creo que estés loco, pero no puedo dejar mi vida porque alguien que no conozco predijera mi muerte. Podría ser dentro de muchos años, en el futuro, o puede que nunca suceda. —Lara no conocía a su amigo, pero podría estar delirando.

—Yo lo conozco y no dista en el futuro. Ahora sólo tiene sueños raramente, y solo sobre gente cercana o de la familia. Travis y yo somos amigos desde hace años. —Tate abrió el cerrojo con una llave que oculta bajo el felpudo y empujó la puerta.

—¿Así que el secuestro era la única respuesta? —Puso los brazos en jarras después de entrar por la puerta.

—¿Habías esperado a otro vuelo más tarde?

—No —respondió ella sinceramente.

—Entonces sí... desviarte era la única opción.

—¿Durante cuánto tiempo exactamente? —Ahora estaba enfadada. Quizás Tate pensara que estaba haciendo lo correcto, pero ella no conocía a su amigo y arriesgarse o no debería haber sido elección suya. Había muy pocos casos documentados sobre sueños premonitorios auténticos, y no eran predecibles en absoluto. Lara no descartaba que la premonición onírica pudiera producirse. El poder de la mente humana era un misterio, razón por la cual siempre le había fascinado la psicología. Pero nunca viviría su vida basándose en la posibilidad de que pudiera morir algún día en el futuro en un accidente de avión. Bien podría ser una especie de coincidencia o simplemente un sueño normal.

Ambos se quitaron la ropa de abrigo. La cabaña ya estaba caldeada.

—Tanto tiempo como haga falta —respondió Tate bruscamente mientras entraba en la cabaña.

Lara lo siguió y echó un vistazo al pequeño escondite. La cabaña era una habitación enorme construida con troncos y con enormes vigas de madera en el techo alto. Había una cocina pequeña al otro lado de la sala, una estufa junto a ella que parecía despedir mucho calor y muebles rústicos encantadores. A lo largo de una de las paredes había una cama grande con un edredón de parches de aspecto cómodo; el armazón de madera tallada era enorme. Parecía que probablemente había sido tallado a mano.

—Tate, eso ni siquiera es razonable. Con toda probabilidad, no ocurra nada. La gente piensa que tiene sueños premonitorios todo el tiempo, y solo son coincidencias. —Intentó usar la razón porque Tate era el hombre más lógico que había conocido en toda su vida. Era difícil aferrarse a su enfado cuando obviamente estaba preocupado por ella. Lo veía en su mirada.

—¿Crees que no lo sé? Pero no puedo arriesgarme. Travis ha acertado demasiadas veces —gruñó.

—¿Y si no pasa nada?

—Solo quiero quedarme aquí un tiempo —admitió Tate.

—¿Cuánto tiempo?

—Hasta que consiga que me ames —respondió en tono gutural. Sus ojos la miraron intensamente.

A Lara se le encogió el corazón, que latía acelerado; se le hizo un nudo en la garganta. Tragó saliva y preguntó atragantándose:

—¿Por qué?

—Quiero que me ames tanto como yo te amo a ti. —Anduvo de un lado a otro por el enorme cuarto, rodeando las sillas de la zona del salón mientras caminaba inquieto por la cabaña—. Sinceramente, dudo que sea posible porque te amo tanto que ya no puedo pensar de manera racional. Eres mi obsesión. Todos mis pensamientos están centrados en ti casi desde el día en que nos conocimos. Tengo miedo de que te hagas daño, de que te pase algo, y me aterroriza muchísimo perder la cordura cuando te vayas.

Lara se atragantó con un sollozo mientras vía a Tate moviéndose como un león enjaulado. Su agitación y vulnerabilidad la destrozaron.

«Me ama».

No solo la amaba, sino que la amaba tanto como ella lo amaba a él. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas mientras observaba su cuerpo fornido, ahora únicamente ataviado con unos pantalones y un suéter verde bosque, moviéndose sin cesar. Su expresión era sombría y se mesó el pelo de punta con una mano agitada.

Finalmente, se detuvo frente a ella.

—Dime qué tengo que hacer y lo haré —gruñó con las fosas nasales dilatadas. Sus ojos ardientes era un torbellino de emociones, todas ellas poderosas e intensas—. Sin límites.

Lara sintió que se le endurecían los pezones y que el sexo se le contraía con fuerza. El desenfreno de Tate la excitaba hasta lo insoportable; su vulnerabilidad le rompió el corazón.

—No tienes que hacer nada —confesó ella.

—¿No hay esperanza para mí? —preguntó él en tono cortante. Sus ojos lanzaron chispas y luego se transformaron en tristeza plateada.

A Lara le dio un vuelco el corazón.

—Tampoco hay esperanza para mí —susurró con voz ronca—. Creo que me enamoré de ti desde el momento en que me guardaste esos gofres en el bufé —le dijo suavemente—. Y he seguido enamorándome hasta saber que no puedo escapar.

Por suerte, ahora que sabía que la amaba, no quería escapar. Sólo quería abandonarse a Tate.

—¿Me amas? —preguntó él, incrédulo.

—Tanto que duele —contestó ella con un sollozo mientras se secaba las lágrimas con la mano.

Tate envolvió su cuerpo con sus brazos musculosos, abrazándola tan fuerte que Lara apenas podía respirar, pero a ella no le importaba. Sus brazos le rodearon el cuello y ella olió el perfume de Tate, ahogándose en su amor por él.

—¿Por qué no me lo dijiste, cariño? Dios, te amo tanto —dijo en tono áspero.

—Tenía miedo. Pensaba que el amor era una carga que no querías.

—¿Alguna vez te he hecho sentir como una carga? —le gruñó al oído.

Lara pensó durante un momento y respondió con franqueza:

—No. —Había sido una carga para sus tíos, pero Tate nunca la había hecho sentir así—. Creo que eran mis propias inseguridades. Lo siento. He estado a punto de irme sin decírtelo. No debería haberme importado si podías corresponderme o no. Debería habértelo dicho.

—No habría sido el final —le dijo Tate con firmeza—. Yo habría ido a buscarte, habría puesto todo mi empeño en hacerte querer estar conmigo. De alguna manera, te habría agotado tarde o temprano —terminó con confianza—. No estaba bromeando cuando dije que te necesitaba, cariño. Habría perdido la cabeza si no hubiera esperanza.

El corazón de Lara estaba tan lleno de amor que ella pensó que iba a estallar.

—Te quiero, Tate Colter.

—Dios, cariño. Yo te adoro. Lo adoro todo de ti. No sé cómo no sabías lo que sentía por ti.

Ella se inclinó hacia atrás y lo miró a los ojos.

—Puede que fuera porque estaba perdidamente enamorada de ti. El miedo es una motivación poderosa.

—Yo no podría saberlo —bromeó—. Creo que lo único que me ha aterrorizado realmente en la vida es que me dejaras. —Puso una mano en su nuca, la atrajo hacia él y le dio un beso apasionado.



Capítulo 15

La besó como si hiciera un voto, como si nunca fuera a dejarla marchar. Su lengua rastreó su boca y Tate inclinó sus labios sobre los de Lara una y otra vez, hasta que ella se quedó sin aliento y jadeando.

—Necesito estar dentro de ti, Lara. Ahora —exigió mientras separaba su boca de la de ella. Su respiración era agitada y pesada.

—Sí. —Ella intentó desabrocharse los pantalones con frenesí, lo necesitaba tan desesperadamente que resultaba atroz—. Por favor, Tate.

Se desnudaron a una velocidad que probablemente era un récord, un enredo de piernas y brazos, mientras se arrancaban su propia ropa y la del otro.

El corazón de Lara latía desbocado, su aliento caliente y jadeante mientras miraba a Tate, completamente desnuda. Puso las manos sobre sus hombros y lo acarició con las palmas hasta el pecho y el abdomen.

—Dios, eres un hombre hermoso. —Le rozó el miembro duro y pesado con un dedo antes de envolverlo con los dedos—. No puedo creer que me ames.

—Créelo —contestó él en voz baja y desesperada—. Eres mía, Lara. Siempre serás mía.

Ella no podía discutir su comentario arrogante. Su corazón *siempre* le pertenecería. Le apretó el pene suavemente.

—¿Eso quiere decir que esto es mío? —preguntó en tono seductor, adorando la forma en que le brillaban los ojos mientras ella lo excitaba.

—Todo. Todo este cuerpo es tuyo, defectos y todo —carraspeó. Deslizó sus dedos entre sus muslos, acarició el calor húmedo que lo recibió y gimió—. Mío. Todo mío —dijo con avidez.

—Entonces, tómallo —le suplicó, necesitada de sentirlo, de estar conectada a él.

Le dio un fuerte beso en la boca antes de girar su cuerpo y colocar las manos de Lara en el brazo del sofá. Ella cerró los ojos al sentir que Tate le envolvía el trasero y lo acariciaba toscamente.

—Espera, cariño. Creo que ahora mismo no puedo contenerme —le advirtió con voz ronca.

—No te contengas —exigió ella, deseosa de que la tomara duro, de que la hiciera suya.

Ella jadeó cuando sus dedos se zambulleron entre sus muslos, acariciando sus pliegues para excitarle el clítoris. Se movió por su sexo con actitud posesiva, codiciosa. Dos de sus dedos se sumergieron en su vagina, curvándose alrededor de la zona sensible en su interior que hacía que se volviera completamente loca.

—Tate —gimió ella, necesitada de que él la hiciera venirse—. Tenía el cuerpo tenso y temblaba.

—Dime, Lara. Dime —contestó mientras seguía con su asalto áspero, sensual.

—¡Te amo! —gritó ella, echando la cabeza hacia atrás mientras él intensificaba la presión sobre su clítoris, y se lo hacía con los dedos, más duro, más rápido, acariciándole el punto G cada vez que se los metía.

—¡Ah, Dios! —Su cuerpo se sacudió.

—Córrete en mis dedos, Lara. Déjate llevar —ordenó.

Ella no tuvo elección. El clímax la golpeó duro y rápido, intensificándose cuando Tate sacó los dedos y la penetró con su sexo. Su gemido de éxtasis hizo que Lara se meciera contra él. Apretó entre los dedos la tela del sillón mientras sentía que su cuerpo volvía a tensarse.

—No puedo volver a llegar —jadeó salvajemente. Todo era tan intenso, tan abrumador, que estaba segura de que se haría trizas.

—Puedes hacerlo y lo harás —gruñó Tate mientras le clavaba una mano en el pelo y le levantaba la cabeza. —Míranos.

Lara veía borroso por las lágrimas sobrantes, pero miró frente a ella y vio una imagen tan carnal y erótica que estuvo a punto de tener un orgasmo solo de ver la cara de Tate. El espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared mostraba a ambos; Tate la penetró con un deseo desenfrenado. Ella observó extasiada cómo se sacudían y se balanceaban con cada golpe de cadera de Tate. La carnalidad de sentirlos y mirarlos al mismo tiempo hizo que jadeara

aún más fuerte, los ojos vidriosos y fijos en Tate principalmente. Parecía un guerrero antiguo reivindicando a su mujer y la vista era tan cruda que hizo aumentar su deseo aún más.

—Más fuerte —gimió ella. La visión de Tate dominando su cuerpo, de sus dedos tirándole del pelo eróticamente era condenadamente buena. La imagen sensual quedaría grabada a fuego en su cerebro a partir de ese momento.

Tate la penetró más duro y se enterró profundamente en su interior a cada embestida. Lara movió el trasero contra él; sus pieles se golpeaban mutuamente a medida que ambos llegaban al punto álgido.

Tate *iba* a hacer que tuviera un orgasmo, y Lara no estaba segura de si sobreviviría al mismo.

Él le soltó el cabello y le recorrió la espalda con una mano. Lara mantuvo la cabeza erguida para observar cada uno de sus movimientos; el rostro de Tate se contorsionó de angustia y de placer.

—Mía —afirmó con brusquedad. Se encontró con su mirada en el espejo y se sostuvieron la mirada.

—Sí —asintió ella sin dejar de mirarlo a los ojos.

Una de las manos de Tate se deslizó por su vientre buscando, y encontrando, el clítoris de Lara. Lo agarró toscamente y lo hizo girar entre el dedo índice y el pulgar.

Placer y dolor atravesaron a Lara, la sensación tan intensa que llevó su cuerpo a un poderoso clímax.

—Eso es, nena. Vente para mí —insistió Tate en tono dominante.

Ella implosión como si su cuerpo respondiera a sus órdenes. Las paredes de su vaina se contrajeron salvajemente y su reacción fue tan fuerte que dejó caer la cabeza, rompiendo el contacto visual con Tate.

—Levanta la cabeza. Quiero verte —gruñó Tate. Volvió a erguirle la cabeza por el pelo—. Verte llegar es lo más *sexy* que he visto en mi vida —gimió mientras la penetraba.

—Te amo —gritó Lara.

—Yo también te amo, cariño —respondió Tate con voz ahogada para penetrarla una última vez antes de encontrar su propio desahogo.

Se estremecieron juntos. Los brazos de Tate le rodearon la cintura mientras las últimas ondas de su clímax se desvanecían.

—Dios, vas a matarme. Pero moriría así en cualquier momento —le susurró en voz baja y ardiente al oído mientras se inclinaba sobre su cuerpo. Su pecho hizo un fuerte movimiento cuando él la volteó y la levantó para

llevarla a la cama grande y dejarse caer, protegiéndola de la caída con su cuerpo.

Ella se quitó de encima de él para que pudiera respirar y luego se hizo un ovillo junto a él. Él tomó su mano y entrelazó sus dedos mientras recuperaban el aliento.

—¿Por qué tienes una cabaña aquí, en medio de la nada? —Le acarició el poderoso pecho con una mano, incapaz de contenerse de tocarlo.

—No es mía —confesó Tate—. Es de Gabe. La usa durante la temporada de pesca. Le pregunté si podía arreglarla para mí y si podía tomarla prestada durante un tiempo.

—Es muy bonita para ser una cabaña de pesca. —Lara miró las bonitas alfombras sobre el suelo de madera pulida, los preciosos muebles, y ya estaba tumbada en la cómoda cama—. ¿A qué distancia estamos de la carretera principal?

Él rodó hasta tumbarse sobre ella y le sujetó las manos por encima de la cabeza.

—¿Por qué? ¿Estás planeando una huida? —Sonaba como si sólo bromeara a medias.

—No. Sólo me preguntaba si tenemos bastante comida para aguantar hasta que pase la tormenta.

Tate se rió, un sonido feliz que llenó de alegría el corazón de Lara.

—Debería haber sabido que estabas preocupada por la comida. —La miró con una amplia sonrisa—. Estamos cubiertos. Gabe hizo que los cuidadores se aseguraran de que estuviéramos completamente abastecidos.

—Supongo que voy a cocinar yo —Soltó un suspiro atribulado, en broma.

—Tú me enseñarás. —Tate seguía sonriéndole.

«Ese hoyuelo me atrapa cada vez», pensó Lara.

Alzó la mano y pasó un dedo amoroso por la hendidura en su mejilla.

—Solo si quieres aprender. En realidad no me importa. Me gusta cocinar.

—Quiero aprender. ¿Qué pasa si enfermas y no puedes cocinar? ¿Y si tengo que cuidar de ti? —La miró inquieto.

Ella le sonrió.

—No estás precisamente escaso de fondos. Puedes contratar a alguien.

—No te cuidará nadie más que yo —le dijo vehementemente. Aprenderé.

Lara no le dijo a Tate que no necesitaba que nadie cuidara de ella. Su declaración había sido demasiado dulce, demasiado tierna, y consiguió que el corazón le diera saltitos en el pecho.

Ella observó con curiosidad cómo Tate se deslizó hasta quitarse de encima de ella y fue contoneándose hacia la puerta completamente desnudo. Le resultaba muy difícil no concentrarse en su trasero perfecto y duro mientras se movía. Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, colgada en un perchero, sacó algo y volvió a la cama.

Casi parecía avergonzado cuando se arrodilló junto a la cama.

—Compré esto poco después del susto con los terroristas en el aeropuerto. Supongo que te dirá exactamente cuánto tiempo he estado loco por ti.

A Lara se le cortó la respiración cuando le entregó una pequeña caja de terciopelo. Ella exhaló y abrió la tapa con dedos temblorosos.

—Ay, Dios mío. Tate.

—Cásate conmigo, Lara. Quédate conmigo para siempre.

En la cama de terciopelo estaba el anillo más bonito que había visto nunca. Era un enorme diamante de piedra central en un engaste de inspiración antigua, que estaba segura de que era de platino. Diamantes más pequeños rodeaban la piedra central en un engaste circular precioso.

—No sé qué decir.

—Di que sí —contestó él inmediatamente con una voz que era exigente y esperanzada a la vez.

—Sí. —Alzó la mirada hacia él, los ojos llenos de lágrimas. La había amado casi desde el principio, igual que ella lo había amado a él.

Tate la aceptaba, en realidad la adoraba exactamente como era, y ella sentía lo mismo por él. Discutirían porque ambos eran tercos, pero también se amarían. Tomó el anillo de la caja y se lo puso.

—Encaja. ¿Cómo sabías qué talla comprar?

—Le dije al vendedor que tenías unos preciosos dedos largos y esbeltos que casi me hacen llegar cada vez que me tocas. —dijo Tate con mirada inexpresiva.

Ella le dio una palmada juguetona en el hombro.

—¡No!

Tate se encogió de hombros.

—Lo adiviné. Recuerdo haberle comprado un anillo de perlas a Chloe cuando se graduó en la universidad. Intenté juzgar basándome en su talla. Podemos llevarlo a que lo ajusten si necesitas otra talla o no te gusta.

Lara suspiró.

Los diamantes centelleaban y reflejaban la luz mientras ella giraba la mano.

Tate hizo una mueca cuando subió a la cama y le examinó la mano.

—Quizás debería haber comprado diamantes más grandes.

—Será mejor que estés bromeando —dijo Lara, divertida—. Si fueran más grandes, necesitaría una grúa para levantar la mano. —Rodó hasta sus brazos abiertos y se acurrucó contra él.

—Quiero que todos sepan que me perteneces —dijo él obstinadamente.

—No te preocupes. Lo sabrán. Seré tu esposa. Y a nadie podría escapársele mi anillo precioso. Gracias.

—Gracias a ti—respondió Tate.

—¿Por qué?

—Por amarme —respondió él con voz ronca mientras la abrazaba más fuerte.

Lara lo envolvió en sus brazos.

—Chloe va a casarse pronto y no quiero desmerecer su felicidad. Lleva mucho tiempo planeándolo. ¿Crees que podríamos fugarnos? —le preguntó a Tate esperanzada.

Sinceramente, esperaba en secreto que la boda de Chloe no llegara a tener lugar, pero sonaba como una buena excusa para fugarse.

—Te mereces tu día, cariño.

—No me gustan mucho las bodas. No me gustan las aglomeraciones, el ruido, todo la atención en los novios. Para ser sincera, la boda de mis sueños terminaría en menos de diez minutos —admitió.

Tate se echó atrás para mirarla a la cara.

—¿En serio? ¿No estás diciéndolo porque Chloe se casa?

Lara asintió.

—En serio. No quiero una boda elegante. Sé que eres multimillonario y que los Colter sois una familia prominente. Si es lo que se espera, lo haré...

—Nunca hago nada porque sea lo que se espera de mí —dijo sonriéndole—. Y yo también odio las bodas. Dios, de veras eres mi tipo de mujer.

—¿Las Vegas? —preguntó ella.

—En cuanto se despeje el tiempo —convino Tate alegremente.

—Supongo que tendremos que encontrar algo para entretenernos hasta entonces.

—La tormenta se acerca, así que nada de entretenimiento al aire libre, pero haré todo lo posible para mantenerte bien ocupada. —Le guiñó un ojo y le lanzó una mirada traviesa.

—Creo que estoy empezando a aburrirme dentro —le dijo con picardía.

—Yo me encargaré de ese problema inmediatamente. —Tate sonaba divertido mientras bajaba la boca hacia la de Lara con ternura.

Le curó el aburrimiento de inmediato, y tan a fondo que ella no tuvo otro momento de apatía en toda la noche.



Capítulo 16

Hasta la tarde siguiente, Tate no averiguó que Travis había acertado... otra vez. El vuelo en el que Lara tenía programado volver a Washington se había estrellado cuando despegaba debido a un fallo en el equipo. No hubo supervivientes.

Tate observó el rostro de Lara mientras intentaba asimilar lo cerca que había estado de morir. Su propio corazón latía acelerado mientras veían el solemne informe de la noticia.

Ninguno de ellos se había molestado en vestirse y él iba en pantalones de pijama que había encontrado en el armario, probablemente de Gabe. Lara llevaba un cálido pijama rosa. Él había caminado hasta el helicóptero después de levantarse aquella mañana para recoger las bolsas de Lara.

—Dios mío —Lara ahogó una exclamación, la mano sobre la boca, horrorizada.

Tate miró la televisión que acababa de encender en el salón, deseando no haberlo hecho.

Lara tendría que haberlo averiguado tarde o temprano, pero no hacía falta que fuera el mismo día. Estaba tan feliz, tan juguetona. Seguían regodeándose en la alegría de descubrir que estaban enamorados.

«Oh, mierda».

—Se estrelló, Tate. Mi vuelo. Murieron todos —dijo en tono conmovido, los ojos pegados a la televisión.

Él se sentó junto a ella en el sofá y la envolvió con los brazos para acurrucarla contra su pecho.

—Lo sé, Lara. Lo sé. —Tate prácticamente estaba hiperventilando, imaginándose como se sentiría en ese momento si Lara hubiera ido en aquel avión, y sintiendo náuseas por los pasajeros que sí iban en el avión. Fácilmente podría haber sido una de las personas llorando a un ser querido en ese preciso momento.

—Pobre gente. —Lara empezó a llorar.

Tate apagó las noticias, incapaz de seguir viendo el horror de Lara.

—No lo miremos más.

Lara asintió, pero siguió sollozando.

Él meció su cuerpo contra él, condenadamente agradecido de que estuviera allí, viva y respirando.

—Le debo una a Travis... otra vez.

—¿Qué pasó la última vez? Siento no haberte creído.

Tate se encogió de hombros.

—No puedo decir que realmente lo creyera cuando Trav me habló de sus sueños por primera vez. Pero una advertencia de Travis me hizo dudar de aceptar una misión adicional. Sólo me detuve un minuto porque lo que decía no dejaba de repetirse en mi mente una y otra vez. Pero para cuando me ofrecí voluntario para la operación extra, alguien se me había adelantado. Todos los enviados a la misión murieron.

—Así que entiendes cómo me siento —murmuró Lara en voz baja.

Sí, sabía exactamente cómo se sentía: como si ella también debiera haber muerto.

—Sé cómo te sientes, y todo el mundo habría muerto tanto si fueras en ese avión como si no. El hecho de que hayas sobrevivido no supone ninguna diferencia para esas personas, así que siéntete agradecida por estar viva y no te sientas culpable por vivir.

—¿Es así como te sentiste?

Él asintió.

—Sí. Excepto que debería haber sido yo en lugar del otro voluntario. Tardé un tiempo en superarlo.

Lara inspiró hondo, su respiración temblorosa.

—Tengo que conocer a Travis. Es increíble. Ojalá pudiera haber advertido a la aerolínea.

—Estoy seguro de que lo intentó. Pero es imposible que una aerolínea vaya a cancelar un vuelo porque un tipo crea que tuvo un sueño psíquico. Lo más probable es que piensen que está loco. Esto nunca ha sido una bendición para

Travis. Más bien ha sido una maldición. No le sucede muy a menudo. Y no creo que haya tenido un sueño premonitorio desde que le salvó la vida a Ally.

—¿Ally?

—Ahora es su esposa. Te encantaría. Puede cabrear a Travis cuando quiere; era su secretaria. —Ally tenía a Travis en la palma de su mano, igual que Lara a Tate.

—Tienes razón. Estoy segura de que podríamos ser muy buenas amigas. ¿Los ves a menudo? —preguntó con curiosidad.

Contento de que Lara estuviera distraída de su experiencia cercana a la muerte, respondió:

—No tan a menudo como me gustaría. Vive en Florida. Pero ambos estamos involucrados en la organización benéfica para mujeres maltratadas de las que te he hablado. Asha es la mujer de su hermano Kade, la mujer que fue maltratada y que fundó la organización.

—¿Travis y Kade Harrison? —preguntó Lara con un tono ligeramente sorprendido.

Tate frunció el ceño, no le gustaba especialmente el hecho de que Lara sonara impresionada.

—¿Has oído hablar de ellos?

Lara resopló.

—¿Y quién no? Kade Harrison era un *quarterback* famoso y multimillonario, y Travis Harrison es un empresario brillante. Creo que es fantástico que ambos contribuyan.

—No solo contribuimos —respondió Tate—. Dirigimos toda la operación. Jason Sutherland gestiona las finanzas y el resto de nosotros hacemos recaudación de fondos y otras tareas que deben hacerse.

Ella se apartó para mirarlo.

—¿Están metidos todos los multimillonarios de Estados Unidos? ¡Uf! ¿Jason Sutherland también?

—No todos... de momento. Pero estamos trabajando en ello. —Tate le sonrió ampliamente, orgulloso de la organización que habían fundado todos ellos para combatir el maltrato.

—Me gustaría muchísimo involucrarme —musitó Lara.

—Yo te lo ofrecí. —Tate ya sabía por qué se había negado—. Ahora que vas a ser mi esposa, quizá sientas que puedes involucrarte de cualquier manera que quieras. —Vaciló durante un momento antes de añadir—: No quiero

impedirte que hagas lo que quieras. Me mudaría a Washington si quisieras para que puedas seguir siendo agente.

«Joder. ¡Eso ha dolido!», pensó.

Lo último que quería era que Lara se pusiera en peligro todos los días como agente del FBI. Pero tampoco la quería infeliz. Estaría a su lado con lo que quisiera hacer, pero eso no significaba que tuviera que gustarle especialmente.

—Me gusta Colorado —admitió Lara en voz baja—. Y aquí tendríamos familia.

El corazón de Tate se colmó de orgullo por el hecho de que Lara también fuera a considerar a su familia como la suya propia. Había pasado mucho tiempo desde que tuvo familia que la quisiera de verdad.

—Es posible que a veces te parezcan un poco abrumadores. —Tate sabía que a él sí se lo parecían. De hecho, a veces lo volvían loco de remate. Pero quería a todos los miembros de su familia ferozmente y se consideraba afortunado de formar parte de la familia Colter.

—La soledad está muy sobrevalorada —le dijo Lara pensativa—. Me encantaría tener familia.

—Bueno, cariño, prepárate, porque ahora vas a tener mucha. —Hizo una pausa—. Entonces, ¿cómo vas a sentirte por renunciar a tu carrera? ¿O sólo vas a trasladarte a la oficina de Denver?

«Mierda. Eso también duele. Pero tengo que asegurarme de que tiene todas las opciones. Esto tiene que ser decisión suya».

—Bueno, en realidad voy a tener un marido muy rico, así que creo que voy a preguntarle si está dispuesto a mantenernos durante un tiempo si vuelvo a la universidad.

Tate soltó un grito fortísimo.

—Claro que sí, lo haría. Está forrado. —Le besó la frente—. Tengo que admitir que estoy aliviado.

Lara ladeó la cabeza y lo miró mientras le decía:

—Gracias por darme la opción de ser libre para hacer lo que quiera, aunque pueda no gustarte mi decisión.

—Soy completamente feliz con tu decisión —le dijo Tate con entusiasmo.

—Es bueno saber que vas a ser el tipo de marido que estaría de mi parte independientemente de lo que quisiera hacer con mi propia carrera. —Se acurrucó contra su pecho—. Eres muy especial.

Él no se sentía especial en absoluto. Egoístamente, la quería fuera del terreno, pero...

—Quiero que seas feliz —le dijo con franqueza.

—Lo sé. Yo siento lo mismo. ¿Vas a explicarme exactamente qué es lo que sigues haciendo para el gobierno?

Tate se encogió de hombros.

—No mucho, y no es peligroso, pero sigo trabajando para ellos como consultor. Si tienen problemas con una misión en concreto de las Fuerzas Especiales, los ayudo. Ya no salgo al terreno. Es estrategia estrictamente.

—¿Entonces eres un genio de las tácticas de combate?

—En realidad... sí, lo soy. Siempre lo he sido. Mi especialidad son la estrategia y las misiones secretas. —Tate *era* bueno en esas cosas, así que ¿por qué negarlo? Nunca había sido precisamente modesto y quería que Lara supiera quién era realmente, todas sus fuerzas... y sus debilidades.

—¿Vas a contarme lo que hacías en Operaciones Especiales?

—¿Trabajar? —dijo tentativamente.

—Tate —dijo con esa voz de advertencia que, en realidad, lo excitaba.

«Qué demonios; vamos a casarnos», se dijo.

—El equipo para el que trabajaba no existe para la mayoría de los militares o civiles. Tenías razón cuando dijiste que era extremadamente secreto y, de hecho, parte de lo que hacíamos eran operaciones negras. Eres la única que lo sabe. Ni siquiera podía contarle a mi familia lo que hacía exactamente, así que dejé que pensarán que era un SEAL. Me reclutaron después del entrenamiento de SEAL porque necesitaban otro piloto para su equipo. —Su mujer ya había sido bastante inteligente y lo había descubierto, pero se lo confirmó de todas maneras.

—Nunca se lo diré. Juro que me lo llevaré a la tumba —respondió Lara con solemnidad.

Tate se estremeció cuando su comentario lo hizo pensar otra vez en lo cerca que había estado de morir.

—Qué mejor que no se produzca hasta dentro de mucho tiempo —gruñó.

—¿Echas de menos estar de servicio activo?

Tate se paró a pensar un momento en su pregunta.

—Lo hice durante cierto tiempo. Vivía para mi trabajo, igual que tú como agente. Mi equipo estaba tan unido a mí como mis hermanos. A veces vivíamos, dormíamos y comíamos juntos. Renunciar a esa clase de trabajo es como amputar una extremidad. Pero no era algo que fuera a hacer para

siempre. Estuve inquieto durante un tiempo, pero poco a poco lo fui superando, pasando página paso a paso. Ahora me alegro de haber salido porque, si no lo hubiera hecho, probablemente no nos habríamos conocido.

—¿Y el accidente que te rompió la pierna?

—Era una misión muy arriesgada. Nos derribaron antes de que pudiéramos conseguir nuestro objetivo. Fui muy afortunado de conseguir aterrizar el helicóptero sin que ardiera en llamas. Pero el impacto fue bastante fuerte. Yo sufrí la mayor parte del daño. Todos los demás salieron por su propio pie. — Toda la operación se jodió, pero al menos nadie murió.

—¿Quién te saca a ti? —preguntó Lara con inquietud.

—Mi equipo. Al final tuvieron que cargarme durante kilómetros antes de que nos recogieran.

—¿De verdad dejaste que te llevaran?

—Era eso o morir desangrado en territorio hostil. Justo ahora, estoy muy contento de haber sobrevivido.

Lara lo miró con suspicacia.

—¿Sufriste tú el daño intencionadamente?

Tate se encogió de hombros, sin muchas ganas de contarle que había estado dispuesto a caer, literalmente, y a aceptar la culpa por los hombres de su equipo. Había intentado hacer que el impacto se produjera en su lado del helicóptero, cerca de la parte delantera de la nave.

—Yo era el superior y el comandante. —En realidad no respondió a la pregunta, pero una mirada de comprensión naciente apareció en su bonita cara e hizo que su admisión fuera innecesaria.

Se sostuvieron la mirada y Tate sintió como si estuviera hundiéndose en su amor por él. Le dolía el pecho mientras Lara lo miraba como si él lo fuera todo para ella... exactamente de la misma manera que él sabía que él la miraba a ella.

Le comió la boca con codicia porque tenía que hacerlo, necesitaba hacerlo. Había estado muy cerca de perderla para siempre, y habría sido un hombre destrozado sin ella. Metió las manos bajo su pijama, necesitaba sentir su piel cálida y sedosa bajo los dedos. Entonces, separó su boca de la de Lara levantando la cabeza y le quitó el pijama de algodón delicadamente, tocando y besando cada centímetro de piel que reveló, adorando su cuerpo como atesoraba su corazón.

Se levantó y se deshizo de sus pantalones de pijama, sonriendo a Lara cuando reveló que no llevaba ropa interior. Tate permaneció así un momento.

Sus ojos recorrían la piel desnuda de Lara; sus largos y enredados mechones rubios que flotaban alrededor de sus hombros; y luego su cara.

Ella se mordió el labio.

—¿Jódeme? —le pidió.

Tate descendió sobre su cuerpo con cuidado, a sabiendas de que ella tenía que estar dolorida por el sexo brutal de la noche anterior. Le apartó el pelo de la cara y le deslizó un dedo por la mejilla.

—No, cariño. Ahora voy a hacerle el amor a mi prometida. —Tomó su mano izquierda, besó el anillo que la adornaba, y luego entrelazó sus dedos. Tomó su otra mano e hizo lo mismo, dejando que sus manos unidas descansaran por encima de la cabeza de Lara.

Instintivamente, ella le abrazó la cintura con las piernas.

—Te quiero mucho —susurró. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Tate embistió y gimió cuando sintió que su vaina lo aceptaba y le daba la bienvenida con deseo húmedo.

—Yo también te quiero, Lara. Siempre te querré.

Él saboreó cada momento de estar dentro de ella, de que lo rodeara de su amor. No tuvo prisa cuando la penetró una y otra vez, golpeándola con cada movimiento de sus caderas. Se elevaron cada vez más, juntos. Tate intentó degustar cada centímetro expuesto de su piel, se deleitó en la sensación de sus uñas cortas mientras éstas se le clavaban más fuerte en la espalda cuando ella llegó al clímax.

Tate enterró el rostro en su pelo mientras las paredes de su vagina se contraían alrededor de su miembro y lo masajearon deliciosamente hasta que no pudo contener su orgasmo. Llegó con un gemido mientras se derramaba en su interior.

«Mía».

La abrazó posesivamente, en gesto protector, totalmente agradecido de tenerla aún con él. Las cosas podrían haber salido de una manera muy diferente, y Tate juró que nunca daría por hecho el amor de Lara. Todo podía desaparecer, perderse en un instante, y nadie lo sabía mejor que él. Trataría a Lara como un regalo, porque lo era.

—Dime algo que desees realmente, cualquier cosa. Quiero regalarte algo —dijo Tate desesperadamente, deseando mostrarle a Lara cuánto significaba para él.

Ella empuñó su cabello suavemente para echarle la cabeza hacia atrás.

—Tengo todo lo que quiero, Tate. Te tengo a ti.

De alguna manera, él no se veía a sí mismo como un gran premio.

—¿Qué más?

Después de estudiar su rostro durante un instante, finalmente respondió:

—Bueno, acabo de cumplir los treinta. Me gustaría tener un bebé en algún momento en los próximos años. Creo que probablemente necesitaré tu ayuda y tu consentimiento puesto que estaremos casados.

El corazón de Tate empezó a latir desbocado. «¿Un bebé?». No había pensado con tanta anticipación, pero se imaginaba a Lara, madura, con su hijo, meciendo a una hija o un hijo para dormirlo. Jugando. Riendo. Amando. Sería increíble.

—Me encantaría. Una niña con tus bonitos ojos y tu sonrisa sería increíble.

—Un chico con *tus* ojos y tu hoyuelo tan lindo —corrigió ella.

—¿Uno de cada uno? —A él le parecía un buen trato.

—Los bebés no vienen precisamente hechos por encargo —bromeó ella, apretando los dedos de Tate mientras sus ojos risueños le sonreían.

—Soy un Colter. Nunca nos rendimos. —«Joder, le daré tantos bebés como quiera tener, y los querré a todos con locura», pensó—. Papá lo intentó hasta que por fin le dio una niña a Mamá.

—No estoy muy segura de si quiero intentarlo tantas veces como tu madre para tener una niña, pero ya veremos. Entonces, ¿entiendo que tengo tu consentimiento?

—Sí. Y sabes que ayudaré tanto como te gustaría. —Ayudaría varias veces al día si quería quedarse embarazada. De hecho, ayudaría aunque *no* quisiera quedarse embarazada.

—Creo que voy a tener que practicar hasta que estés preparado. Mucho.

Lara resopló de risa y lo atrajo hacia abajo para que la besara. Él obedeció de muy buena gana. Aquella era una misión en la que Tate sabía que no tenía ninguna reserva en absoluto.



Epílogo

—¿Y si cambió de opinión? ¿Y si no aparece? Tal vez se dio cuenta de que en realidad soy un idiota. —Tate Colter miró a Travis Harrison con una expresión de pánico mientras permanecían de pie en la pequeña capilla de bodas en Las Vegas.

Travis se cruzó de brazos y alzó una ceja a Tate.

—Colter, ya sabe que eres un idiota. Se lo dije yo. Pero por alguna razón que ignoro, todavía quiere casarse contigo. Vendrá. —Travis retiró la manga de su traje a medida para mirar el reloj—. Por el amor de Dios, solo es mediodía.

Tate volvió a mirar su reloj.

—Ya ha pasado un minuto —corrigió Travis bruscamente.

—Está con Ally y yo estoy muy seguro de que mi esposa no va a huir. Lo superé hace tiempo. Me quiere —dijo Travis en tono arrogante.

—Lara también me quiere —dijo Tate con aire engreído, intentando sacudirse los nervios. Debería haberse quedado con Lara en caso de que se echara atrás. En cambio, se había preparado con Travis y Lara fue con Ally a buscar un vestido nuevo.

Aunque iban a casarse en Las Vegas, Tate quería asegurarse de que el día de su boda fuera especial. Iba ataviado con un esmoquin y Travis llevaba un traje. Afortunadamente, Travis y Ally habían estado disponibles para apoyarlos a Lara y a él. Había pensado en sus hermanos, pero era apropiado que Travis fuera su padrino. Le había salvado la vida a Lara y ella quería conocerlo. Tate dudaba que a sus hermanos les importara. De todas maneras,

ninguno de ellos estaba en la ciudad aquel fin de semana, por lo que podía usar eso como excusa. Además, todos odiaban las bodas tanto como él.

«Excepto que en realidad yo no odio ésta porque es mi boda con Lara», pensó. De hecho, estaba muy ansioso por que empezara.

Pasó otro minuto y Tate empezó a sudar.

«¿Dónde demonios están? ¿Cuánto tiempo se tarda en comprar un vestido?».

—Tal vez debería llamarla —le dijo Tate a Travis mientras miraba al capellán sonriente, que no parecía tener ninguna prisa. Y probablemente no la tenía. Iban a pagarle muy bien por sus servicios.

—No, *no* tienes que llamarla. Ally me habría llamado si hubiera algún problema —respondió Travis con aire despreocupado—. Lara no va a ninguna parte. Es bastante evidente que está loca por ti. Relájate.

«Es más fácil decirlo que hacerlo». Tate estaba que se tiraba de los pelos.

Él y Lara solo llevaban un par de semanas viviendo juntos. «¿He hecho algo malo? Bien. Sí. Olvido bajar la tapa del inodoro de vez en cuando, pero estoy mejorando. Joder, incluso he aprendido a hacer un sándwich decente».

Pensó que Lara disfrutaría de Las Vegas, y lo había hecho. Habían llegado varios días antes para ver las vistas y a Lara le habían encantado las máquinas tragaperras. Pero lo que más le gustaba eran los bufés. Tate hizo una mueca cuando pensó en todos los bufés que habían encontrado; algunos eran decentes, pero la mayoría de ellos eran absolutamente repugnantes. El único bufé increíble que se le ocurría era el bufé del desayuno en el resort. Era comida de calidad preparada por un chef excelente. Por lo visto, Lara no notó la diferencia y quedó cautivada únicamente por la gran cantidad de comida. Pero Tate se divirtió tanto viendo a Lara pasando comida de un plato a otro que no le importó ir. Se llenaba hasta que apenas podía levantarse y caminar, y todos los días juraba que no iba a volver a hacerlo. Al día siguiente, buscaba otro bufé libre.

«Dios... es adorable. Lara es mi corazón y va a ser mía. ¡Si es que llega!».

Racionalmente, no pensaba que fuera a irse a ninguna parte. Lo amaba. Tate sabía que así era, pero no iba a quedarse satisfecho hasta que hubieran pronunciado los votos.

Miró a Travis y quiso golpear la expresión sonriente de su amigo.

—Al final, superarás este miedo irracional. —Travis sonaba divertido—. Con el tiempo, sólo empezarás a preocuparte por ella diez veces al día en lugar de veinte.

—¿Ya has llegado a las diez? —preguntó Tate esperanzado.

—No. Pero estoy trabajando en las quince —replicó Travis avergonzado—. No es fácil querer tanto a alguien, pero cada minuto de preocupación que tengas merece la pena. Confía en mí.

—¿Estás preocupado ahora? —Porque sinceramente, Tate se sentía aterrizado.

—No. Ally me dijo que quizás llegaran un poco tarde. Cuando Lara se enteró de que llevabas un esmoquin, quiso ponerse más guapa.

—Ella está guapa con cualquier cosa —respondió Tate con énfasis.

—Es una mujer —respondió Travis, como si *eso* lo explicara todo.

—Una mujer que casi puede darme una paliza —dijo Tate con orgullo.

—Exactamente el tipo de mujer que necesitas, Colter. Necesitas a alguien que no te aguante demasiadas tonterías.

—No lo hace. Pero me gusta eso de ella. —Hizo una pausa antes de añadir—: La mayor parte del tiempo.

Travis se echó a reír. Tate miró a su amigo, un hombre que había sido tan serio y quisquilloso y que había estado tan estresado hacía no mucho tiempo. Ahora parecía relajado... y contento.

—¿De verdad eres feliz ahora, Trav? —Le preguntó Tate en serio.

—Más de lo que jamás pensé que sería, amigo. Y tú también lo serás. Lara es una mujer fantástica y es perfecta para ti. Ahora quiere conocer a Asha para ver si hay algo que pueda hacer antes incluso de volver a la universidad. Quiere ayudar. Tu mujer tiene un buen corazón —le dijo Travis a Tate sinceramente.

Éste asintió. Conocía el alcance de su corazón y era tan grande como el océano.

—Lo sé. Solo desearía que dejara de abrazarte por salvarle la vida. —Una vez Tate lo había aguantado bien, pero parecía que Lara se sentía agradecida a Travis cada vez que lo veía. Y a Tate no le importaba que Travis fuera su mejor amigo; aun así no quería ver a su novia abrazar a otro hombre menor de ochenta años.

Travis levantó una ceja inquisitiva.

—¿Somos un poco posesivos? Recuerdo que no hace mucho tiempo tú disfrutabas metiéndote conmigo por Ally.

Tate se encogió al recordar cómo había coqueteado con Ally solo para fastidiar a Travis porque le parecía gracioso. Ya no se reía tanto.

—Ahora me arrepiento —gruñó.

Travis sonrió con superioridad.

—Bien. Entonces dejaré de decirle a Lara cuánto valoro sus abrazos de gratitud.

Tate lanzó una mirada asesina a Travis.

—No le has dicho eso.

Travis se encogió de hombros.

—Es posible que lo haya mencionado.

«¡Cabrón!». Travis se había asegurado intencionadamente de que Lara se arrojara en sus brazos agradecida cada vez que lo viera.

—Vuelve a hacerlo y me aseguraré de abrazar a Ally durante mucho tiempo cada vez que la vea —le advirtió a Travis.

—Dejaré de hacerlo —dijo Travis a toda prisa.

«Sigue loco por Ally», se maravilló Tate. Sonrió porque sabía que Travis amaría a Ally hasta su último aliento. Por mucho que le gustara bromear con Travis, el tipo merecía esa clase de amor y Tate no podría estar más feliz por él. Sobre todo porque él había tenido la suerte de encontrar el mismo tipo de amor.

Inquieto, Tate volvió a mirar el reloj para darse cuenta de que solo pasaban cinco minutos del mediodía.

«¡Joder!».

Travis le dio un codazo en el costado.

—Ya puedes respirar, amigo. Ha llegado tu novia.

Tate miró hacia la entrada impaciente, decepcionado cuando solo vio a Ally. Pero la esposa de Travis iba despampanante con un vestido muy ligero color lavanda que flotaba en torno a sus pantorrillas. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño alto y unos pequeños rizos le acariciaban las sienes.

Tate observó cómo Travis avanzaba por el pasillo, besaba a su esposa y le susurraba algo al oído que hizo que ella se sonrojara. Le ofreció el brazo. Ally lo aceptó y dejó que Travis la condujera hasta la parte delantera de la capilla.

Ally apretó el brazo de Tate cuando pasó a su lado y le sonrió mientras se situaba frente a donde estaba Travis hacía un momento. Debido a que Travis y Ally eran sus únicos testigos, Trav estaba cumpliendo una doble tarea. No solo era el padrino, sino que también acompañaría a la novia.

Travis volvió a recorrer el pasillo y ofreció su brazo de nuevo, y Tate se quedó sin aliento cuando Lara apareció a su lado. Inspiró hondo, sintiéndose como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago cuando vio a Lara por primera vez, preciosa con un vestido blanco de encaje con mangas ajustadas

de tres cuartos y un corpiño ajustado. Llevaba un ramo de rosas rojas y rosas, y tenía el pelo recogido. Tenía una pequeña diadema de plata en la cabeza con un velo pequeño y anticuado que le caía a la espalda.

«Parece un ángel».

Lucía una sonrisa radiante mientras caminaba por el pasillo hacia él, la mirada concentrada en su rostro.

«Mía».

Le dio la mano cuando llegó con Travis y la apretó en gesto posesivo, entrelazando los dedos mientras respiraba profundamente.

«Está aquí. Es mía».

El servicio fue corto, exactamente como querían ambos. Tate pronunció sus votos con reverencia y dijo en serio cada uno de ellos. Lara repitió esos votos, la vista clavada en él mientras le prometía siempre.

Pareció que terminó muy rápido, pero Tate suspiró aliviado cuando los declararon marido y mujer. Definitivamente, besó a la novia más tiempo de lo necesario y los cuatro salieron de la pequeña capilla y se metieron en una limusina que los esperaba.

—Ha sido preciosa —dijo Ally entusiasmada desde su asiento junto a Travis.

Lara sonrió resplandeciente.

—Sí. Era justo lo que queríamos Tate y yo. Estoy muy contenta de que los dos hayáis podido venir a la ceremonia.

Travis descorchó una botella de champán y todos se echaron a reír cuando dieron un respingo por la repentina explosión de sonido. Sirvió y pasó las copas.

Tate miró a su novia, pensando que era un cabrón afortunado. Lara había aparecido en su vida cuando menos se lo esperaba. Había estado muy solo y ni siquiera lo sabía hasta que apareció ella.

Se inclinó y le besó la sien con ternura.

—Estás increíblemente preciosa y te amo tanto que me está matando.

Ella entrelazó sus dedos con los de Tate.

—¿Entonces será necesario revivirte?

—Joder, no, estoy lleno de... vida. Cada pedacito de mí —le dijo con picardía—. Pero si quieres, fingiré que me desvanezco.

Ella se rió como una muchacha.

—Yo también te amo. —Con más seriedad, dijo—: Me haces tan feliz que da miedo.

Tate sabía exactamente lo que sentía. Pero calmaría sus temores. No pasaría mucho tiempo antes de que la felicidad fuera un estado constante para ambos.

—Un brindis —anunció Travis—. Por el matrimonio, por el amor y por encontrar a la persona de sus sueños.

El tintineo de las copas fue fuerte ya que todos brindaron con entusiasmo y antes de dar un sorbo del cristal fino.

—Supongo que todos volveremos a hacer esto muy pronto en la boda de Chloe —dijo Ally mientras se reclinaba en su lujoso asiento.

—¿Vais a venir, chicos? —preguntó Lara emocionada.

Ally asintió con la cabeza.

—Sí. Chloe le tiene mucho cariño a Travis.

—Me alegro de que no tengamos que esperar mucho para veros otra vez —le dijo Lara alegremente a Travis y a Ally.

La mente de Tate pasó a Chloe y a lo infeliz que parecía últimamente. Se recordó a sí mismo que tenía trabajo que hacer para indagar en su situación con James. Algo sobre su relación no le gustaba mucho. Y después de lo que había dicho Lara sobre James comportándose como un imbécil en el gimnasio, no estaba precisamente entusiasmado con que Chloe se casara con alguien que posiblemente no la tratara bien. Ahora que sabía lo que era la verdadera felicidad, no quería nada menos para ninguno de sus hermanos.

—¡Oye, Ally, ahí está ese bufé del que te hablaba! —gritó Lara.

—Vamos a parar aquí. —Ally asintió impaciente—. Me encantaría probarlo.

Travis le lanzó una mirada de dolor a Tate. Obviamente, le gustaban los bufés de Vegas tanto como a Tate. Y, por desgracia, Ally parecía adorarlos tanto como Lara.

—Soy multimillonario. Podemos comer en cualquier restaurante de la ciudad. ¿De verdad tengo que sufrir un bufé? —replicó Travis.

—Sí.

—Sí.

Ally y Lara contestaron a la pregunta de Travis.

—Hoy es el día de Lara, Travis —le dijo Ally a su marido con firmeza.

—Podemos permitirnos un restaurante normal, Lara. —Tate confirmó la opinión de Travis.

—Pero me encantaría ir... —le suplicó con una mirada anhelante.

—¿Quieres que la cena de tu boda sea un bufé? —«Ay, que Dios me ayude», pensó.

—Es el almuerzo. Ally y yo os dejaremos elegir dónde vamos a cenar.

Ally asintió de acuerdo con una sonrisa entusiasmada.

Tate volvió a mirar a Travis y éste únicamente se encogió de hombros. Volvió a ver la mirada en los ojos de su nueva esposa y cedió casi al instante.

—Vamos —convino Tate. No creía que pudiera negarle nada a su mujer, teniendo en cuenta que básicamente no le pedía nada más que su amor.

Buscó algo en el bolsillo interior de su esmoquin, extrajo un rollo de pastillas antiácido y se metió una en la boca antes de entregárselas a su amigo.

Travis tomó tres antes de devolvérselas a Tate.

—Las cosas que hacemos por nuestras esposas —gruñó Travis de buena gana.

Las mujeres básicamente ignoraban a los hombres mientras charlaban.

—Sí, pero merecen la pena —dijo Tate con una sonrisa.

Se detuvieron junto a la acera del casino con el bufé elegido por las señoras.

Travis ayudó a su esposa a salir del coche y se adelantó. Tate ayudó a su novia a salir de la limusina con cuidado, ayudándola a mantener el equilibrio mientras se inclinaba sobre sus tacones altos.

—Sé que odias los bufés, pero te lo compensaré más tarde —le susurró Lara al oído con voz sensual para que sólo él pudiera oírla—. Ally también me llevó a una tienda de lencería, te gustará lo que hay bajo el vestido más que el vestido de novia —prometió guiñándole un ojo, juguetona.

El miembro se le puso tan duro como los diamantes mientras contemplaba qué demonios llevaba bajo el vestido.

«Te lo compensaré más tarde. Joder, quizás pueda encontrarle el gusto a los bufés de Las Vegas».

Le ofreció el brazo a su esposa, que lo tomó con una sonrisa pícaro.

Era la primera vez que Tate Colter entraba en un bufé barato gigantesco con una enorme sonrisa en la cara, pero definitivamente no sería la última.

Tate terminó siendo muy feliz con el arreglo, y nunca más volvió a quejarse después de su noche de bodas y de que Lara se lo compensara. Comer la comida mala y producida en masa no fue nada teniendo en cuenta lo que recibió a cambio.

Travis tampoco se lamentó de su destino, porque Ally había ido a la misma lencería que Lara.

Volvían a estar en otro bufé a la mañana siguiente, tarde, los dos hombres armados con antiácidos y enormes sonrisas en sus rostros. Ambos parecían entusiasmados de hacer cualquier sacrificio necesario para hacer felices a sus esposas después de una gran noche.

Tate había aprendido muy pronto en su matrimonio que a veces una solución intermedia bien merecía la pena. Su noche de bodas había sido espectacular, pero el mayor premio en el trato que hicieron era muy sencillo: ver sonreír a su esposa.

~Fin~

Muy Estimadas Lectoras:

Espero hayan disfrutado el libro, Multimillonario Indómito. Por ser mis fieles seguidoras, quiero invitarlas a conocer los personajes de mi nueva serie titulada, Los Hermanos Walker. ¡DESAHOGO! es el primer libro en la serie y cuenta la romántica historia de Trace Walker y Eva Morales. A continuación les dejo una pequeña introducción del libro. Si les gusta ya pueden descargarlo en Amazon. Me gustaría oír sus opiniones de este y los otros libros dejando su reseña en cualquiera de los mercados en Amazon. Gracias por leer y espero disfruten el siguiente fragmento.

J.S. Scott

De La Autora en las listas de Bestsellers
del New York Times y USA Today

J.S. Scott

¡DES AHOGO!

UNA NOVELA DE LOS HERMANOS WALKER



Capítulo 1



Eva

En el presente...

—El Sr. Walker está listo para verla. —La voz femenina de desaprobación estaba unida a un cuerpo y a una cara que bien podrían pertenecer a una supermodelo.

Miré a la mujer, inclinando la barbilla solo un poco al levantarme. Era pobre, estaba hambrienta y estaba desesperada. Pero ni loca iba a dejar que doña Perfecta lo supiera. Tal vez resultara obvio que no era rica, pero nunca le permitiría saber que me intimidaba mi falta de recursos. Los millonarios no me impresionaban tanto como a mi madre, y nunca había anhelado la riqueza. Lo único que siempre había querido era vivir una vida feliz, una existencia sin miedo. Hasta entonces, no había llegado a eso... de momento. Pero me negaba a desistir.

«Las personas son personas, y los ricos pueden ser tan malos como una persona estancada en la pobreza».

Le hice un gesto de asentimiento.

—Gracias. —No es que me sintiera agradecida de que me hubiera mantenido a la espera durante horas solo para hablar con su jefe, pero dije esas palabras porque estaba acostumbrada a ser educada. Mi padre me había enseñado buenos modales desde el momento en que empecé a hablar. Siempre

decía que recibes lo que das. Con el paso de los años desde su muerte, me pareció que su teoría era un poco imperfecta, pero creía que tenía razón en casi todo. De modo que intentaba recordar sus palabras y ser cordial con todo el mundo.

Por desgracia, mi vena latina no era siempre tan paciente como lo había sido mi padre.

Llevaba esperando prácticamente todo el día en un rascacielos del centro de Denver que pertenecía en su totalidad a Walker Enterprises sólo para verlo *a él*. Trace Walker era un hombre por el que me inclinaba a sentir aversión, pero era mi única esperanza en ese momento, y yo era una superviviente.

Intentando actuar como si perteneciera a la planta superior de aquel elegante edificio, que no era el caso, crucé la oficina de unos pasos hasta alcanzar a la rubia perfectamente arreglada. Me esforcé en aparentar dignidad en un par de vaqueros rotos y una camiseta que había visto tiempos mejores. Yo llevaba el pelo oscuro y rizado recogido con cuidado en una coleta baja en la nuca. Aun así, sabía que probablemente parecía lo que era: una mujer pobre que no tenía ni un centavo.

Algunos de los más *amables* me llamaban «café con leche», o «spicy cracker», que significa «tostada picante». Mitad mexicana y mitad caucásica, yo era lo que las personas no tan amables llamaban «chucha» o «perra callejera». Tal y como una perra de raza mixta, no sabía dónde encajaba en el mundo ni quién era exactamente. Todo lo que sabía era que me había rebajado tanto como para buscar a un Walker, lo cual quería decir que no tenía a nadie más a quien recurrir.

Doña Perfecta abrió la puerta al santuario de Trace Walker como si se tratara de una ocasión solemne. Me pregunté si sonreía alguna vez y, de hacerlo, ¿qué ocurriría? Lo más probable era que se le resquebrajara el rostro. Su gesto ceñudo, estirado y estoico no había cambiado en todo el día, a pesar de que me mostré cortés con ella constantemente.

Resultaba obvio que no le preocupaba mucho lo que daba... ni lo que recibía a cambio. Al menos, no en cuando se trataba de una mujer como yo.

Pasé junto a ella sin hacer ruido, intentando no volver a vislumbrar su gesto altanero. Durante horas, me había estado observando como si fuera una cucaracha a la que había que aplastar, y me estaba cansando. Mi afabilidad tenía un límite.

Cuando por fin entré en el despacho de Trace Walker, no me percaté de la decoración elegante y contemporánea ni del caro arte moderno en la pared. No

vi los impresionantes ventanales que iban del suelo al techo y dejaban al descubierto una vista increíble de la ciudad desde el último piso. No se debía a que su despacho no abarcara todo eso y más. Simplemente, yo... no podía. Fijé la mirada en él de inmediato y fui incapaz de apartarla.

Intenté recordarme que ni podía ni debía gustarme, y me acerqué lentamente hacia su escritorio descomunal, incapaz de ignorar las feromonas completamente masculinas que parecían emanar de su figura enorme.

Había oído historias de que era formidable y tenía gran dominio de sí mismo. Despreocupada, hice caso omiso de la información. ¿Cuánto miedo podía dar un tío de veintisiete años, aunque fuera asquerosamente rico?

Ahora empezaba a pensar que las historias que había oído sobre él probablemente fueran ciertas. Por alguna razón, la gente se sentía atraída por él; su presencia era magnética. Y ni siquiera había dicho ni una sola palabra.

Me senté en la silla lujosa frente a su escritorio, contemplándolo, intentando medirle las fuerzas mientras escuchaba el discreto clic que hizo su secretaria al cerrar la puerta. Él era todo dinero y clase... todo lo que yo no era. Sus dedos largos y masculinos volaban a través del teclado sobre el escritorio. Él miraba fijamente la pantalla del ordenador; parecía disgustado.

Incluso enfadado, Trace Walker era con toda probabilidad el hombre más guapo que había visto en mi vida.

Su pelo era corto, espeso y grueso; una mezcla de varios tonos de castaño. La barba incipiente sobre su rostro prácticamente ocultaba lo que parecía ser una mandíbula fuerte y unos rasgos de estilo clásico. Al estudiarlo desde mi posición sentada, no conseguí distinguir el color de sus ojos, pero tenía unas pestañas por las que algunas mujeres probablemente matarían.

El hecho de que fuera ataviado con un traje elegante que estaba convencida de que estaba hecho por encargo, también resultaba bastante intimidante. Lo hacía menos accesible para una mujer vestida con harapos.

«¿En qué estaba pensando cuando me las ingení para llegar hasta el ático del edificio Walker para hablar con el mismísimo Trace?».

Era imponente, poderoso y claramente controlaba ese dominio en particular, independientemente de lo joven que pudiera ser. Quería levantarme de la silla y correr de vuelta a mi apartamento con el rabo entre las piernas.

Siempre podía recurrir a mi plan B, que era viajar por ahí con mis pocas pertenencias, ir a algún sitio para empezar de nuevo... ¿o iba a empezar a vivir por primera vez? «Pero, ¿a quién estoy engañando? Nunca podré dejar atrás mi pasado».

Cuando decidí aventurarme en esa valiente misión, mi plan A, decididamente no estaba preparada para él.

Su voz imponente me impidió actuar.

—¿Qué quieres?

La voz ronca de barítono me sobresaltó, así que tardé un momento en hablar.

—Necesito un trabajo. —Me resultó difícil no tartamudear, pero lo conseguí. No era el tipo de mujer que se sentía intimidada por alguien con dinero, pero lo que me ponía nerviosa no era el hecho de que Trace Walker fuera asquerosamente rico. Era él. El aire de la habitación prácticamente echaba chispas con su energía, con su presencia, con su tono de voz imponente y controlado.

Dios, era intimidante para ser un hombre sólo cuatro años mayor que yo, pero también teníamos muy pocas cosas en común, excepto una.

—Ah, ¿eres la amiga que me envía Chloe? —Giró lentamente en su silla.

Por fin me miró, y los ojos verdes oscuros que de repente apuntaban hacia mí me pusieron los pelos de punta. Su mirada era intensa, evaluadora, y tenía la sensación de que su examen rápido, que parecía penetrar hasta mi alma, me había encontrado deficiente de alguna manera.

—¿Chloe? —no tenía ni idea de quién era la mujer a la que había mencionado, pero obviamente me había tomado por alguien que no era.

—Chloe es la mujer de mi primo. ¿No lo sabías?

Negué con la cabeza. No sabía quién era Chloe, y mucho menos con quién se había casado.

Prosiguió:

—Me dijo que tenía una amiga en Denver a la que tal vez le vendría bien un trabajo temporal, una mujer que quizás trabajase en el puesto que necesito. Supongo que eres esa mujer.

El pulso empezó a latirme aceleradamente. Un trabajo, un trabajo muy necesario que quería conseguir desesperadamente. Sabía que aquello estaba mal, pero respondí:

—¿Qué tipo de trabajo? —Me temblaba la voz, y lo odiaba. La cobardía nunca había sido uno de mis atributos, y no me proporcionaría el trabajo que necesitaba tan desesperadamente. Pero aquella situación estaba fuera de mi experiencia vital.

—¿No te lo explicó? —Subió las cejas mientras seguía mirándome fijamente.

—No. —Dejé que mis respuestas fueran sencillas. Así sería más fácil.

Me miró de arriba abajo, examinándolo todo, desde mi pelo hasta los agujeros en mis zapatillas desgastadas. Me hizo sentir como una muestra bajo un microscopio, pero hice fuerza de voluntad para no avergonzarme ante su mirada de poca admiración.

—No eres lo que me esperaba —farfulló cruzando los brazos sobre el escritorio—. Pero tengo poco tiempo. Se acercan las vacaciones y necesito resolver esta situación.

Era brusco, serio, y me sentí como si le estuviera haciendo perder el tiempo. Por lo visto necesitaba ayuda, pero le molestaba tener que pasar tiempo buscándola.

—Puedo envolver regalos —le dije apresuradamente—. Sé cocinar, y tengo experiencia en limpieza y trabajo doméstico. —Resultaba obvio que necesitaba a alguien que lo ayudara durante las vacaciones—. Incluso puedo ser su asistente de compras. Dígame qué necesita y lo encontraré.

Una ligera sonrisa empezó a formarse en su rostro.

—Realmente Chloe no te ha contado nada, ¿verdad? Por desgracia, tampoco me ha hablado mucho de ti. Solo dijo que tenía una amiga que tal vez podría ayudarme. ¿Cómo diablos te llamas?

Mi nombre completo era un trabalenguas: Evangelina Guadalupe Morales. Decidí responder:

—Eva.

—No necesito una criada ni una asistente de compras. —Se le borró la sonrisa y de repente se le iluminaron los ojos con un fuego y una intensidad que resultaba ligeramente alarmante. —Necesito una prometida.

«Vale». Por primera vez en mi vida, me quedé prácticamente muda. Solo conseguí musitar dos palabras.

—¿Por qué?

—Mis razones son personales, y el puesto es temporal. Necesito estar prometido durante las vacaciones. Después de eso, ya no necesitaré tus servicios. —Me miró con gravedad—. Tienes que resultar convincente. Las primeras prioridades serán un fondo de armario y un cambio de imagen si decides que puedes aceptar el trabajo sin exigir nada más que lo que estoy dispuesto a pagar. Recibirás órdenes directas de mí y las cumplirás. Nadie más sabrá la verdad. ¿Entendido?

Oh, lo entendía perfectamente. Alguien le había hecho daño y quería que esa persona creyera que ya no le importaba, que había pasado página. Me

percataba de que aquello no era un negocio para él. Tenía que aparentar estar comprometido porque era personal. «No debería hacer esto. No puedo hacerlo». Pero la oferta de dinero por limitarme a representar un papel durante un breve periodo de tiempo era increíblemente tentadora.

—¿De cuánto es la paga? —solté la pregunta antes de poder detenerme. Una mujer hambrienta es una mujer desesperada.

—Cincuenta mil. Veinticinco mil por adelantado y la otra mitad cuando se haya completado el encargo. —Su voz era seria y brusca.

Tragué con fuerza para intentar librarme del nudo que tenía en la garganta.

—¿Cincuenta mil dólares? —Me salió un graznido; probablemente se debía a la intensa conmoción que estaba experimentando. Una mujer como yo no veía tanto dinero junto en toda su vida. ¿Quién en sus cabales pagaba tanto dinero sólo para ajustar cuentas con una antigua amante?—. No puedo aceptar ese dinero. —Por desgracia, tuve que declinar su oferta. No era la amiga de Chloe, y tarde o temprano lo descubriría. Además, no podía aprovecharme de alguien a quien habían hecho tanto daño, aunque fuera un Walker. Tal vez estuviera hambrienta, pero mi maldita conciencia iba a dejar que pasara hambre.

—¿Cuánto? —Su respuesta fue sucinta y ligeramente enfadada.

Nuestros ojos se encontraron cuando ladró la pregunta, haciendo que me sintiera desnuda, expuesta, y tal y como la impostora que era.

—Solo quería un trabajo —respondí sin respiración—. Quiero algo permanente. Esperaba poder conseguir un puesto en uno de sus complejos hoteleros. Trabajo duro y tengo algo de experiencia en trabajo doméstico.

No era mentira. Tenía experiencia en trabajo doméstico, hasta que perdí el trabajo poco después de empezar.

Todo lo que quería era escapar de mi vida pasada, trabajar en un empleo que pudiera proporcionarme unos ingresos estables y no volver a tener miedo.

Trace me miró como si no me entendiera en absoluto. Sus cejas se fruncieron y vi que el músculo de la mandíbula se le tensaba.

Finalmente, preguntó con voz ronca:

—¿Sólo quieres un trabajo de limpiadora?

Asentí lentamente. Quería un trabajo. Cualquier trabajo que fuera permanente. Trace Walker era el dueño de la empresa de complejos hoteleros más grande del mundo. Los Walker Escapes se conocían por ser magníficos; ofrecían una experiencia de lujo sin tener precios prohibitivos. Se habían deshecho de mí en mi último puesto hacía un mes. No podía pagar el alquiler,

y estaba a un corto paso de volver a verme sin techo... otra vez. Un trabajo, cualquiera que fuera capaz de llevar a cabo, era lo que buscaba desesperadamente. Había acudido a Trace Walker por una razón, pero no era porque quisiera ser su prometida temporal.

Me contempló con cautela antes de responder.

—Podría enviarte a cualquier parte del mundo. Tengo complejos en todos lados.

—Lo sé. No me importa. Solo necesito trabajar, Sr. Walker. Por favor.

El tono de súplica en mi voz me molestaba, pero había superado el orgullo y estaba en modo de supervivencia. Mi futuro dependía de cómo saliera aquella reunión.

—¿No tienes familia? —sus ojos observaron si se producía alguna reacción.

—No. —Estaba siendo fiel a la verdad. «Si tuviera familia, no estaría aquí».

Cuanto más tiempo permanecía en silencio él, más nerviosa me ponía yo. Mi respiración se tornó rápida y superficial, y me dolía el pecho porque el corazón me latía tan rápido que temía que se detuviera por el esfuerzo.

Trace se reclinó en su silla y se pasó una mano por el cabello.

—Puedo conseguirte un trabajo. Siempre y cuando seas una buena empleada, tendrás estabilidad laboral en uno de mis complejos. Si me ayudas, te ayudaré. La mitad del dinero por adelantado, y después te colocaré donde haya una vacante cuando el encargo termine.

¿Tendría estabilidad laboral? Era algo que no había experimentado nunca. En cada trabajo, en todo momento en realidad, estaba preocupada. Incluso cuando tenía un puesto, me sentía desesperadamente temerosa de perderlo si alguien averiguaba mi pasado. ¿Estabilidad? No conocía el significado de esa palabra.

Me sentía tentada, muy tentada. Podría tener dinero en el banco sin temer un descubierto en la cuenta corriente. Podría comer, respirar. Sin embargo, sabía que no podía aceptar el acuerdo.

—No soy la amiga de Chloe —admití en bajo, tristemente.

Me había hecho ilusiones y estas se habían desplomado. No podía mentirle. Quería la huidiza protección de un trabajo estable, pero no sería posible si él no sabía la verdad.

Una pequeña sonrisa dividió su rostro.

—Lo sé. Me alegro de que lo admitieras tú misma. Por lo menos sé que eres honesta.

Me quedé boquiabierta de la sorpresa.

—¿Cómo lo sabías?

Trace se encogió de hombros.

—Chloe me dijo que su amiga era una asistente ejecutiva que posiblemente pudiera ayudarme durante las vacaciones. No creo que necesite un trabajo fijo. Sólo quería el dinero extra. —Hizo una pausa antes de añadir—: Tengo que reconocer que tienes coraje para acudir a mí directamente. De haber sabido que buscabas otro trabajo, te habría mandado a Recursos Humanos. Creía que eras la amiga de Chloe.

Fuera quien fuera Chloe, probablemente no salía con mujeres como yo.

—No tengo pinta de parecerme a alguien que pudiera ser su amiga, estoy segura.

—No, no la tienes. Ella nunca dejaría de ayudar a una amiga si la viera desesperadamente necesitada. Chloe es una antigua Colter.

Lo miré sorprendida.

—¿La familia Colter de Colorado? ¿La familia del senador Colter? —No me interesaba mucho mantenerme al día de la actualidad, pero probablemente no había ni una sola persona en Colorado que no conociera al acaudalado clan de los Colter—. Definitivamente, no sería amiga de una multimillonaria —farfullé en voz baja. Tal vez viviera en el mismo estado que la familia Colter, pero estaba a un mundo de gente como ellos.

—¿Vas a aceptar mi oferta? —la voz de Trace volvió a sonar formal.

Me detuve durante un momento. A pesar de que necesitaba el dinero desesperadamente, la verdad era que debería contarle todo, pero la idea de aquella estabilidad laboral tan huidiza me detuvo. El anhelo excedió mi sentido común. ¿Qué importaba ahora? Había conseguido lo que había ido a buscar. Si llegaba la hora en que tuviera que contárselo todo, al menos habría hecho un trabajo por el que me pagarían. Y me había hecho la promesa silenciosa de no decepcionarlo.

—Haré lo que quiera si me prometes que me mandará a un puesto de jornada completa después. Tal vez necesite ayuda para elegir ropa un poco mejor si quiero ser convincente como su interés amoroso. —No tenía ni idea de qué llevaban actualmente los ricos.

Tenía unas ganas locas de reír ante la idea de significar algo para aquel hombre magnético, atractivo a más no poder e increíblemente rico.

¿Una rata callejera mestiza con una historia como la mía? ¡No podía estar pasando!

—Necesitarás algo más que ropa —observó de manera crítica—. Y tendrás que aceptar todo el dinero que te he ofrecido y el trabajo. Lo necesitarás para empezar en un puesto nuevo.

Su tono autoritario hizo que un escalofrío me recorriera la columna. Por desgracia, tenía razón. Tendría que encontrar un sitio nuevo donde vivir y cubrir los gastos del viaje.

—La mitad por adelantado y el trabajo. —Haría una concesión.

—Todo —exigió tercamente, casi con enfado.

Mirarlo era peligroso, pero me enfrenté a su mirada fulminante e imponente con la misma determinación, para lo que me iba a servir... No iba a doblegarse. El tozudo tic del músculo de su mandíbula me decía que no iba a ceder.

No quería discutir y arriesgarme a perder mi oportunidad.

Suspiré.

—Vale. —Si accedía, siempre podría coger lo que necesitara realmente y devolver el resto después, si el trabajo daba resultado—. ¿Es realmente tan importante para usted?

Asintió bruscamente, haciendo que un mechón de pelo cayera sobre su frente.

—Mucho.

—¿Podría decirme por qué, al menos?

—¿Tienes hambre? —Trace ignoró mi pregunta.

El estómago me rugió en el momento justo.

—Estoy hambrienta. —Decidí que ser sincera en casi todo suavizaría la situación con ese hombre. Quizás estuviera increíblemente bueno, pero era todo negocios. Además, parecía valorar la honestidad.

—Te llevaré a comer algo. Podemos hablar. —Apagó su ordenador de manera eficiente y se puso de pie.

Me quedé sin aire al contemplar su altura, su fuerza, y la figura ancha y masculina que llenaba tan bien su traje a medida.

«¿En qué estaba pensando? Nunca conseguiré hacerme pasar por la prometida de un hombre como él».

—Creo que eso no es buena idea. —Me puse en pie, pero sentía los pies clavados al suelo.

—Ambos tenemos que almorzar. Quiero comida —insistió—. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que comiste?

—Cuatro días, cinco horas y unos diez minutos —respondí automáticamente, porque en ese preciso momento sentía cada minuto de privación.

—¿Lo dices en serio? —La pregunta sonó a gruñido de disgusto.

—Totalmente.

—Vámonos —respondió bruscamente, rodeando el escritorio para sostenerme ligeramente por el brazo—. Caray, estás delgada, y parece que acabas de terminar el instituto. ¿Cuántos años tienes?

Resoplé.

—Tengo veintitrés años, difícilmente edad de instituto.

—Pareces una chavalilla —respondió Trace secamente.

—Puedo enseñarte mi carnet. —Sabía que parecía joven con el pelo recogido y sin maquillaje. Los cortes de pelo y el maquillaje eran lujos que no me podía permitir.

—No es necesario. Te creo. Pero vamos a cambiar tu aspecto. —Me empujó hacia fuera amablemente.

Yo me encogí de hombros. No me importaba lo que tuviera que hacer para representar el papel. Solo quería el trabajo prometido.

—Bueno.

Dejé que me condujera hacia fuera y me percaté aliviada de que doña Perfecta ya se había ido; probablemente había acabado por ese día.

—Vas a comer —respondió autoritariamente.

Mi primera reacción fue rebelarme porque me estaba dando órdenes, pero la reprimí. Ahora era mi jefe, así que tendría que hacer lo que quisiera durante una temporada. Como me gruñía el estómago, sabía que en realidad no tendría ningún problema con esa orden en concreto.

Amazon U.S.

<https://www.amazon.com/Desahogo-Novela-Hermanos-Walker-Spanish-ebook/dp/B01JSDND4Y>

Amazon Spain

<https://www.amazon.es/%C2%A1Desahogo-Una-Novela-Hermanos-Walker-ebook/dp/B01JSDND4Y>

Amazon Mexico

<https://www.amazon.com.mx/Desahogo-Una-Novela-Hermanos-Walker-ebook/dp/B01JSDND4Y>



Biografía



J.S. “Jan” Scott es una autora superventas de novela romántica según *New York Times*, *USA Today*, y *Wall Street Journal*. Es una lectora ávida de todo tipo de libros y literatura, pero la literatura romántica siempre ha sido su género preferido. Jan escribe lo que le encanta leer, autora tanto de romances contemporáneos como paranormales. Casi siempre son novelas eróticas, generalmente incluyen un macho alfa y un final feliz; ¡parece incapaz de escribirlas de ninguna otra manera! Jan vive en las bonitas Montañas Rocosas con su esposo y sus dos pastores alemanes, muy mimados, y le encanta conectar con sus lectores.

Visita mi sitio de Internet:

<http://www.authorjsscott.com>

Facebook:

<http://www.facebook.com/authorjsscott>

Facebook Español:

<https://www.facebook.com/JS-Scott-Hola-844421068947883/>

Me puedes mandar un Tweet:

[@AuthorJSScott](https://twitter.com/AuthorJSScott)

Twitter Español:

[@JSScott_Hola](https://twitter.com/JSScott_Hola)

Instagram:

<https://www.instagram.com/authorj.s.scott/>

Instagram Español:

<https://www.instagram.com/j.s.scott.hola/>

Goodreads:

https://www.goodreads.com/author/show/2777016.J_S_Scott

Recibe todas las novedades de nuevos lanzamientos, rebajas, sorteos,
inscribiéndote a nuestra hoja informativa en:

<http://eepurl.com/KhsSD>

Otros Libros de J. S. Scott

Visita mi página de Amazon España y Estados Unidos, en donde podrás conseguir todos mis libros traducidos hasta el momento.

Estados Unidos: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

España: <https://www.amazon.es/J.S.-Scott/e/B007YUACRA>

Serie La Obsesión del Multimillonario:

La Obsesión del Multimillonario ~ Simon (Libro 1)

La colección completa en estuche

Mía Por Esta Noche, Mía Por Ahora

Mía Para Siempre, Mía Por Completo

Corazón de Multimillonario ~ Sam (Libro 2)

La Salvación Del Multimillonario ~ Max (Libro 3)

El juego del multimillonario ~ Kade (Libro 4)

La Obsesión del Multimillonario ~ Travis (Libro 5)

Multimillonario Desenmascarado ~ Jason (Libro 6)

Multimillonario Indómito ~ Tate (Libro 7)

Serie de Los Hermanos Walker:

¡DESAHOGO! ~ Trace (Libro 1)

Próximamente

Multimillonario Libre ~ Chloe (Libro 8)

La Obsesión del Multimillonario